



TEATRO HISTORICO INFANTIL

DEL MISMO AUTOR:

LAS FIESTAS DE MI ESCUELITA (Teatro infantil)	
1a. Edición	1924
2a. »	1928
3a. »	1931
FABULAS EN ACCION (Teatro infantil)	1927
PADRINO (y otros cuentos para niños)	1929
EL ULTIMO CASTIGO (Cuentos para padres y maestros)	1929
JOYITAS (Recitados para los jardines de infantes)	1930
TEATRO HISTORICO INFANTIL	1931

EN PREPARACION:

EL NIÑO ESTRELLA (Comedia para niños)

FABULARIO

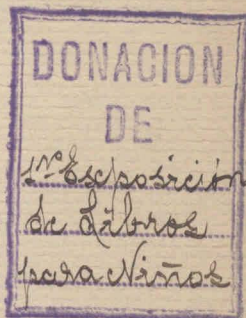
GERMAN BERDIALES

29.266

*Don. 4.º Depto de libros p
nietro*

TEATRO HISTORICO INFANTIL

LEYENDAS AMERICANAS
ADAPTADAS PARA LA ESCENA



A. CABAUT & Cía. - LIBRERIA DEL COLEGIO
ALSINA Y BOLIVAR MCMXXXI BUENOS AIRES

1387121

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Al lector:

Las veinte comedias que reuno en este libro son adaptaciones escénicas que hice, — conservando los títulos originales —, de otros tantos hermosos cuentos escritos por Ada M. Alflein.

Las excelencias que en estas páginas se hallen, declaro honradamente que pertenecen a la malograda escritora. Los defectos y errores, sí me pertenecen. Que ellos no empañen el fervor del homenaje que rindo a Ada M. Elflein dedicando Teatro Histórico Infantil a su memoria.

G. B.

I.

Un viaje memorable

PERSONAJES

CRISTÓBAL COLÓN.	LOPE.
EL PILOTO.	FERNANDO.
JUAN.	RAMIRO.
ALONSO.	MARINEROS.

CUADRO PRIMERO

DECORACIÓN: *La acción se desarrolla sobre la cubierta de la carabela « Santa María », al pie del palo trinquete. El bauprés apunta hacia el oeste. Al foro se divisa la inmensidad desierta y dorada del océano.*

COLÓN (*que aparece en escena con el piloto, atendiendo ambos a los gritos que llegan del otro extremo de la carabela*): ¡Oís?

EL PILOTO: Estalla el motín...

UNA VOZ AFUERA: Vamos ahora mismo...

LA VOZ DE LOPE: ¡Y si no quiere volver?

LA VOZ DE JUAN: Entonces... ¡al mar con él!...

EL PILOTO: Capitán: os lo ruego, ¡ceded!...

COLÓN: ¡Nunca!...

EL PILOTO: Considerad, señor, que peligra vuestra vida... ¡Están fuera de sí!...

COLÓN: ¡Los apaciguaré una vez más!...

EL PILOTO (*que ha fingido observar a los amotinados*): Ya vienen hacia aquí, capitán... ¡Vienen armados!...

COLÓN (*severo*): ¿Tiene miedo el piloto de la « Santa María »?

EL PILOTO: No por mí, capitán, no por mí... Por vos es por quien temo...

COLÓN: Descuidad, que no es esta mi hora. (*Durante toda esta escena se ha oído una gritería cada vez más próxima y, ahora, los marineros amotinados se presentan arrollando casi a Colón y al piloto. Blanden armas de todas clases.*)

VOCES: ¡Abajo el capitán! ¡A España! ¡Muera Colón! ¡Queremos volver a España! ¡A España! ¡No seguiremos más adelante! ¡Volvamos proas! ¡Muera el capitán! ¡Muera!

COLÓN (*cruzado de brazos ante las armas, y dominando la escena*): ¿Qué significa esto? (*La breve y firme pregunta hace retroceder a los cabecillas*). ¿Qué queréis?

JUAN (*algo cohibido*): ¡Señor!...

ALONSO (*lo mismo*): ¡Capitán!...

RAMIRO (*igual*): ¡Queremos...!

VARIOS: Habla, tú, Juan. ¡Que hable Juan! ¡Uno sólo!...

COLÓN (*a Juan*): Habla, pues... ¿Qué queréis?

JUAN (*reponiéndose*): Pues... queremos volver a casa...

COLÓN: ¿Qué dices?

JUAN (*más enérgico cada vez*): Que no queremos seguir adelante, ¡ea!...

COLÓN: Pero... ¿por qué?

ALONSO: ¡Porque no queremos morir de hambre!...

JUAN: ¡O naufragar!...

RAMIRO: ¡Eso!

COLÓN: ¿Ahora queréis volver? ¿Ahora que estamos a un paso de nuestro destino?

EL PILOTO: Es ridículo, muchachos...

JUAN (*muy brusco*): No es con vos, señor piloto.

EL PILOTO (*enfurecido*): Voto a...

RAMIRO (*frío*): Guardad las bravatas u os pesará...

COLÓN: ¡Atended! (*Movimiento de expectativa*). En pocos días más llegaremos a las Indias...

JUAN (*con una risita burlona*): En la vida llegaremos...

COLÓN (*que ya pierde la calma*): Pues yo os afirmo...

ALONSO (*fiero*): ¡Y yo no os creo!

FERNANDO: ¡Yo no sigo adelante!

RAMIRO: ¡Ni yo!

VARIOS: ¡Ni yo! ¡Ni yo! (*Pausa*).

LOPE: Hace dos meses justos que navegamos, y no se ven ni trazas de tierra...

COLÓN (*persuasivo*): ¡Vamos, muchachos, ánimo!... Dentro de unos días seréis ricos y volveréis a vuestras casas...

LOPE: Siempre lo mismo...

RAMIRO: Palabras...

JUAN: Puras palabras...

ALONSO: Nunca llegaremos a las Indias.

FERNANDO: Ni siquiera volveremos sanos a España...

COLÓN (*irritado*): ¡Basta! Pensad que nos esperan la gloria, la riqueza, la dicha...

VARIOS: Preferimos la miseria en España... Volvamos a España... Volvamos a España...

JUAN: Hace un mes que nos entretenéis con la misma canción, día por día...

COLÓN (*desanimado ya*): Oro..., plata..., perlas..., diamantes..., tesoros...

LOPE: ¡Os lo dejamos todo para vos sólo!

JUAN: Ceded por las buenas, capitán; o habréis de arrepentiros...

RAMIRÓ: Sí; os enviaremos a contar vuestras historias a los peces...

COLÓN (*iracundo*): ¡Silencio! Os haré...

JUAN (*lo mismo*): Volved proas, capitán; o, ¡por mi vida!, que...

COLÓN: ¡Retroceder ahora, que toco las Indias con las manos? ¡Jamás! ¡Yo soy el capitán! ¡Me habéis oído? Yo soy el capitán, y sabré obligaros...

JUAN: ¡Cómo? ¡No veis que todos somos uno?

RAMIRO: ¡Ya no tenéis a quién mandar!

LOPE: ¡Volved proas!

COLÓN: ¡No ha de ser!

VARIOS (*el tumulto se hace inmenso; los rebeldes se arrojan sobre Colón y el piloto, que forcejean en vano, y concluyen por ser arrojados al suelo. El piloto es amarrado y colocado sobre la borda, a punto de ser lanzado al abismo*): ¡Muera el capitán! ¡Muera! ¡No queremos morir con un loco! ¡Que muera! ¡A España! ¡Al agua! ¡Al agua con ellos! ¡Al mar!

COLÓN (*defendiéndose*): ¡Rebeldes! ¡Hato de cobardes! ¡He de...!

EL PILOTO (*lo mismo*): ¡Eh, de la Pinta! ¡A mí!... ¡Tú, Juan, oye! ¡Pero!...

COLÓN (*a quien tienen bajo su peso varios marineros*): ¡Oíd! ¡Cedo!

VARIOS: ¡Cede! ¡Oídllo! ¡Cede! ¡Cede! ¡Dejadlo! ¡Cede!

COLÓN (*ya libre, apoyándose, dolorido, en la borda*): ¡Cedo, sí! He dicho que cedo; pero con una condición...

JUAN: ¡Venga!

RAMIRO: ¡Cuál?

LOPE: ¡Decidla ya!

VARIOS: ¡Hablad!

COLÓN: Esta: ¡que aun me sigáis por...!

VARIOS (*con mucha violencia*): ¡No! ¡No! ¡No! ¡Nunca! ¡Al agua con él! ¡No le escuchéis! ¡Muera!

COLÓN: Seguidme aún por tres días más y...

VARIOS: ¡Nada! ¡Nada! ¡Ni un día más! ¡No daremos ningún plazo! ¡Es una burla! ¡Al agua!

COLÓN (*con fervor*): Pensad. Tres días no son nada... Y si hasta entonces no hemos hallado tierra, que la hemos de hallar, volveremos la proa a España...

EL PILOTO (*siempre maniatado*): Concededle esos tres días... Ya tenéis su palabra...

COLÓN (*ya seguro de su triunfo*): ¿Y qué sacaríais con arrojarlos al agua al piloto y a mí? ¿Acaso alguno de vosotros sabe gobernar una nave? (*Los rebeldes se miran algo desalentados*).

EL PILOTO: ¡Ya lo veis!... ¡Ea! ¡Desatadme, muchachos!... (*Obedecen*).

COLÓN: Concededme tres días, y os prometo...

FERNANDO (*interrumpiéndolo*): No lo creáis, compañeros. ¡No cumplirá!

COLÓN (*enfrentándolo muy digno*): ¿Qué has dicho, mal nacido? (*Fernando trata de desaparecer entre el grupo*). Muchachos (*alzando la mano derecha*): ¡Juro ante Dios que si al cabo de tres días no hemos hallado tierra, volveremos a España!

JUAN (*a sus compañeros*): ¿Aceptáis?

VARIOS: ¡Sí! ¡Tres días! ¡Ni uno más! ¡Concedidos!

JUAN: Está bien: ¡os concedemos ese plazo! (*En ese preciso instante, un chillido en los aires les hace levantar los ojos, y sobre la cubierta se desliza la sombra de una bandada de aves que pasa*).

COLÓN (*alzando los brazos*): ¡Mirad! ¡Mirad! ¡Dios me ayudará y encontraré el camino que busco!

EL PILOTO: ¡La tierra está próxima!

VARIOS: ¡Pájaros! ¡Pájaros! ¡Pájaros! ¡Hallaremos las Indias! ¡Buen augurio! ¡No estamos lejos de tierra! ¡Viva España! ¡Viva... a... a...!

El tumulto crece mientras va cayendo el

TELON

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración. Es de noche. En el bauprés se balancea un farol. Brillan las estrellas sobre el mar.

EL PILOTO (*que aparece en escena en compañía de Colón*): Nada se descubre en la inmensidad de los mares: ni pájaros ni plantas... Sólo allá adelante la «Pinta»... y a nuestra zaga la «Niña»...

COLÓN: No echéis tan pronto en olvido aquellos pájaros que tanto levantaron nuestros ánimos hace tres días...

EL PILOTO: Es verdad, es verdad, pero...

COLÓN: ¿Y la madera labrada que pescamos anteayer, no cuenta acaso?

EL PILOTO: Sí, pero, ¿y ayer?... ¿Y hoy? ¿Qué hemos hallado? ¡Nada! Sólo el agua que se abre silenciosa ante las quillas... Ya los semblantes de nuestros marineros vuelven a ensombrecerse amenazadores...

COLÓN: Sin embargo, acatan mis órdenes...

EL PILOTO: Las acatan sí, y las acatarán aún unas horas hasta que expire el plazo... Después ellos serán los amos, ordenarán a su vez y nosotros habremos de obedecerlos...

COLÓN: Quizá...

EL PILOTO: Recordad que muchos de ellos son criminales indultados...

COLÓN (*sin advertir un punto ígneo que ha brotado en la lejanía*): El sueño de tantos años cuya realización hace tres días creí tener en las manos, se desvanece como la espuma bajo la quilla...

EL PILOTO: Consolaos pensando que la tripulación no os responde como debiera y...

COLÓN (*muy abatido*): Todo ha sido en vano: vanos mis sacrificios y mis esfuerzos... Vana la generosidad de la reina... (*Se cubre los ojos con las manos*). Fué un sueño mi juventud, consumida en el estudio, y fué un sueño también mi peregrinación a través de las cortes de Europa... Sólo este fracaso brutal no es vano sueño... Vedme a merced de una tripulación rebelde que me amenaza de muerte. Y ¡qué muerte! Una muerte ignominiosa en el océano...

EL PILOTO: No habléis así, capitán... Regresaréis para...

COLÓN: Y ¿cómo sería ese regreso? ¡El del vencido! ¡Ah, todo ha sido en vano, todo, todo! (*Ha dado unos pasos y fija los ojos en el punto ígneo que parpadea muy lejos*). Mas..., ¿qué es aquello? ¿Qué brilla en lontananza? ¡Mirad! ¡Mirad!

EL PILOTO: ¿Una estrella, quizá?

COLÓN: No quiero dar crédito a mis ojos..., pero aquello no se mueve, no fluctúa, no cambia de lugar ni se obscurece...

EL PILOTO: ¡No hay duda, capitán, es una luz!

COLÓN (*junta las manos*): Esta vez no es absurda ilusión de mis sentidos... ¡Ah! ¡Ha desaparecido!

EL PILOTO: ¡Hemos visto una luz y en pocos minutos divisaremos tierra!

COLÓN: Quizá el vigía de la «Pinta» alcance a distinguirla ya...

EL PILOTO: Las estrellas palidecen y las neblinas van a desgarrarse... (*Va amaneciendo*).

COLÓN: ¡Oh, qué largos minutos! (*Pausa*). ¿Veis algo, vos?

EL PILOTO: Yo nada veo...

COLÓN (*señalando*): Creo que allá hay algo que se interpone... (*Pausa larga. Un gran grito fuera de escena*). ¡Tierra a la vista!

VOCES: ¡Tierra! ¡Tierra!

EL PILOTO: ¡Tierra!

COLÓN (*que lo ha tomado violentamente del brazo*):
¡Las Indias! ¡Las Indias! (*Han ido irrumpiendo los mar-
rineros en escena*).

VARIOS: ¡Tierra! ¡Tierra! ¡Las Indias! ¡Ved! ¡Una
isla! ¡Palmeras! ¡Tierra! Muchachos: ¡Tierra!

EL PILOTO: Algo se mueve allá entre los árboles...

COLÓN: ¡Hombres! ¡Hombres extraños!...

VARIOS: ¡Oh, vedlos! ¡Llevan adornos de plumas! ¡Las
Indias! ¡Tierra!

COLÓN (*cayendo de rodillas*): ¡Alabado sea Dios!

EL PILOTO (*imitándolo*): ¡De rodillas! ¡Todos de ro-
dillas!...

Los marineros obedecen y rápidamente cae el

TELON

Una víctima de la calumnia

PERSONAJES

CRISTÓBAL COLÓN.

EL LICENCIADO FRANCISCO DE BOBADILLA.

EL CAPITÁN ANTONIO VALLEJO.

FERNANDO.

EL CONTADOR CEVALLOS.

SOLDADO 1º.

SOLDADO 2º.

SOLDADOS.

DECORACIÓN: *Una estancia alta y espaciosa del alojamiento de Don Francisco de Bobadilla en Santo Domingo. Amplios ventanales al foro permiten divisar la arboladura de una carabela que se supone surta en el puerto vecino. En las paredes laterales se abren sendas puertas. Los muebles sólidos y ricos. Trajes de la época.*

BOBADILLA (*que aparece en escena con el Contador Cevallos*): Oyendo a tantos como se me quejan, no puedo menos de tener por cierto y probado lo que el arcediano Fonseca me afirmó al partir: «Yo os digo que el tal Colón es un charlatán ignorante».

CEVALLOS (*riendo hipócritamente*): Justísimo, señor, justísimo: un charlatán ignorante y loco...

BOBADILLA: Y ya veréis, señor contador, cómo cumpliré las órdenes, nada blandas, que traigo de nuestro amado Rey Don Fernando...

CEVALLOS: La verdad es, señor, que ya somos muchos los que deseáramos saludaros como gobernador de Santo Domingo.

BOBADILLA: Necesítase aquí un hombre de bien que vele por todos... Ya veis cuántas medidas he debido tomar a mi llegada para aliviar la situación de estas gentes: rebajar impuestos, abonar deudas, regularizar concesiones...

CEVALLOS: ¡Oh, señor, son tantos los desmanes cometidos por el Almirante, que no es menuda tarea la que aun os espera!...

BOBADILLA: Lo sé... lo sé... y por eso, no sólo os he dicho a todos: «Vuestras quejas serán atendidas», sino que he dispuesto que el Almirante comparezca hoy mismo ante mí para responder de sus actos...

CEVALLOS (*después de una ligera pausa*): Y... ¿si el hombre se os rebelase?

BOBADILLA (*riendo*): ¡No osará hacerlo!... (*Pausa*). Despaché en su busca al Contador Díaz y a Don Ramón Lozano, que salieron ayer para la Isabela llevando la orden firmada por los Reyes... Y Colón la acatará: ¡No cabe duda!

CEVALLOS (*restregándose las manos*): Y... ¿cuando lo tengáis aquí?

BOBADILLA (*señalando la carabela cuya arboladura se alcanza a ver por los ventanales del foro*): ¡Lo embarcaré para España!... ¡El Capitán Vallejo tiene ya mis órdenes!...

CEVALLOS (*riendo*): Pero cuidaréis de ofrecerle un hábito franciscano al Almirante, ¿verdad?

BOBADILLA (*entre ruidosas carcajadas*): Ah, sí, ¿para que embaque otra vez a la Reina repitiendo aquella dolorosa escena de su último regreso?

CEVALLOS: Dicen que se arrodilló ante Su Majestad, como un humilde penitente, la larga barba bañada en lágrimas...

BOBADILLA (*atendiendo a un galope de caballos que parece aproximarse*): ¡Callad! ¡Callad! (*Asomándose a un ventanal*): ¡Ya está aquí!

CEVALLOS (*asomándose vivamente*): ¡Vedlo; conserva el aire indómito de siempre!...

BOBADILLA: ¿Quiénes son éstos que le saludan con tanto acatamiento?

CEVALLOS: Ese tan excitado es Don Diego Real y el que está a su diestra su amigo y socio Don Alvaro Osorio. Aquellos otros dos son Don Ruy de Albornoz y Don Carlos Guzmán.

BOBADILLA (*volviendo al centro de la escena y alzando la voz*): ¡Eh, de la guardia!

SOLDADO 1º (*apareciendo por lateral izquierda inmediatamente*): ¡A la orden!

BOBADILLA: ¡Arreadme a toda esa canalla! Que se presente aquí el Señor Contador Díaz y en cuanto a Don Ramón Lozano que aguarde con el Señor Almirante... *(El Soldado 1º saluda y desaparece por lateral derecha. De inmediato óyense gritos al pie de los ventanales).*

CEVALLOS *(asomado con Bobadilla)*: Se desbandan a su pesar...

BOBADILLA *(a los soldados que se suponen fuera de escena)*: ¡Despejad la calle!

VOCES *(que se van alejando más y más)*: ¡Es inicuo! ¡Monstruoso! ¡Preso el Almirante! ¡No deberíamos permitirlo! ¡Qué ruindad! ¡Es una bellaquería! ¡Es indigno! ¡El comisionado se ha excedido! ¡Qué iniquidad! ¡La Reina destituirá a Bobadilla! ¡Qué vituperio! *(A estas exclamaciones se intercalan las órdenes de los soldados)*: ¡Largo de aquí! ¡Fuera! ¡Vivo! ¡Presto! ¡Retiraos! ¡Silencio! ¡Despejad la calle! ¡Voto a bríos!

CEVALLOS: ¡Mirad! ¡Mirad cómo huyen ante los soldados!

DÍAZ *(apareciendo por derecha)*: ¡Señor!

BOBADILLA: ¡Oh, Díaz!

CEVALLOS: ¡Bienvenido!

DÍAZ: Vuestras órdenes están cumplidas, señor.

BOBADILLA: ¿No opuso resistencia el Almirante?

DÍAZ: Ninguna, señor; abrió los pliegos sin emoción alguna y, en cuanto hubo visto las firmas de los Reyes y el sello real, se puso a nuestra disposición.

BOBADILLA: ¿Está triste?

DÍAZ: Sí; pero le confortó mucho ver a toda la gente de la Isabela reunida para despedirle.

BOBADILLA: Sin embargo, muchos colonos de la misma Isabela lo han acusado...

DÍAZ: Es verdad, señor; pero los mismos que ayer lo acusaron hoy lo compadecen.

BOBADILLA (*algo despechado*): Bien. ¡Id y traédmelo! (*Díaz desaparece por donde vino*). Y vos, amigo Cevallos, cuidad que la guardia tenga todo dispuesto según lo ordenado.

CEVALLOS: Pensad que las violencias excitarían los ánimos...

BOBADILLA (*dando un gran puñetazo en la mesa*): Yo estoy aquí para aplacarlos, señor Contador. Si son necesarios grillos y mordazas para todos los colonos, grillos y mordazas habrá para todos... (*Cevallos se inclina y vase por izquierda. Bobadilla recorre a grandes trancos la escena. A poco Don Cristóbal Colón entra por la derecha y saluda en silencio con gran dignidad a su verdugo. Pausa*). ¿Sabéis para qué os he llamado?

COLÓN (*herido por el tono altanero, replica muy firme*): ¡Ya me lo habéis escrito!

BOBADILLA: ¡Ah! Y, puesto que lo sabéis, ¿no os parece bien ser un poco más humilde?

COLÓN: No olvidéis, señor, que si vos sois comisionado del Rey, yo soy Almirante de España y Virrey de estas tierras...

BOBADILLA (*riendo*): ¡Bah! Tengo plenos poderes para destituiros...

COLÓN (*muy sereno*): ¡No os entiendo! No se me puede acusar de ningún crimen...

BOBADILLA: ¡Estáis muy seguro de ello?

COLÓN: Segurísimo.

BOBADILLA: Pues os equivocáis, señor mío. En primer lugar, se os acusa de haber esclavizado a los indios y de haberlos tratado con crueldad...

COLÓN: Lo primero es cierto; lo hice atendiendo a que los naturales, habituados al clima, pueden trabajar más y mejor bajo la dirección de los españoles; pero, en cuanto a lo segundo, os equivocáis, señor. Jamás he sido cruel con los indios y siempre he impedido que lo fuesen los colonos.

BOBADILLA: Se os acusa también de haber abusado de vuestra autoridad.

COLÓN: ¡Lo niego! Nunca he ultrajado a nadie ni hice nada que no estuviese en mi derecho.

BOBADILLA: Sin embargo, hay pruebas de que habéis abusado de vuestro poder. Pero, hay más aun, estáis acusado de haber distraído en vuestro provecho fondos que no os pertenecían...

COLÓN (*muy indignado*): ¡Quién se atreve a acusarme de ladrón?

BOBADILLA: ¡Muchas personas honradas!

COLÓN: ¡Mienten!

BOBADILLA (*severo*): ¡Señor Almirante: medid vuestras palabras!

COLÓN (*fuera de sí*): ¡Mienten! ¡Mienten! ¡Mienten! ¡Mienten mil veces! ¿Quién es bastante ruin para calumniarme de ese modo? ¡Señor Comisionado: si venís a administrar justicia, empezad por hacérmela a mí!... (*En su agitación, no ha notado que, a una señal de Bobadilla, han entrado por la izquierda el Contador Cevallos y un grupo de soldados. El Soldado 1º y el Soldado 2º se acercan al Almirante, le ponen las manos en los hombros y dejan caer las cadenas que traen*).

BOBADILLA (*en ese preciso instante*): En nombre de los Reyes de España, ¡daos preso!

COLÓN: ¡Esto es una infame traición!

CEVALLOS: ¡No os resistáis, pues sería peor para vos!

COLÓN: ¡Ah, creed que se me hará justicia!

BOBADILLA: ¡Vaya si se os hará! (*A Cevallos*): Pero, entretanto, id vos, amigo Cevallos, en busca del capitán Vallejos y ordenadle, en mi nombre, que se presente aquí con una dotación de marineros. (*Cevallos vase por derecha precipitadamente*). ¡Ved, vosotros, de qué modo castiga España! ¡La mano de su justicia cae con igual peso sobre el humilde y sobre el encumbrado! ¡Veamos! (*A los Soldados 1º y 2º*): ¡Ponedle las cadenas!

SOLDADO 1º (*a quien, lo mismo que al Soldado 2º, Colón ha mirado fijamente*): ¡No seré yo quien lo haga!...

SOLDADO 2º: ¡Ni yo!... (*Van a agregarse al grupo de soldados que murmuran sordamente y hacen signos de aprobación*).

BOBADILLA (*a Soldados 1º y 2º*): ¡Presentaos presos en la guardia! (*Los Soldados 1º y 2º desaparecen por izquierda. A los otros soldados*): ¡Vamos! ¡Cumplid vosotros la orden! ¡Presto! (*Nadie se mueve*). ¡Rebeldes! ¡Os haré ahorcar a todos! (*Pausa*). ¿Tendré, pues, que ponerle yo mismo las cadenas?

UNA VOZ ENTRE LOS SOLDADOS: Será mejor, señor, puesto que nadie quiere hacerlo...

BOBADILLA (*enfurecido*): ¡Doscientos maravedises al que lo haga! ¡Quinientos! ¡Seiscientos! ¿Será posible que de tal manera se burle mi autoridad? ¡Mil! ¡Mil quinientos! (*Fernando se adelanta*). ¡Bravo! ¡Encadénalo! (*Una gran expectación mientras Fernando obedece*).

COLÓN (*cuando Fernando alza los ojos después de encadenarlo*): ¡Fernando!

FERNANDO: ¡Oh, perdón, señor, perdón! (*Va hacia lateral izquierda muy turbado*).

BOBADILLA: ¡Toma! ¡Toma el dinero que has ganado!... (*Deja caer las monedas sobre la mesa*).

FERNANDO: ¡No lo quiero, señor!

UN SOLDADO (*tomando a Fernando por los hombros lo arroja contra la pared*): ¡Anda, bellaco!

VALLEJO (*apareciendo en lateral derecha*): ¡Señor Comisionado!

BOBADILLA: Llegáis en buena hora, capitán. (*A los soldados*): ¡Vosotros quedáis presos! (*Los soldados desaparecen murmurando por izquierda*). Capitán: os entrego al Señor Almirante desde ya. Conducidlo a bordo,

custodiado por vuestra gente. Mañana a primera hora os entregaré los pliegos e inmediatamente levaréis anclas... ¡Os dejo, pues ardo en deseos de castigar a esos rebeldes! (*Desaparece en pos de los soldados*).

COLÓN (*viendo que Vallejos se arrodiva ante él*): ¡Qué hacéis, capitán? ¡Levantaos!

VALLEJO: ¡Oh, señor, vos no merecís esta ignominia y os prometo que, apenas abandonemos Santo Domingo, os quitaré yo mismo estas cadenas!...

COLÓN (*abrazándolo*): Os lo agradezco, capitán, os lo agradezco, pero, ¡ya que me las puso el representante de los Reyes, sólo ellos pueden mandar que se me quiten!

TELON

III.

T r a i c i ó n

PERSONAJES

JUAN DÍAZ DE SOLÍS.

FRANCISCO DE TORRES.

EL CONTADOR ALARCÓN.

EL FACTOR MARQUINA.

EL DESPENSERO MONTES.

EL VIGÍA.

EL GRUMETE.

CABO DE CAÑÓN.

ARTILLERO 1º.

ARTILLERO 2º.

MARINERO 1º.

MARINERO 2º.

MARINEROS.

DECORACIÓN: *En la cubierta de una carabela. A la derecha, y accesible, el castillo de proa. Sobre la borda, y al foro, se divisa muy lejana la tierra. A la izquierda, siendo sólo visible la culata, un pequeño cañón.*

SOLÍS (*en el castillo de proa con Torres, en tanto el Grumete ayuda a los Marineros 1º y 2º a lavar la cubierta con agua del mar*): A fe que podemos darnos por satisfechos. El tiempo nos favorece, estamos todos con ánimo y salud y, si Dios ayuda, pronto hallaremos la extremidad de este misterioso continente...

TORRES: Desde el cabo Santa María, como lo bautizamos ayer al descubrirlo, la costa parece que fuese torciéndose hacia el oeste... ¿No se tratará de un enorme golfo?

SOLÍS: Sí, no hay duda, la costa corre hacia el oeste, pero se acentúa momento a momento una fuerte contracorriente.

ALARCÓN (*apareciendo por izquierda en compañía de Marquina y Montes*): Venimos observando, Capitán, que las aguas, ántes tan claras y puras, se vuelven ligeramente turbias...

SOLÍS: Así es en efecto y, por lo tanto, creo que haríamos bien en desconfiar de estas aguas, que parecen hacerse poco profundas. Encargaos vos, Alarcón, de enviar un bote al encuentro de las otras dos carabelas, con orden de aguardar nuestro regreso fondeadas frente al cabo Santa María.

ALARCÓN (*desapareciendo por derecha*): Bien, señor. (*Solís, Torres, Marquina y Montes hablan animadamente observando la costa*).

EL GRUMETE (*que va arrojando baldes cerca del castillo de proa*): ¡Agua va!

MARINERO 1º: ¡Cuidado, grumete!

EL GRUMETE: ¡Cuídate tú cuando yo aviso! ¡Agua va!

MARINERO 2º: ¡Echa aquí!

EL GRUMETE: ¡Va!... ¡Uno!... ¡Dos!... ¡Tres!...

MARINERO 2º: ¡Basta ya! ¡No parece sino que fueras a achicar el mar!

MARINERO 1º: Si se tratara de achicar no gastaría tanto brío este condenado, no!

EL GRUMETE: ¡Agua va!

MARINERO 1º: ¡Ea, juicio, o te mando a hacer compañía al balde!

EL GRUMETE: ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!...

MARINERO 1º: Ríe... ríe, que ya reiré yo cuando el vigía grite: «¡Hombre al agua!»

EL GRUMETE: No me disgustaría zambullirme, porque esta agüita está muy rica (*la prueba*). ¡Calla! ¡Calla! ¡Si casi no es salada! (*A Marinero 2º*): ¡Pruébala! ¡Pruébala!

ALARCÓN (*que llega por derecha*): ¿Qué desatinos dices, grumete?

MARINERO 2º: Dice la verdad, señor Contador. ¡Probadla! (*Le presenta el balde*).

ALARCÓN (*después de gustar el agua*): ¡Agua dulce, Capitán!

SOLÍS (*bajando del castillo precipitadamente, seguido de Torres y Montes. Todos prueban el agua*): ¡En efecto!

TORRES: ¡Agua dulce!

SOLÍS: ¿Podríais explicarme esto? (*Los marineros prosiguiendo su labor desaparecen por izquierda*).

MONTES: No por cierto, Capitán.

ALARCÓN: ¿Tendremos que habérmolas con un mar dulce?

SOLÍS: Eso no. La conformación de la costa, la enorme corriente y, sobre todo, la dulzura de estas aguas, me inclinan a creer que no estamos en el camino que buscamos sino en un río...

MARQUINA: En ese caso sería este el más majestuoso de los ríos...

SOLÍS: Sí, un río inmenso...

TORRES: Un río que debe venir de las entrañas mismas de este desconocido continente...

ALARCÓN: Debe nacer cientos y cientos de leguas tierra adentro...

MONTES: Es grandioso como el mismo mar. No se ve la otra orilla...

SOLÍS: Convengo en que es imponente pero no era esto lo que yo buscaba... ¿Tendré acaso la suerte de Colón? ¿Estaré corriendo en pos de algo que no existe?

ALARCÓN: Pues yo os deseo la suerte de Colón, Capitán, porque lo que él halló es mil veces más hermoso que lo que buscaba...

SOLÍS (*irónico*): Sí, buscaba glorias y encontró ignominias, buscaba lauros y encontró cadenas...

TORRES: Permitidme: Lo cargaron de cadenas, pero Isabel lo libró de ellas y destituyó a Bobadilla...

SOLÍS: Cierto.

MONTES: ¿Exploraremos, pues, este río, Capitán?

SOLÍS: Sí, amigo mío, exploraremos esta inmensidad líquida para conocer su naturaleza, y luego seguiremos hacia el sud. ¡Yo daré con el paso que conduce a las Indias y, más afortunado que Colón, tendré la gloria de ese descubrimiento y la de éste!...

TORRES: ¡Os deseamos esas y otras glorias mayores aún!

SOLÍS: Y yo agradezco vuestros cordiales deseos, amigos míos.

LA VOZ DEL VIGÍA: ¡Hombres en la costa!

SOLÍS (*observando desde la borda*): ¡Vedlos! ¡Vedlos! ¡Son indios armados! ¡Llevan arcos y flechas!

MONTES: Están casi desnudos...

MARQUINA: Llevan adornos de plumas...

SOLÍS: Quisiera saber cómo nos acogerían...

TORRES: ¿Es que pensáis bajar a tierra?

SOLÍS: Quizás...

ALARCÓN: ¡Cada vez aparecen en mayor número! Son algunos cientos...

TORRES: Quizás doscientos...

MONTES: Más... muchos más...

MARQUINA: Y debe haber otros escondidos en el bosque...

ALARCÓN: ¡Cómo gesticulan!

TORRES: ¡Parecen monos!

SOLÍS: Evidentemente, nunca han visto nada semejante a nuestro barco...

TORRES: Desde aquel médano hacen señas... Parece que nos invitan a bajar...

SOLÍS: Contestémosles. (*Todos hacen señales agitando los brazos y riendo*). ¡A ver si nos entendemos!

MONTES: Es indudable que nos llaman... ¡Bajemos!

SOLÍS: Antes quisiera saber qué gentes son...

MARQUINA: Parecen pacíficos...

SOLÍS: Fondearemos aquí. (*A Montes*): Ordenad que echen anclas. (*Desaparece Montes por derecha*). ¡Eh, vosotros! (*Aparecen algunos marineros por izquierda*). ¡Cuatro hombres aquí! ¡Lanzad ese bote y alistadlo! (*Los marineros se ponen a la tarea dirigidos y ayudados por Alarcón y Marquina*).

ALARCÓN: ¡Vivo!

MARINERO 1º: ¡Suelta ese cabo!

SOLÍS (*a Torres*): Yo bajaré a tierra con Alarcón y Marquina y vos quedaréis a cargo del buque...

TORRES: ¡No vayáis! Tengo el presentimiento de que os amenaza una desgracia...

SOLÍS: Ya sabéis que yo no creo en presentimientos sino cuando son buenos. Además el miedo es una palabra que no existe en mi idioma.

TORRES: Ni en el mío. Sabéis que tampoco yo soy cobarde y, sin embargo...

SOLÍS: Sin embargo... quisiérais que yo lo fuese...

TORRES: No os aconsejo miedo sino prudencia...

SOLÍS: ¡Bah!

TORRES (*apenado*): Con razón dicen que Dios ciega a los que quiere perder.

SOLÍS: No os resintáis, no he querido ofenderos... Sé muy bien que no tengo en el mundo mejor amigo que vos...

TORRES: Entonces, permitid que os acompañe...

SOLÍS: ¡Imposible! ¿A quién confiaría el mando de la carabela?

TORRES: Dejad a Alarcón aquí, y llevadme en su lugar...

SOLÍS: ¡Nada! ¡Nada! ¡Sólo iré tranquilo dejando la expedición en vuestras manos!...

TORRES: ¿Veis como vos también teméis algo?

SOLÍS: Os contestaré con vuestro propio argumento: la prudencia, y no el miedo, dicta mis palabras. Pero, en fin, todos somos mortales y algo puede acontecerme...

ALARCÓN (*ya lanzado el bote y preparada la tripulación*): Todo está listo, Capitán.

SOLÍS: Bien: reunidme aquí toda la tripulación... (*Alarcón y Marquina desaparecen por derecha e izquierda respectivamente y poco a poco van entrando en escena animados grupos de marineros y entre ellos vuelven los nombrados*).

TORRES: Dejadme ir con vos... Quizás pueda servirlos...

SOLÍS (*señalando la costa*): Confío en que no he de necesitaros allí tanto como aquí... ¡Venid! (*Suben al castillo de proa y dirigiéndose a la tripulación*): ¡Oíd!

VOCES: ¡Silencio! ¡Callad! ¡Silencio! ¡Atención!

SOLÍS: ¡Oíd mi voluntad! He de bajar a tierra ahora mismo y, como no sé qué suerte me espera, dejo en mi puesto al Piloto Don Francisco de Torres (*lo atrae hacia sí*) y ordeno que se le obedezca como a mí mismo... Si es la voluntad de Dios que me sea fatal esta excursión, Don Francisco de Torres tomará el mando de las tres carabelas y decidirá si han de seguir adelante o si han de volver proas... ¿Estáis dispuestos a obedecerle?

VOCES: ¡Sí! ¡Sí! ¡Como a vos! ¡Siempre! ¡Sí!

SOLÍS: ¡Juradlo!

VOCES (*mientras todos gesticulan afirmativamente*):
¡Lo juramos!

SOLÍS: Bien: confío en vosotros. (*Abrazando a Torres*): ¡Sois el Capitán! (*A los marineros que aprestaron el bote*): Vosotros a tierra conmigo! (*A Alarcón*): Y vos. (*A Marquina*): Y vos. (*A la tripulación*): ¡Cada hombre a su puesto! (*Todos se retiran como vinieron*).

TORRES: ¡Os pido por última vez que me llevéis!

SOLÍS: ¡No, amigo, no! Dentro de poco estaré de vuelta y juntos nos reiremos de vuestro presentimiento. (*Pasa al bote*). ¡Ea! ¡Quedad con Dios!

TORRES: ¡Que El os proteja!

SOLÍS: ¡A tierra! (*El bote parte*).

TORRES (*y lo mismo Montes, el grumete, Marinero 1º, el Cabo de Cañón, el Artillero 1º y el Artillero 2º que están en escena*): ¡Adiós! ¡Adiós! ¡El Señor os guíe! ¡Buena suerte! ¡Adiós!

SOLÍS (*y sus compañeros ya invisibles*): ¡Adiós! ¡Adiós!
¡Viva España!

VOCES FUERA Y EN ESCENA: ¡Viva! ¡Viva el Capitán!
¡Viva!

TORRES (*a Marinero 1º*): Tú, releva al vigía. Ya sabes, mucha atención a la costa: ¡no los pierdas de vista! (*Marinero 1º desaparece por derecha y el Cabo de Cañón y los artilleros disponen lo necesario para hacer las descargas*). Y vosotros, preparadlo todo. Hay que estar listos para entrar en fuego si acaso emprenden la retirada...

EL GRUMETE (*que observa la marcha del bote al lado de Montes y cuando Torres viene a reunírseles*): ¡El Capitán os saluda! (*Los tres saludan sonriendo*).

EL VIGÍA: ¡Han tocado tierra!

TORRES: ¡Ah! (*Pausa*). ¡Corren a agasajarlos!

MONTES: ¿Veis como eran pacíficos?

EL GRUMETE (*riendo*): ¡Mucho les interesa el bote a los salvajes!

MONTES: Uno se adelanta hacia los nuestros...

TORRES: Ha de ser el Cacique.

EL GRUMETE: Ha dejado las armas en el suelo.

MONTES: Y el Capitán lo mismo.

TORRES: Es la señal de paz: ¡ahora respiro!

EL GRUMETE: ¿Qué hacen?

TORRES: Cómo, ¿se internan en el bosque? Es una imprudencia: ¡no podremos protegerlos con nuestros fuegos!

EL VIGÍA: Se alejan tierra adentro...

TORRES (*algo alarmado*): ¡Alerta, vigía! (*A los artilleros*): ¡Atención vosotros! ¡La mecha lista!

EL GRUMETE: Desaparecen entre los árboles.

TORRES: ¿Los divisas, vigía?

VIGÍA: ¡Marchan en orden!

MONTES (*riendo*): Ved, cómo se divierten aquellos indios paseando en el bote.

TORRES: ¿Los ves aún, vigía?

VIGÍA: ¡Aún! (*Pausa larga*). ¡Oh! ¡Traición! ¡Traición! ¡Vienen corriendo hacia la costa! ¡Huyen!

TORRES: ¡Maldición!

VIGÍA: ¡Arrojan flechas sobre ellos!

MONTES: ¡Ahí están!

TORRES: ¡Fuego! ¡Fuego a discreción! ¡Exterminadlos!

MONTES: ¡Soldados a mí!

EL GRUMETE: ¡Eh! ¡Vosotros! (*Se precipitan los marineros en escena; gran confusión y estalla el primer cañonazo*).

VOCES: ¡Traidores! ¡Perros! ¡No podremos salvarlos! ¡Arrojad un bote! ¡Capitán! ¡Señor! ¡El cañón! ¡Malditos! ¡Presto! ¡Arrojad ese bote! ¡Vivo! ¡Ea!

TORRES: ¡Fuego! ¡Fuego! (*Se suceden las descargas con cierta frecuencia y se oyen pistoletazos cada vez más cercanos*). ¡Errado! ¡Rectificad la puntería! (*Los marineros maniobran con el bote y van de aquí para allá empujándose para ver el combate*).

VOCES: ¡Malditos! ¡Ladrones! ¡Hato de bellacos! ¡Firme! ¡Ah! ¡Animo!

VIGÍA: ¡Han caídos dos! ¡Ahora el Contador! ¡Malditos! ¡El bote ha desaparecido!

TORRES: ¡Botad ése ya! ¡Cortad la cuerda! ¡Presto!

EL GRUMETE: ¡El Capitán! ¡Han muerto al Capitán!

MONTES: ¡Calla, imbécil! ¡Se levanta!

TORRES: ¡Alabado sea Dios!

UNA VOZ: ¡Está herido!

EL GRUMETE: ¡Dios lo ampare!

MONTES: ¡No ha sido nada; se defiende como un león!
¡Ya ha matado a dos!

VOCES: ¡Dadles que sentir! ¡Firme! ¡Ese cañón! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Deshacedlos!

MONTES: ¡Acertado!

EL GRUMETE: ¡Han rodado algunos!

TORRES: ¡Bien, muchachos! ¡Fuego otra vez! ¡Y otra!
¡Y mil!

EL GRUMETE: ¡Las flechas caen como granizo!

TORRES: ¡Maldición!

MONTES: ¡El Capitán! ¡El Capitán!

VOCES: ¡Muerto! ¡No se mueve! ¡Lo han matado!

TORRES: ¡Dios lo acoja! (*A los marineros que ya lanzan el bote*): ¡Dejad! ¡Dejad! ¡Ya es inútil! (*A los artilleros*): ¡Escarmentadlos, vosotros! ¡Vengadlos! ¡Vengad al Capitán!

EL CABO DE CAÑÓN: ¡Se han puesto fuera de tiro!

EL GRUMETE: ¡Vedlos como huyen!

MONTES: ¡Se llevan los cadáveres!

VOCES: ¡Se llevan los cadáveres! ¡Se los llevan al bosque!

MONTES: ¿Y si intentáramos arrebatárselos?

TORRES: ¡Imposible! ¡Sería un sacrificio inútil!

VIGÍA: ¡Descuartizan los cadáveres!

VOCES: ¡Van a asarlos! ¡Antropófagos! ¡No podremos recoger sus despojos! ¡Oh! ¡Traidores! ¡Traidores! ¡Comen carne humana! ¡Horror! ¡Venganza! ¡Venganza! ¡Antropófagos!

TORRES: ¡Ah, si hubiese seguido mi consejo!

TELON

IV.

La laguna del oro

PERSONAJES

IMA, *la esposa del Curaca.*

EL CURACA.

EL CHASQUI.

UN JEFE INDIO.

DOS SERVIDORES INDIOS.

DECORACIÓN: *En una meseta de la cordillera cuyos altos picachos se divisan al foro. A izquierda se abre una puerta monumental, la de la casa del Curaca. En tercer término un alto risco tras el cual se supone que está a gran profundidad la «Laguna del oro». A la derecha una huella bordeada de frondosos árboles.*

EL CURACA (*sentado ante su casa con Ima y el Chasqui*): La venida de estos hombres pálidos fué anunciada por nuestros abuelos, pero, contra lo que la tradición afirma, yo creo que no traen nada bueno...

EL CHASQUI: Todos los quichuas pensamos como tú, Curaca, y en toda la Nación de las Cuatro Partes del Mundo se sacrifican seres humanos al Padre Sol para aplacar su ira y apartar la desgracia... Pero los invasores dominan y, ya ves, el Inca Atahualpa está prisionero...

IMA: Yo he soñado que las hojas caían de los árboles en todo su verdor... y esto significa desgracia.

EL CURACA: Los sueños engañan muchas veces... No todos son enviados por los dioses...

IMA: Pero éste si lo era, esposo mío. ¡No debes partir!

EL CURACA: ¿Cómo puede hablar así la mujer de un Curaca?

IMA: ¡Perdóname! ¡Temo a esos hombres que traen consigo la destrucción y la muerte!...

EL CURACA: ¡Bah! Nuestros guerreros darán buena cuenta de ellos!... ¡Todos los quichuas arden en deseos de vengar la afrenta hecha al Hijo del Sol!

IMA: Y yo también: ¡llévame contigo!

EL CURACA: ¡Así! ¡Así te quiero! ¡Eres digna de mí!

IMA: Me llevarás, ¿verdad?

EL CURACA: ¡No! Tú tienes que quedarte aquí para guardar la urna...

IMA: ¿La urna?

EL CURACA: Sí. En mi ausencia sólo tú puedes custodiarla.

EL CHASQUI (*indicando la derecha por la cual se aleja*): ¡Las tropas reunidas en el valle se impacientan esperando tus órdenes, Curaca!

EL CURACA: ¡Ve! Es la hora. Anúnciales que al pasar les exhibiré la urna como en la Gran Fiesta del Sol. Luego iré a ponerme a su frente. (*El Chasqui desaparece por derecha y el Curaca entra en la casa para retornar al ins-*

tante trayendo la urna que deposita en una cavidad de la roca). ¡Mírala, Ima! ¡Mírala en todo su esplendor...! ¡Cómo despertaría la codicia de nuestros invasores! ¡Es el más valioso de nuestros tesoros! Ella representa la gloria mayor de nuestra tribu. ¡Guárdala! ¡Vela por ella! Pero... ¡ven! (*lleva a Ima hacia el foro, le hace escalar el empinado peñasco a cuyo pie se halla la «Laguna del oro» y señalando el abismo*): Antes de entregarla a manos enemigas: ¡arrójala aquí! ¡Nadie irá a buscarla ahí abajo! La «Laguna del oro» tendrá así una riqueza más en su fondo. Mírala: ¡brilla como un escudo de fuego!

IMA: ¡La urna no caerá en manos enemigas!

EL CURACA: ¡Júralo!

IMA: ¡Lo juro!

EL CHASQUI (*por derecha*): ¡La urna, Curaca!

EL CURACA: Alcánzamelas: ahí está. ¡Quiero mostrársela a nuestros hombres desde aquí!

EL CHASQUI (*obedece*): ¡Tómala! (*El Curaca, muy erguido, eleva la urna sobre su cabeza*).

VOCES (*que se acercan y se alejan pareciendo salir del abismo*): ¡Oh! ¡Miradla! ¡La urna! ¡La urna! ¡La urna sagrada! ¡El Curaca la muestra! ¡Es un sol! ¡Es un sol! ¡Vedla! Vengamos al Inca! ¡La urna! ¡La urna sagrada!

EL CURACA (*cuando el clamor se apaga, deja la urna donde estaba*): ¡Ima, vela por ella! (*Al Chasqui*): Tú permanecerás aquí y, mañana, con las primeras luces del alba, partirás a encontrarme trayéndome las noticias de

cuanto aquí ocurra. (*A Ima, poniéndole las manos en los hombros, y desapareciendo luego vivamente por derecha*): ¡Animo! ¡No olvides que eres la mujer de un Curaca!

IMA: ¡No temas! ¡Seré digna de ti!

EL CHASQUI (*que ha escalado el peñasco*): Van rodeando la «Laguna del oro»...

IMA (*en el mismo sitio*): Que la fortuna les sea propicia... (*pausa; señalando el cielo*): ¡Oh! ¡Mira! ¡Mira! Esos pájaros volaban hacia el norte y se han desbandado. ¡Se han desbandado! ¡Una calamidad nos amenaza!

EL CHASQUI: No te engaña el augurio.

IMA: ¿Qué dices?

EL CHASQUI: No he querido decirle nada al Curaca, pero...

IMA: ¡Habla! ¡Habla!

EL CHASQUI: El Inca Atahualpa ha prometido al Jefe de los invasores una sala colmada de oro y otras salas colmadas de plata, a cambio de su libertad.

IMA: ¡No lo creo! El Inca jamás recurrirá a ese medio, pues sabe bien que nuestras armas lo liberarán. No, no lo creo.

EL CHASQUI: Sin embargo, lo creerás si te digo que los encargados de recoger los metales preciosos recorren ya todo el imperio y que uno de ellos ha llegado hasta aquí.

IMA: ¿Hasta aquí?

EL CHASQUI: Sí.

IMA: Cómo, pues, ¿no se presentó al Curaca, todavía?

EL CHASQUI: El comisionado del Inca sabe que el Curaca quiere probar antes la suerte de las armas, y que, en cambio, tú no harás resistencia. (*Ríe*).

IMA: ¡Ah, traidor! ¡Yo iré a avisarle! (*Va a correr hacia la derecha, pero el Chasqui la retiene en sus brazos*). ¡Suelta! ¡Suelta!

EL CHASQUI (*dando voces*): ¡Eh! ¡Vosotros! ¡Aquí!

IMA (*forcejeando*): ¡Suelta! ¡Déjame! ¡Déjame ya!

EL JEFE (*saliendo de su escondite entre los árboles seguido por los dos servidores*): ¡Suéltala! (*El Chasqui obedece*).

IMA: Y tú, ¿qué quieres de mí?

EL JEFE: Este hombre te lo ha dicho. Vengo recogiendo el oro y la plata que han de servir para rescatar al Inca.

IMA: Mas, ¿por qué no te presentaste al mismo Curaca? El te hubiera dado gustoso cuanto tiene...

EL JEFE: Este hombre me aconsejó que obrara así y creo que no me aconsejó mal...

IMA: El Curaca va rumbo a la Capital, dispuesto a dar su vida por el Inca y, con mayor razón, te hubiera dado su oro y su plata...

EL JEFE: Bien: ¡no discutamos! El Curaca será hoy generoso por tu mano.

IMA: Haz recoger todos los objetos de oro y plata que hay en la casa. ¡Llévalo todo! ¡Todo lo da el Curaca por mi mano, como tú dices!

EL JEFE (*a uno de sus hombres y dirigiéndose hacia la urna*): Tú, ¡llévate esta urna!

IMA (*apoderándose de ella*): ¡Oh, la urna no! Llevaas todo, pero la urna no; no puedo entregáros la!

EL JEFE (*riendo*): ¡Qué inocente eres! ¿Por qué voy a dejártela? Es demasiado valiosa, amiga mía. ¡Trae!

IMA: He dicho que no.

EL JEFE: Pero, ¿por qué la apartas?

IMA: ¿Cómo? ¿No lo sabes? ¿Qué quichua eres tú, que no conoces la tradición?

EL JEFE: ¡Conozco muchas tradiciones! ¿De cuál me hablas?

IMA: Escucha: Esta preciosa urna, toda de oro macizo, fué regalada, por el Inca Huiracocha a uno de los ascendientes del Curaca, en señal de gratitud. Así viene pasando de generación en generación y es fama que, mientras ella esté en poder de los Curacas, los indios vivirán felices y tranquilos, mas, el día en que la urna caiga en manos enemigas, perecerá la dinastía, y conquistadores poderosos reinarán en Tahuantisuya...

EL JEFE: Pues si proviene de un Inca, es justo que vaya a engrosar el tesoro ofrecido para rescatar al nuestro...

IMA: ¿No comprendes que la urna es sagrada para nosotros? Todos los años, en la Gran Fiesta del Sol, ricos y pobres nos sentamos juntos en torno de ella, libres de odios y rencores, y los jóvenes guerreros se disputan el honor de custodiarla.

EL JEFE: Yo tengo orden de recoger todos los objetos de oro y de plata, y no puedo permitir que sea apartado uno tan grande, sólo porque se relaciona con una tradición más o menos hermosa... Dame la urna, ¡ea!

IMA (*abrazando la urna y lista para escalar el peñasco*): ¡No! Llévate todo lo demás; todo lo doy gustosa para el rescate del Inca, nuestro señor, pero la urna no puedo dártela, porque he prometido no entregarla jamás.

EL JEFE: En el nombre del Inca, ¡te ordeno que la entregues!

IMA: No te la daré, porque el mismo Curaca te la negaría.

EL JEFE: ¡Trae o!...

IMA: ¡Nunca!

EL JEFE (*lanzándose sobre ella*): Te la quitaré por la fuerza, ya que... (*Forcejean y el Chasqui y los servidores vienen en ayuda del Jefe, pero, Ima, se desprende de sus brazos, salta sobre el picacho y arroja la urna al vacío*).

IMA: ¡No la tendrás!

EL JEFE (*que ya está a su lado*): ¿Qué has hecho, criatura?

IMA: ¡Lo que me mandó el Curaca!

EL JEFE: Pero... ¿qué brilla allí abajo?

IMA: La «Laguna del oro».

EL JEFE: ¿La «Laguna del oro»?

EL CHASQUI: Le llamamos así, porque la leyenda dice que hay, en su fondo, un inmenso tesoro...

EL JEFE (*al Chasqui*): Baja, con estos hombres, y tráeme la urna...

EL CHASQUI: Imposible, señor... (*Señalando a Ima*). Ella lo sabe bien. ¿no ves cómo se ríe?

EL JEFE (*cegado por la ira, da un violento empujón a Ima*): ¡Vete, pues, con tu urna!

IMA (*desapareciendo despeñada*): ¡Oh!

EL CHASQUI: ¡Señor! No te canses esperando el ruido de la caída; ¡es demasiado grande el abismo!

EL JEFE (*por un intensísimo resplandor amarillo que sube hacia el peñasco*): ¿Y eso?

EL CHASQUI: ¡Huyamos! ¡Huyamos! ¡Es la ira de los dioses!

VOCES (*mientras todos huyen por derecha en gran confusión*): ¡Es el resplandor de la urna! ¡Huyamos! ¡Horror! ¡Castigo divino! ¡Huyamos!

TELON

La evasión

PERSONAJES

EL CAPITÁN DON LUIS DE CASTRO.

EL PADRE FRANCISCO.

EL GOBERNADOR IRALA.

EL TENIENTE VERA.

EL COMANDANTE DE LA CÁRCEL.

SOLDADO 1º.

VARIOS SOLDADOS.

CUADRO PRIMERO

DECORACIÓN: *En el despacho de Irala en la Asunción.*
El local es amplio. Los muebles ricos. Hay cierto
desorden en todo. Puertas a derecha e izquierda.

CASTRO (*en escena con Irala*): Pues bien, os pido que concedáis la vida a Don Fernando Aguirre.

IRALA (*soberbio*): ¿Sabéis, por ventura, el aprieto en que me ponéis?

CASTRO: Yo sólo sé que Don Fernando no merece muerte tan vil... Defendió a los pobres indios y...

IRALA (*violento*): Decidme, ¿conocéis los pormenores del asunto?

CASTRO (*sin intimidarse*): No, pero conozco al reo, a la víctima, debiera decir, ¡y me basta! Don Fernando Aguirre es un modelo de caballeros cristianos.

IRALA (*subiendo de tono a cada réplica*): Yo no digo que no lo sea, pero desobedeció mis órdenes; ¡y por eso lo castigo!

CASTRO: Permitidme... Don Fernando...

IRALA (*mordaz*): Vuestro espejo de caballeros se ha resistido a cumplir mi mandato...

CASTRO (*firme*): Sin embargo, creo que no cuadra tanta severidad, como la que usáis con el señor Aguirre, pues debíerais tener en cuenta los servicios que ha prestado a España.

IRALA: ¿Y qué os importa a vos? ¿No os parece que vuestro interés por el reo no se justifica?

CASTRO: Lo justifica el deseo, que ya os he expresado, de evitaros un grave disgusto, pues son muchos los que no están conformes con vuestro proceder en este caso...

IRALA: Y vos, el primero, ¿no es eso?

CASTRO: No lo niego.

IRALA: ¿Y quiénes otros son los descontentos?

CASTRO: Por lo pronto, mis soldados. Vuestra Señoría no debe echar en olvido que tengo a mis órdenes cien bravos y fieles soldados.

IRALA (*ligeramente irónico*): ¿Me amenazáis, señor Capitán?

CASTRO: De ningún modo, pero me permito rogaros que accedáis a mi súplica. ¡No os pesará!

IRALA (*esforzándose por mostrarse amable*): ¿Sabéis qué pienso?

CASTRO: ¡Decid!

IRALA: Que, si yo haría bien siendo menos riguroso, vos y vuestros amigos, haríais mejor, aún, desentendiéndolos de los indios. El mismo Don Fernando Aguirre, por quien intercedéis, debe su desgracia a ese extremado interés... (*Riendo*). Los indios, amigo mío, no deben ser tratados como hombres, porque apenas si son...

CASTRO: ¿Bestias?

IRALA: No, no digo tanto... pero... ¡son esclavos!

CASTRO: Un esclavo puede ser tan fiel como un amigo, lo tengo experimentado. (*Gesto desdeñoso de Irala*). Uno de los míos, Guizaró se llama...

IRALA: Permitidme, señor Capitán, no me interesan en absoluto vuestros esclavos...

CASTRO (*dominando su indignación*): ¡Como queráis! (*Pausa*). Qué decide Vuestra Señoría: ¿me concedéis la gracia que os pido? Yo respondo de la futura conducta de Don Fernando Aguirre, si, como espero, conserváis su vida!

IRALA (*a pesar suyo*): ¡Os la concedo!

CASTRO (*conmovido*): ¡Oh, gracias!

IRALA: ¿Puedo servirlos en algo más, señor Capitán?

CASTRO: Si me permitiérais llevar a mi amigo la noticia de vuestra generosa decisión...

IRALA : ¡Llévadsela !

CASTRO (*desapareciendo por derecha, previo saludo militar*): ¡Contad conmigo!

IRALA (*saludando del mismo modo*): Gracias... (*Pausa*). ¡Oh, me vengaré! ¡No se me desafía en vano! ¡Insolente! (*agita una campanilla y, casi inmediatamente, entra por derecha el Teniente Vera*). ¡Hola! ¡Ven aquí, muchacho!

VERA (*adelantándose*): A las órdenes de Vuestra Señoría. (*Pausa; adulador*): ¡Cómo sabe Vuestra Señoría ganarse las voluntades!

IRALA : ¿Por qué lo dices?

VERA : Por el Capitán Castro. ¡Va radiante!

IRALA : Tú vas a encargarte de que no le dure mucho ese estado.

VERA : ¡Mandadme! Estoy ansioso de mostraros que soy el más fiel de vuestros criados.

IRALA : El Capitán Castro me ha obligado a perdonar la vida a Don Fernando Aguirre, pero nadie podrá impedirme que, con la suya, pague tamaña insolencia.

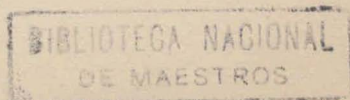
VERA : ¿Qué debo hacer?

IRALA : Vigilarás su casa y, en el primer momento oportuno, cae sobre él y traémelo.

VERA (*feroz*): ¿Vivo?

IRALA (*cruel*): ¡Vivo o muerto! ¡Ve!

TELON



CUADRO SEGUNDO

DECORACIÓN: *Un calabozo sombrío. Al foro la puerta enrejada. Una tarima adosada a la pared de la izquierda.*

IRALA (*en escena con el Teniente Vera, el Comandante de la Cárcel y el Capitán Castro, que aparece tendido en la tarima y cargado de cadenas*): ¡Quitadle las cadenas, que la muerte no tardará en ponerle la suya!

VERA (*obedeciendo, ayudado por el Comandante*): ¡Ha decaído mucho!

COMANDANTE: Ayer ya estaba muy mal. Deliró la noche entera. El carcelero me llamó esta mañana, al ver que entraba en agonía...

IRALA: ¡No lo habréis hecho reconocer por el físico, eh?

COMANDANTE (*complaciente*): ¡Oh, no! El señor Teniente me tiene dicho vuestro deseo y sé obedecer...

IRALA: ¡Y el confesor?

COMANDANTE: Ha sido llamado, pero, si Vuestra Señoría...

IRALA: ¡No! ¡No! ¡Habéis hecho muy bien. (Pausa). ¡Decís que ayer estaba más animado?

VERA: Muy poco.

COMANDANTE: Sin duda era la mejoría de la muerte.

IRALA: ¡Hablaba?

COMANDANTE: Ni una palabra. También es cierto que, en los días que lleva aquí no dijo muchas...

IRALA: Si antes hubiera sido tan discreto, no lo veríamos como lo vemos... (*Desapareciendo con el Teniente Vera y el Comandante*): Vamos, pues. Ya sabéis: si expira antes de media noche, avisadme inmediatamente y, sin más espera, lo enterráis detrás de la cárcel.

COMANDANTE: ¡Así se hará! (*Segundos después, el Capitán Castro se remueve en su yacija, bebe unos sorbos del licor, contenido en un frasquito que vuelve a esconder, y recobra su actitud primitiva. Pausa larga*).

PADRE FRANCISCO (*lleva el hábito de la orden franciscana y entra con el Comandante de la Cárcel*): ¡Pobrecillo!... Y, ¿qué dice el físico?

COMANDANTE: Que no tiene remedio, padre; que de esta noche no pasa... Y por eso, Su Señoría, el Gobernador, que acaba de estar aquí, ha dado ya las órdenes pertinentes para proceder al entierro esta misma noche...

PADRE FRANCISCO: ¡Jesús! ¿Qué decís, hombre de Dios?

COMANDANTE: Ha ordenado que se le entierre, como a todos los que mueren aquí, detrás de la cárcel.

PADRE FRANCISCO: Pero... ¿no reparáis que este infeliz puede oíros?

COMANDANTE: Creo que no.

PADRE FRANCISCO: Triste fin... ¡Ved a qué extremos conduce la soberbia!

COMANDANTE: Así es, padre; ¡Dios nos libre de ella!

PADRE FRANCISCO: Bien: dejadnos solos, aunque no creo que pueda cumplir en forma mi santo ministerio...

COMANDANTE: Os espero en mi despacho. (*Desaparece*).

PADRE FRANCISCO: ¡Muy bien!... (*Pausa. Va hacia la puerta y se asegura de que no existe peligro alguno*): ¡Hermano! Don Luis, ¿me conocéis?

CASTRO (*incorporándose con viveza y riendo*): Vaya si os conozco. ¡Sois mi salvador!

PADRE FRANCISCO (*alarmado, vuelve a asomarse para cerciorarse de que nadie los vigila*): ¡Prudencia! ¡Prudencia, hijo mío!

CASTRO: Permitid que os bese las manos.

PADRE FRANCISCO: ¡Basta! ¡Basta! ¡No vayáis a perderos ahora!

CASTRO: ¡No! Conozco que Dios viene en mi ayuda. Vos sois su emisario, padre. El plan, que vos me inspirasteis, surte efecto. Irala cree que agonizo y, en pocas horas más, piensa tenerme bajo tierra.

PADRE FRANCISCO: Tanto mejor: aprovechemos estos minutos, de absoluta seguridad, para ultimar los detalles. Oíd: Cuando yo me retire, vos fingid que os acometen los postreros estremecimientos, haced toda clase de bruscos visajes y, esta poción que vais a echaros entre pecho y espalda (*extrae de sus ropas un frasco*), hará lo demás...

CASTRO: ¿Y qué es esto, padre?

PADRE FRANCISCO: Este preparado, hijo mío, os quitará el conocimiento y dará a vuestro cuerpo el frío y la rigidez que vos no podríais fingir...

CASTRO: ¡Admirable! ¿Y, quién os ha preparado esta milagrosa poción?

PADRE FRANCISCO: ¡Guizaró, vuestro fiel Guizaró!

CASTRO: ¡Pobre indio! ¡Lo que él no haría por mí!

PADRE FRANCISCO: Ya habéis oído que se os enterrará en seguida, si, como se desea, tenéis la bondad de moriros esta misma noche...

CASTRO: ¡Oh, padre! esta vez seré muy obediente. Irala no tendrá queja de mí...

PADRE FRANCISCO: Yo no me retiraré de la cárcel, para poder valeros, en caso de que no todo ocurra como lo deseamos.

CASTRO: Pero no os comprometáis, padre...

PADRE FRANCISCO: No digáis niñerías...

CASTRO: ¡Con doble razón os llamaré padre, en adelante, porque os deberé la conservación de la existencia que ya consideraba perdida!...

TELON

CUADRO TERCERO

DECORACIÓN: *Al pie del muro de la cárcel, que se levanta al foro y cuya pesada puerta está franca. A derecha e izquierda, tupida arboleda que invade la escena. Va amaneciendo muy lentamente.*

COMANDANTE *(a los cuatro soldados que cavan la fosa para sepultar el cuerpo del Capitán Castro, que aparece*

tendido en tierra, en primer término, mal cubierto por un lienzo blanco): ¡Daos prisa, que ya apunta el día!

VERA (*por el Padre Francisco que reza en la proximidad del pseudo-cadáver*): Sí, daos prisa, que ya me carga este rezongo... (*Pausa*).

COMANDANTE (*a Vera*): ¡Qué os parece? ¡Hemos sabido complacer a Su Señoría?

VERA (*con énfasis*): ¡Oh! ¡Completamente! Y ya veréis como no tarda más en recompensarnos que tardamos en servirle.

COMANDANTE: Vos me recomendaréis a Su Señoría, ¿verdad?

VERA: ¡Descuidad!

COMANDANTE: ¡Gracias! Sois lo que se llama un buen amigo. (*Pausa*).

SOLDADO 1º: Listo, mi Comandante.

COMANDANTE (*inspecciona la fosa*): ¡Más hondo! ¡Más hondo! (*En tanto los soldados prosiguen su tarea, muy amable a Vera*): ¡Decíais, Señor Teniente?

VERA: ¡Yo? ¡Nada!

COMANDANTE: ¡Ah! Creí... (*Pausa*). Con que estamos de acuerdo, ¿eh? Yo he alabado mucho vuestra diligencia, y Su Señoría me dijo: «Es un gran pillo este Vera!» (*Ríen los dos*).

VERA: Sí no tengo por qué negarlo: ¡Su Señoría me distingue mucho!

COMANDANTE: ¡Oh, lo sé, lo sé, vaya si lo sé! Su Señoría es un gran conocedor de hombres... Pero no os olvidéis de hacer algo por mí. Os lo ruego... Yo sabré corresponderos...

VERA: ¡Vaya, entre amigos!...

SOLDADO 1º: Mi Comandante...

COMANDANTE: ¡Eh? ¡Ah! Sí, ¡basta! (*Indicando el cuerpo de Castro*): ¡Arrojadle ya! (*Dos soldados se dirigen hacia el simulado cadáver y todos los circunstantes muestran la mayor indiferencia; el Padre Francisco rociaba con agua bendita el rostro de Castro que, a esa señal, abre los ojos, se incorpora y se adelanta hacia los soldados con los brazos extendidos y la mirada fija; estupor general*).

PADRE FRANCISCO (*dando grandes gritos, cae de rodillas y humilla la cabeza en tierra*): ¡Santa Madre de Dios! ¡Salvadnos! ¡Auxílianos Virgen Bendita! ¡Madre de los desamparados, acúdenos! ¡Oh! ¡Señor!

VOCES: ¡Qué significa esto? ¡Oh! ¡Santo Dios! ¡Madre mía! ¡Ampáranos, Señor! ¡Oh! Virgen Santa! ¡Maldición! ¡Perdón! ¡Oh! ¡Diablo! ¡Ay! (*Todos huyen desatentados, queriendo refugiarse en la cárcel, caen, ruedan, gritan hasta que desaparecen*).

PADRE FRANCISCO (*que consigue abrazar por las piernas al Teniente Vera*): ¡Ayudadme! ¡Favor, Señor Teniente! ¡Socorro!

VERA (*fuera de sí*): ¡Suéltame, canalla! ¡Oh, deja! (*Le propina un golpe que lo hace rodar, pasa al interior de la cárcel y cierra tras sí estrepitosamente*).

CASTRO (*acudiendo en auxilio del Padre Francisco*):
¡Padre!, ¿estáis herido?

PADRE FRANCISCO: No ha sido nada: Huid, hijo mío; huid antes que se rehagan del susto... (*Señalando entre la arboleda*): ¿Veis aquella lucecilla? Allí os espera Guizaró, ¡el fiel Guizaró! Montad a caballo y él os conducirá a Chuquisaca.

CASTRO: ¿Cómo podré pagaros lo que hacéis por mí, padre?

PADRE FRANCISCO: Pues, como pagan los hijos a los padres, ¡obedeciendo! ¡Huíd, por Dios!

CASTRO: ¡Un abrazo, padre!

PADRE FRANCISCO (*estrechándolo en sus brazos*): ¡Hijo mío!

CASTRO: ¡La bendición antes de partir! (*Se arrodilla*).

PADRE FRANCISCO: ¡Dios os bendiga!

TELON

VI.

El espejo

PERSONAJES

DON JUAN MÁRQUEZ DE OCHOA.

ISABEL, *su esposa*.

DON LOPE DE HEREDIA.

ANA, *su esposa*.

UN INDIO.

DECORACIÓN: *En la sala de una casa de campo. Muebles modestos. Colocado en el ángulo izquierdo del foro y en forma que refleja la puerta de la derecha un magnífico espejo de gran tamaño. Puertas a derecha e izquierda.*

DON LOPE (*en amable tertulia con Isabel, Ana y Don Juan*): Como os digo, vuestro gallardo gobernador tiene ya preparada la expedición. Así que, al fin, iremos a Chile... ¡Vale cuanto pesa, vuestro Don Juan de Garay!

DON JUAN: Como que es, entre todos los Capitanes del Rey, el que ha poblado mayor número de ciudades en estas provincias...

DON LOPE: ¡Todo, todo lo da! Y hasta trescientos caballos, para el buen servicio del gobernador de Chile. ¡Bravo!

DON JUAN: ¡Y eso que nuestra ciudad no tiene tanto como él quisiera!...

ISABEL: Tengo entendido que, muchos de los que como vos, señor Don Lope, acompañaban al Marqués de Villahermosa, han desistido de ir con él a Chile, para establecerse aquí...

DON LOPE: Así es, señora.

ANA: Tanto puede vuestra simpática ciudad, amiga mía...

ISABEL: ¡Aldea, señora; aldea y nada más!

DON JUAN: Vamos, Isabel, no desprestigies tu propia tierra...

DON LOPE: Si no lo es, para ciudad va, y yo os aseguro que, bajo tan sabia administración como la de Don Juan de Garay, se engrandecerá presto vuestra Buenos Aires...

ANA: Encantada me tiene...

DON LOPE: Y a mí... Como que, de no atarme la palabra que tengo dada al señor General Flores de Valdez, no nos movíamos de aquí.

DON JUAN: No creáis, sin embargo, que todos son halagos en Buenos Aires.

ANA: ¡Ah, sí, ya sé que los indios merodean, roban!...

DON JUAN: A propósito, señor Don Lope, ¿recordáis a aquel indígena a quien hice prender por la justicia el día que os conocí?

DON LOPE: Sí, recuerdo, vaya si recuerdo.

ANA: ¡Aquel que fué azotado por haberos robado un caballo?

DON JUAN: El mismo. Pues bien, ya van dos noches que lo veo por aquí y, si no me equivoco, anda rondando la casa...

ANA: ¡Jesús!

ISABEL: ¡Cuídate, por Dios!

DON JUAN: El es quien debe cuidarse, porque (*golpeando la pistola que carga*) esta fiel amiga puede darle que sentir... En fin (*a Ana*), ya veis, señora, que también la tierra firme tiene sus peligros...

ANA: De temer son las venganzas, señor Don Juan, pero confieso que más me asusta la travesía del mar...

DON LOPE: ¡Vaya!... ¡Vaya! Tú siempre con pesimismo. Llegaremos a Chile, no te quepa duda, mujer...

ISABEL: Yo le he rogado a Dios...

ANA: ¡Gracias, gracias!

DON JUAN: No os asusten los temporales, señora: Se han puesto al servicio del señor Marqués de Villahermosa los marinos más avezados del Río de la Plata, y el Atlántico Sud no podrá con ellos...

DON LOPE: Además, piensa que, en un nuevo naufragio, nada tendríamos que perder...

ANA: ¡Nada, dices? Y ¡la vida?

DON LOPE: Donosa ocurrencia...

DON JUAN: ¡No os parece extremo pesimismo el vuestro?

DON LOPE: Decía, que las aguas nos arrebataron ya cuanto podíamos perder...

ISABEL (*señalándolo*): Salvo el espejo, señor...

DON LOPE: Decís bien, salvo el espejo.

DON JUAN: Caprichoso azar, a fe mía.

ANA: ¡Ya veis! Se salvó lo más frágil: ¡el espejo!

DON LOPE: Sí: el caprichoso azar nos despojó de todo lo necesario y, como si la suerte hubiera querido burlarse de nosotros, nos conservó, precisamente, lo que menos utilidad puede prestarnos...

DON JUAN: Podríais venderlo...

DON LOPE: ¿Quién va a comprar espejos en Buenos Aires, ahora? Más adelante, quizás sí.

ANA: Pero oye, Lope... puesto que estos buenos amigos, con delicadeza propia de españoles...

DON LOPE (*inclinándose ante Isabel*): Y de criollos también...

ANA: ¡Cierto! Puesto que no quieren aceptar dinero, en pago de la hospitalidad que nos dan...

DON JUAN: Señora: Si aceptáramos retribución, no sería virtud sino oficio...

ANA (*a su esposo*): Es verdad, pero podríamos...

DON LOPE: No digas más, ¡te he comprendido! (*A Isabel y Don Juan*): Mi esposa os ofrece, como cariñoso recuerdo de nuestra estada en vuestra casa, el único objeto de algún valor que nos resta: ¡ese espejo!

DON JUAN: ¡No! ¡No! ¡No! ¡Eso si que no!

ANA: Aceptadlo, Don Juan.

DON JUAN: Nosotros somos gentes sencillas, y no necesitamos adornos ni lujos, señora...

DON LOPE: Pero, puesto que no tenemos otra cosa que daros...

ANA: Aceptadlo, como testimonio de nuestro agradecimiento... (*Ante el gesto negativo de Don Juan, a Isabel*): Y vos, ¿qué decís, amiga mía?

DON LOPE (*a Isabel*): Desaprobáis a vuestro esposo, ¿eh? Os veo brillar los ojos...

ISABEL: El es dueño y señor de esta casa...

DON JUAN: Pero es que, yo me pregunto: ¿de qué nos serviría este vidrio?

DON LOPE: Os contestará vuestra esposa...

ANA (*fingiendo enojo*): Aceptadlo si no queréis desagradarla a ella y disgustarme a mí...

DON JUAN: El espejo sería sólo un estorbo en esta casa, sin contar que mi esposa se pasaría los días mirándose en él (*rien*).

ISABEL: ¡Dices unas cosas!... ¿Cuándo me has visto delante del espejo?

DON JUAN (*siempre riendo*): No te he visto pero te veré, ¡te veré!

ISABEL (*con mucha esperanza*): ¡Ah!, luego, ¿lo aceptas?

DON JUAN: ¡Hola! ¡Hola! ¡Cómo te interesa! (*risas*).

ANA: ¡Vaya! No os arrepentiréis de tenerlo en vuestra casa...

DON JUAN: Pero, ¿no advertís, señora, que vuestro espejo hace aquí el efecto de un diamante en una cocina? (*Pausa*). Bien, ya habrá tiempo de aceptarlo... Entretanto, Isabel, ¿no te parece bien que traigas luces?

ISABEL: Cierto, ya oscurece. (*Va a irse por el foro*).

ANA (*siguiéndola y desapareciendo con ella*): Esperad, que voy con vos... (*Pausa*).

DON JUAN: Toda prudencia es poca, cuando se vive a merced de los indios... La luz ahuyenta a las fieras, verdad? (*Ríen*).

DON LOPE: Así es.

DON JUAN: Y, los indios, lo son aún. Asesinarían otra vez a Don Juan de Solís y, sin la firmeza de nuestro gobernador, destruirían nuevamente la ciudad...

DON LOPE: No hay duda: son nuestros naturales enemigos...

DON JUAN: Se cuidan mucho de no mostrarnos su enemistad, y aparentan una sumisión perfecta, pero, a mí, no me engañan...

DON LOPE: Estas provincias tienen gran necesidad de gente española porque ya van quedando pocos de los viejos conquistadores...

DON JUAN: Fuera nada el número de indios, mestizos y criollos, a no tener ellos un gusto tan grande por los usos nuevos...

DON LOPE: ¡Fuera nada el número, decís? No, amigo mío, es mucho. Y, si no, recordad aquello de: « Vinieron los sarracenos — y nos molieron a palos, — que Dios ayuda a los buenos — cuando son más que los malos... » (*Rien*). En fin, no sé si es así o si los molidos fueron los sarracenos. (*Rien*).

DON JUAN: Lo que yo sé, es que, Don Juan de Garay, tiene muy sujetos a los indios, y que otro tanto debieran hacer los...

DON LOPE (*alarmado*): ¡Callad!... (*Presta atención*)

DON JUAN: ¡Qué?

DON LOPE: Creí oír un rumor ahí afuera. (*Pausa*).

DON JUAN: Nada fué... Algún animal quizás...

DON LOPE: Sí, me he equivocado... (*Pausa*). ¿De qué hablábamos?

DON JUAN: Pues, de los indios...

DON LOPE: ¡Ahora sí!... No os mováis. ¡Tocan la puerta! (*Quedan en el ángulo derecho del foro*). ¡Quieto! ¡Miradlo! (*Un indio entra, yendo directamente hacia el foro, pero, el espejo le devuelve su imagen, entonces, enarbola el hacha y como el otro, su imagen, también se lanza sobre él, detiéndose, vacila y girando sobre los talones, desaparece más precipitadamente que llegó*).

DON JUAN (*pistola en mano va a correr en su persecución*): ¡Ha llegado tu hora, perro!

DON LOPE (*desarmándolo*): ¡No lo matéis! ¡No hay razón! ¡Bien castigado va!

DON JUAN: (*riendo*): ¡Sí, corre como alma que lleva el diablo!

DON LOPE (*lo mismo*): Confesad que la pantomima ha sido admirable...

ANA (*que entra con Isabel por donde se fueron y mientras deposita las luces*): ¿De qué os reís tanto?

ISABEL: ¿De qué pantomima habláis?

DON JUAN: El indio, hija, el indio...

ISABEL: ¿Ha venido?

DON LOPE: Fué caso de circo...

ANA: ¿Qué decís?

DON LOPE: No acababais de salir vosotras, cuando se apareció el salvaje, en la puerta, enarbolando un hacha...

ANA: ¡Oh!

ISABEL: ¡Horror!

DON JUAN: Pensó exterminarnos a todos, sin duda.

ISABEL: ¡Dios mío!

DON JUAN: Entró enfurecido, y vino a dar frente al espejo... No puedo explicaros lo que pasó entonces...

DON LOPE: Nada menos que otro indio, tan feroz como él mismo, le salió al encuentro desde el fondo del espejo, blandiendo también un hacha...

ANA (*riendo*): ¡Ah, ya!

DON JUAN: Sobrecogido ante la repentina aparición de adversario tan formidable, cuando él creía hallarnos

a todos desprevenidos, dió la vuelta, huyendo con tal velocidad, que no vió que su temible adversario escapaba también en sentido inverso...

ANA: ¡Qué inocente!

DON LOPE: ¡Vaya un lance gracioso!

ISABEL: ¿No volverá?

DON LOPE: ¡Qué ha de volver, señora!

DON JUAN: Ese no pisa más aquí...

ANA: Ya veis, señor Don Juan, cómo un espejo puede ser útil en vuestra casa...

DON JUAN: ¡Cierto! ¡Cierto! Puede prestarme buenos servicios en ocasiones parecidas...

ANA: ¿Lo aceptáis, pues?

DON JUAN: Ya que tanto os empeñáis quede en mi casa el espejo de los náufragos, como yo lo llamo...

ISABEL: Y lo dejaremos en ese mismo sitio para siempre, ¿verdad?

DON JUAN: Antes de darle ubicación definitiva, agradezcamos el obsequio, mujer...

ISABEL (*estrechándole las manos a Ana*): ¡Oh, señora, gracias, gracias!... Poseer un espejo así, era mi sueño...

DON LOPE: Pues tenedlo como recuerdo nuestro y, ¡ojalá huyan ante él, como huyó ese salvaje, todos los que amenacen vuestra dicha!

TELON

El regalo de la Virgen

PERSONAJES

SRA. DE CASTRO.

CARLOS, *niño de 10 años.*

MERCEDES, *niña de 12 años.*

D. JUAN MIRANDA.

EL NEGRO MANUEL.

EL VIRREY D. JUAN JOSÉ DE VÉRTIZ.

DECORACIÓN: *Sala amueblada con una extraña mezcla de riqueza y miseria. Sobre una consola adornada con flores y cirios a manera de altar, una imagen de la Virgen. Puertas a derecha e izquierda.*

CARLOS (*en escena con Mercedes*): Yo no creo que ese hombre sea tan cruel como para arrojarnos de aquí...

MERCEDES: Es que tú no lo conoces: Don Juan Miranda es capaz de todo...

CARLOS: Pero él no sabrá quizás que hemos vendido todo cuanto teníamos...

MERCEDES: Al contrario: sabe muy bien que para pagar las deudas que dejó nuestro padre, hemos vendido no sólo nuestras estancias y nuestros campos, sino también nuestros esclavos.

CARLOS: No es posible que piense quitarnos también esta casita.

MERCEDES: Por lo menos ha amenazado a mamá con quitárnosla si no le pagamos todo lo que le debemos.

CARLOS: ¡Y pensar que hace poco éramos tan ricos! ¡Cuántos barcos han llegado al Río de la Plata cargados con mercaderías importadas por papá...!

MERCEDES: Precisamente con algunos naufragios en que se perdieron cargamentos suyos, empezó nuestra ruina. Después la peste atacó a nuestros ganados y, por último, la desgracia mayor: ¡aquella fatal caída del caballo que originó la muerte de papá...!

CARLOS: ¡Dios mío! ¡Qué va a ser de nosotros...?

MERCEDES: Ven, vamos a pedirle a la Virgen que nos ayude: ¡ella no nos ha de abandonar!

CARLOS: Sí, recemos: mamá dice que la Virgen acoge siempre con agrado las plegarias de los niños.

MERCEDES: Arrodíllate aquí a mi lado. (*Ambos se arrodillan ante la imagen de la Virgen*). Santa Madre de Dios: ¡Vos que sois tan buena, tan llena de misericordia, tened piedad de nosotros! ¡Salvadnos! Vos que sois Madre y amáis a vuestro Hijo: ¡socorred a nuestra madre querida! ¡No permitáis que seamos arrojados de esta casita que es nuestro único refugio...! (*Un gajito de jazmines algo marchitos se desprende de la imagen y cae ante los niños*).

CARLOS (*recogiéndolo*): ¡Oh, mira...!

MERCEDES: ¿Será ésta una señal de que la Virgen ha escuchado mi plegaria?

CARLOS: Me pareció que había inclinado un poco la cabeza...!

MERCEDES: ¡Jazmines! Flores como éstas le ofrecimos a papá en su último cumpleaños, ¿recuerdas?

CARLOS: ¡Qué hermoso día aquel! Habíamos adornado con jazmines la casa entera. En todos los cuartos había grandes ramos. De tarde salimos a caballo con papá.

MERCEDES: ¡Pobre papá!

CARLOS: ¿Recuerdas que ese día nos encontramos con el Virrey?

MERCEDES: ¡Nunca he podido olvidarlo! ¡Me pareció un buen caballero...! ¡Le dí con tanto gusto mi ramito de jazmines cuando me pidió que se lo regalara diciendo que le agradaban mucho estas flores...! (*Pausa*). Pero... ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

CARLOS: ¿Qué cosa?

MERCEDES: Nada..., es decir, ¡sí! (*Pausa*). Tengo que salir a hacer una compra que me ha encargado mamá. (*Se asoma a lateral izquierda*). ¡Manuel! ¡Manuel!

MANUEL (*por izquierda*): ¿Amita?

MERCEDES: Tengo que salir un momentito: vamos aquí cerca. ¡Prepárate!

MANUEL: Estoy listo, amita.

MERCEDES: Vamos, pues. (*Se dirige a lateral derecha, llevando el ramito*).

CARLOS: ¿Te llevas el regalo de la Virgen?

MERCEDES (*riendo*): ¡Ah, los jazmines? Sí, puede ser que encuentre al Virrey...

MANUEL: ¿Cómo, amita? ¿Vamos a visitar al Virrey? (*Risas*).

CARLOS: ¡Ay, qué negro más tonto...!

MERCEDES: No, hombre: vamos aquí cerquita...

MANUEL: ¡Ah, yo creí...! (*Se oyen unas palmadas*).

MERCEDES: Mira quién es, Manuel...

MANUEL (*asomándose a lateral derecha*): Es Don Juan Miranda, niña.

MERCEDES: Adelante, señor Miranda.

DON JUAN (*por derecha*): Buenos días.

TODOS: Buenos días, señor.

DON JUAN: Deseo hablar con la señora de Castro.

MERCEDES: Mamá ha salido, señor Miranda. Pero no ha de tardar.

DON JUAN: La esperaré, entonces.

MERCEDES: Muy bien, señor. Sírvasse tomar asiento. Mi hermanito lo va a atender, señor, porque yo tengo que salir para hacer unos encargos. Con su permiso, señor.

DON JUAN: Suyo, niña.

MERCEDES: Hasta luego... (*Desaparece por derecha seguida por Manuel*).

CARLOS: Hasta luego...

DON JUAN: ¡Muy bien! ¡Muy bien...! (*Pausa larga*). Pero, dime, amigoito; ¿no habíais vendido todos vuestros esclavos?

CARLOS: Sí, señor: sólo nos quedan Manuel y la vieja Ramona que le pidieron de rodillas a mamá que no los vendiera.

DON JUAN: ¡Muy bien! ¡Muy bien! (*Saca el reloj del bolsillo*). ¡Ya es un poco tarde...!

CARLOS: ¿Qué hora es, señor?

DON JUAN: Las diez y media... ¿No tenéis reloj aquí?

CARLOS: No, señor: ¿acaso no sabe usted que hemos vendido todo cuanto teníamos? Apenas si tenemos en qué dormir...

DON JUAN: ¡Bah...! Aquí todavía hay objetos de valor: estos muebles no son del todo necesarios. Y aquella imagen de la Virgen algo vale también...

CARLOS (*indignado*): ¡Ah!. ¿pero no pensará usted que la vamos a vender? Fué traída de España por nuestros abuelos y...

DON JUAN: ¡Bah...! ¡Bah...! ¡Bah...! ¡Paparruchas...!

SRA. DE CASTRO (*por derecha*): Buenos días, señor.

DON JUAN: Muy buenos días, señora.

SRA DE CASTRO: ¿Qué malas nuevas me trae usted, señor Miranda?

DON JUAN: No vengo sino en busca de mi dinero, señora.

SRA. DE CASTRO: ¡Por Dios!, señor Don Juan, ¿no me había concedido plazo hasta mañana?

DON JUAN: Es verdad, señora, pero, pasando por la calle, me dije: ¡Quizás la Sra. de Castro haya reunido ya ese dinerito! Y me colé aquí dentro. Si no es así que sirva mi visita para recordárselo...

SRA. DE CASTRO: No había necesidad: ¡ya sabemos que es usted implacable!

DON JUAN: Velo por lo mío, señora.

SRA. DE CASTRO: Sí, y yo haré lo posible por darle lo suyo.

DON JUAN: ¡Bien! No olvidarse, pues: Pasado mañana me tendrá usted aquí... A los pies de usted, señora. *(Desaparece por derecha)*.

SRA. DE CASTRO: ¡Vaya usted con Dios!... *(Hace un gesto de disgusto; pausa larga)*.

CARLOS: ¿Le ha ido mal, mamá? ¿Dónde estuvo? ¡Cuénteme!

SRA. DE CASTRO: En casa de muchos amigos, hijo mío.

CARLOS: ¿Y cómo la recibieron?

SRA. DE CASTRO: Algunos ni siquiera me recibieron...

CARLOS: ¿Es posible?

SRA. DE CASTRO: Otros se excusaron de mil maneras.

CARLOS: Pero, ¿qué dicen?

SRA. DE CASTRO: Que no pueden por el momento; que ellos mismos se ven en graves apuros; que no quieren arriesgarse prestándonos una cantidad tan grande... En fin, que no he podido conseguir nada...

CARLOS: Y, entonces, ¿a dónde iremos cuando tengamos que salir de aquí?

SRA. DE CASTRO: ¿Quién lo sabe? ¡Dios nos ampare...! (*Llora*).

CARLOS: No llore, mamita... ya hallaremos modo de salir adelante...

SRA. DE CASTRO: ¡Ah, no, no...! ¡Nuestra ruina es completa! El señor Miranda es un avaro y no tendrá piedad de nosotros, hijo mío...

CARLOS: No se aflija, mamá: ¡Mercedes y yo trabajaremos! ¡Yo ya soy un hombre!

SRA. DE CASTRO: ¡No sabes cómo me consuela oírte hablar así! Pero, oye: ¿Y Mercedes?... ¡Llámalala!

CARLOS: Mercedes salió con Manuel para cumplir sus encargos, mamita.

SRA. DE CASTRO: ¿Mis encargos? ¡Si yo nada le he encargado...!

CARLOS: ¡Así dijo...!

SRA. DE CASTRO: ¿En qué estará esa niña? ¿Qué se le habrá ocurrido? (*Pausa*).

CARLOS: Parece que se ha detenido un coche en la puerta... (*Se asoma por derecha*).

SRA. DE CASTRO: ¿Quién puede acordarse de nosotros?

CARLOS: Viene Mercedes con un caballero anciano, mamá...

MERCEDES (*por derecha, precipitadamente*): ¡Oh, mamá...! ¡Mamita...! (*La abraza*).

EL VIRREY (*por derecha*): Buenos días, señora.

SRA. DE CASTRO: ¡El señor Virrey en mi casa!

CARLOS: ¡El Vi... rrey...!

EL VIRREY: Sí, señora: ¡aquí me tiene usted dispuesto a ayudarla!

SRA. DE CASTRO: ¡Pero... yo no comprendo...!

EL VIRREY: Esta buena niña, señora: tiene de mí tan honrosa opinión, que es forzoso que yo la justifique acudiendo en auxilio de ustedes.

SRA. DE CASTRO: ¡Ah!, niña: ¿cómo has podido molestar al señor Virrey?

EL VIRREY: Pero, señora: si ha hecho muy bien en recurrir a mí... puesto que sabe cuánto apreciaba yo al perfecto caballero y hombre de bien que fué Don Enrique de Castro... ¡Sí, querida señora, mucho estimé a su esposo aunque según sospecho, era, como casi todos los criollos de estos tiempos, muy poco afecto al gobierno español...!

SRA. DE CASTRO: ¡Pero es que esta niña no debió haber dado este paso sin consultarlo conmigo, Excelentísimo Señor!

EL VIRREY: ¡Vaya: no la regañe usted! La niña obedió a una indicación de la Santa Virgen, ¿no es eso?

MERCEDES: Sí, mamá: hoy le rezábamos Carlos y yo cuando vi caer a mis pies este gajito de jazmines... Entonces recordé que el día del último cumpleaños de papá, nos encontramos con un amigo suyo a quien yo regalé un ramito igual a éste. Cuando el caballero se despidió de nosotros yo le pregunté a papá quien era. « Su Excelencia el Señor Virrey Don Juan José de Vértiz », me dijo. Y, como fué tan bondadoso con nosotros aquella tarde, pensé que al hacerme hoy este regalo la Santísima Virgen me indicaba que el Señor Virrey nos ayudaría...

SRA. DE CASTRO (*abrazándola conmovida*): ¡Querida hija!

EL VIRREY: Así, pues, obedeciendo a tan divina inspiración yo me hago un deber en ofrecerle el dinero que necesita.

SRA. DE CASTRO (*con dignidad*): Señor Virrey: ¡la familia de Castro no recibe limosnas!

EL VIRREY: No ofrezco limosnas, señora: De buena gana compraría esta finca, pero usted sabe que en mi calidad de Virrey del Río de la Plata no me es permitido tener propiedades en Buenos Aires, así que usted me permitirá ofrecerle un adelanto. Usted podrá más tarde devolverme ese dinero...

SRA. DE CASTRO: Y ¿cómo, Excelentísimo Señor?

EL VIRREY: Sencillamente, querida señora: (*Por Carlos*). ¿No es hijo suyo este mocito? (*A la señal afirmativa*). ¡Ven para aquí, muchacho! ¿Cómo te llamas?

CARLOS: Carlos de Castro, Excelentísimo Señor.

EL VIRREY: Deja que te abrace: ¡eres el vivo retrato de tu padre! ¡Trata de igualarle en lo moral tanto como en lo físico, hijo mío! Pues bien, señora: este niño pronto se hará hombre y él se encargará de devolverme la suma que voy a facilitarle.

SRA. DE CASTRO: ¡Oh, señor: no sé cómo agradecerle!

EL VIRREY: ¿Se decide usted, pues? No crea que voy a prestarle un servicio desinteresado... ¡Al contrario!... (*Riendo*). Saldrá usted del fuego para caer en las brasas, porque yo seré un acreedor no menos duro que aquél a quien vamos a satisfacer ahora...

SRA. DE CASTRO (*sonriendo*): ¡Ah, no lo creo...!

EL VIRREY: ¡Ya verá usted!... Por lo pronto empiezo reclamando para mí el regalo de la Virgen porque esta niña ya sabe que yo me perezco por los jazmines.

MERCEDES: ¡Oh, señor: éstos y todos los que produzca mi jardín son suyos! (*Le entrega el ramito*).

SRA. DE CASTRO: ¡Gracias, señor: reciba usted la bendición de una madre!

EL VIRREY: Nada tiene usted que agradecerme: yo no hago sino cumplir la santa voluntad porque sé que la Virgen María protege siempre a todos los inocentes...

MERCEDES (*que se ha arrodillado ante la imagen de la Virgen*): Gracias, Virgen Santísima, que acogiste mi súplica: ¡Ya sabía yo que no nos abandonarías en este trance!

TELON

VIII.

El deber

PERSONAJES

MARIANO MORENO.

MANUEL MORENO.

EL SEÑOR PÁEZ.

EL SEÑOR RÍOS.

UN NEGRO ESCLAVO.

DECORACIÓN: *El gabinete de estudio de Mariano Moreno, amueblado con la mayor sencillez. El único lujo consiste en dos candelabros de plata, en los cuales arden varias bujías, pues son las últimas horas de la noche. Puertas practicables a derecha y al foro. Ventana muy amplia a la izquierda.*

MARIANO (*que aparece en escena con Manuel*): Ven, siéntate aquí. Ayúdame: siempre me ha gustado que me sirvas de secretario.

MANUEL (*obedeciendo*): ¿Qué debo hacer?

MARIANO: Pasar en limpio estas cuartillas. (*Pausa durante la cual Manuel escribe y Mariano pasea pensativo*).

MANUEL: ¿Qué has puesto aquí?

MARIANO: ¿Dónde? (*Descifrando*). Empréstito, pues.

MANUEL: ¿Y aquí?

MARIANO: Un millón doscientos mil.

MANUEL: Bien. (*Escribe unos renglones*). Pero, oye: ¿no has dicho ya esto último más arriba?

MARIANO: ¿A ver?... (*Lee*). ¡Ah!, sí: lo he dicho ya más arriba y volveré a decirlo más abajo, porque las insistencias, las repeticiones y variaciones del mismo tema, son propias de un documento de esta clase...

MANUEL: Sin embargo, eso es muy poco literario, Mariano.

MARIANO: Es que yo no estoy haciendo literatura, Manuel: estoy haciendo una apasionada alegación de justicia. Mi exposición tiene que ser tan enérgica que pulverice, que triture, que deshaga los argumentos de mala fe y las sutilezas del Consulado de Cádiz... (*Sigue sus paseos*).

MANUEL: He terminado. Ahora puedes dictar.

MARIANO (*se detiene y hace un gesto de impaciencia*): Quiero condensar la situación, describir este estado de cosas que se hace de más en más inquietante, pero no puedo pensar... Siempre me persigue la imagen de nuestro padre enfermo y me impide trabajar con calma... Y, sin embargo, necesito concentrar todas mis ideas en esta petición...

MANUEL: ¿Por qué no lo dejas para otro momento?

MARIANO: ¿Acaso no sabes que debo entregarla mañana? Los hacendados han puesto en mí toda su confianza

y si yo faltara a mi palabra les ocasionaría graves perjuicios, así que hagamos otro esfuerzo... El trabajo sofoca las mayores aflicciones. Trabajemos.

MANUEL: Es que también yo creo oír a cada instante gritos, exclamaciones y sollozos, allá adentro... y, aunque sé que son imaginarios, me turbo...

MARIANO: Entreguémonos al trabajo y él nos librará de tales alucinaciones. Alcánzame esos recortes... (*Los repasa lentamente*). Ve buscando allí otros datos estadísticos. (*Pausa*).

MANUEL: Aquí hay algunos en este artículo tuyo publicado en 1806.

MARIANO: Lee.

MANUEL (*leyendo*): « Más de trescientos buques se presentan anualmente en Buenos Aires. Más de un millón de cueros se exportan cada año de su distrito; se deposita en sus almacenes considerable cantidad de yerba del Paraguay, cuarenta mil tercios; y un millón de libras de tabaco; fuera del algodón y de las maderas ». ¿Sigo?

MARIANO: Sigue.

MANUEL (*leyendo*): « El Río de la Plata es el único puerto conocido de las colonias extranjeras para la remisión directa de sus frutos. Buenos Aires envía los suyos; a su diversidad y abundancia... » (*Se interrumpe poniéndose de pie*). ¿Qué fué eso?

MARIANO (*también de pie*): ¿Qué?

MANUEL: Me pareció oír un grito... (*Escuchan conteniendo la respiración*).

MARIANO: Te has equivocado. Continúa.

MANUEL (*leyendo*): « A su diversidad y abundancia: carnes, pieles, lanas, harinas y otros productos de sus campos, se agrega la industria para facilitar y hacer... »

ESCLAVO (*entrando por derecha precipitadamente*): ¡Señores! ¡Señores! El amo...

MARIANO: ¡Habla...!

MANUEL: ¿Qué?

ESCLAVO: El amo ha empeorado... Han llamado al médico...

MARIANO: Anda tú, Manuel, y vuelve para informarme... Aunque sospecho que extreman las alarmas... Avísame si hay peligro. Ya sabes que debemos terminar esta noche este trabajo...

MANUEL: ¡Oh, déjame estar allá! No puedo acompañarte más.

MARIANO: Allí no eres indispensable: cumplamos con nuestro deber, Manuel.

MANUEL (*señalando hacia la derecha que se supone lleva al interior*): Nuestro deber nos llama allá, Mariano.

MARIANO: No olvides que el dolor no debe cegarnos.

MANUEL: Sigamos trabajando, entonces (*Va a sentarse otra vez*).

MARIANO (*acompañándolo hasta la derecha*): No, ahora, no. Primero ve a informarte. (*Manuel desaparece con*

el esclavo por donde éste vino. Mariano se pone a escribir. Pausa larga. Durante la pausa remueve papeles y saca un libro de la biblioteca. Viendo aparecer al esclavo por la puerta del foro): ¿Qué hay?

ESCLAVO: Los señores Páez y Ríos desean verlo, señor.

MARIANO (*yendo a su encuentro*): ¡Ah, adelante, señores! (*Entran los señores Ríos y Páez y el esclavo desaparece*).

PÁEZ: Ya ve usted a qué hora ha terminado la asamblea.

RÍOS: Intempestiva, ¿verdad?

MARIANO: En efecto, pero no por ello habrá variado el parecer de los ganaderos, ¿eh?

PÁEZ: Algunos amigos dijeron que sería mejor presentarse al Virrey personalmente.

RÍOS: A fin de no dejar documentaciones.

PÁEZ: Se discutió mucho el punto y al fin se nos comisionó a objeto de someterlo a la superior resolución de usted.

RÍOS: ¿Cuál es su opinión doctor?

MARIANO: Creo que es preferible presentarse por escrito; así el señor Cisneros podrá estudiar el asunto detenidamente y convencerse de la razón que nos asiste. Tiene que conceder, como le pedimos, la entrada libre para los buques ingleses y portugueses porque, a causa de la guerra en que están enredadas Francia y España, no nos pueden llegar ni pueden salir mercaderías, ya que existe prohibición absoluta de comerciar con el extranjero. El

Virrey, ustedes lo saben, no puede pagar los sueldos a los empleados y, como concediendo la libertad de comercio se librará de esa vergüenza, su fallo nos será favorable, no lo duden.

PÁEZ: Ojalá.

RÍOS: ¿Usted lo cree así?

MARIANO: Pero, ¿no ve usted que el Virrey está entre dos fuerzas?

PÁEZ: Sin embargo, vacilará, dudará...

MARIANO: Dudará y vacilará pero nuestra pretensión es demasiado justa y demasiado oportuna para que no concluya poniéndose de nuestra parte.

RÍOS: Perfectamente, doctor: nos sometemos en todo a su juicio.

PÁEZ: Sólo nos resta suplicarle que tenga el escrito pronto para leerlo a las ocho, como nos prometió...

MARIANO: Lo tengo ya muy adelantado... Véanlo. (*Enseña las cuartillas escritas*). Y con la ayuda de mi hermano Manuel, estará listo en dos horas más. Pueden estar seguros que no faltaré a mi palabra.

RÍOS (*retirándose con Páez por donde vinieron*): He oído decir que su señor padre está muy enfermo, ¿es cierto?

MARIANO: Sí, señor: desgraciadamente, es exacto.

RÍOS: ¡Lo lamento!... En fin... Deseamos que todo se reduzca a una alarma.

MARIANO: Gracias.

PÁEZ: Hasta mañana, o, mejor dicho, hasta luego, porque ya amanece.

RÍOS: Cierto. Ya amanece. Hasta luego.

MARIANO: Hasta luego, señores. (*Los acompaña hasta la puerta del foro; pausa*). Gracias. Gracias. (*Vuelve al centro de la escena, hace un gesto de cansancio y vuelve al trabajo. Manuel entra precipitadamente por derecha*). ¿Qué dice el médico?

MANUEL: Que no nos quedan esperanzas.

MARIANO: No puede ser...

MANUEL: Vamos allá, Mariano: tú eres su predilecto y extraña tu ausencia...

MARIANO (*hace un movimiento hacia la derecha pero reacciona*): ¡No! Debemos concluir este trabajo. No ha de ser tan cruel nuestra suerte. Mi padre sabe que es el deber profesional el que en estos instantes me aleja de su lado y me comprende. Sí, él sabe cuánto me cuesta permanecer aquí. ¡Ea! Continuemos. Siéntate. (*Manuel obedece*). Copia todo esto que acabo de escribir... Yo seguiré redactando. (*Pausa durante la cual escriben los dos*). Y, ahora, ¿dormía?

MANUEL: Sí, pero no descansa. (*La luz del día va infiltrándose*).

MARIANO: Toma, aquí sigue. Espera, corre las cortinas, ¿quieres? Este amanecer ceniciento me impresiona un poco...

MANUEL (*obedece y torna a sentarse*): ¡Grandeza, dice aquí?

MARIANO: Sí.

ESCLAVO (*apareciendo en la puerta de la derecha*):
¡Señores!

MANUEL (*de pie*): ¿Mi padre?

MARIANO (*al mismo tiempo*): ¿Qué ocurre?

ESCLAVO: ¡El amo ha muerto!

MANUEL (*llorando de bruces sobre la mesa*): ¡Es el castigo! Es el castigo... porque lo hemos abandonado.

MARIANO (*reprimiendo su inmenso dolor*): No hables así, Manuel.

MANUEL: ¡Lo abandonamos! ¡Lo abandonamos!

MARIANO: No; no lo abandonamos: ¡otro deber nos apartó de su lado! (*Va hacia Manuel lo obliga a erguirse y sosteniéndolo se dirigen hacia la derecha*).

TELON

IX.

Para la Patria

PERSONAJES

VENTURA ORTEGA.

TERESA, *su esposa*.

LOZANO.

MIRANDA.

EL SEÑOR RIGLOS.

DECORACIÓN: *Modestísima sala en la casa de Ventura Ortega. Puertas laterales y ventana al foro.*

TERESA (*en escena con Miranda y Lozano*): Mi esposo ya no puede tardar porque siempre está en casa antes de las ocho. (*Pausa*). ¡Qué hora tiene, Miranda?

MIRANDA: Las ocho y media. Lo esperaremos hasta las nueve, ¿eh, Lozano?

LOZANO: Esperemos, aunque yo creo que a estas horas Ortega está cenando con los amigos.

MIRANDA: No es difícil, porque si ha cobrado el producto de su beneficio, los compañeros se habrán hecho convidar...

LOZANO: ¡Qué duda cabe...!

TERESA: No, Ventura no hubiera dejado de avisarme.

LOZANO: ¡Pero, si lo tendrán secuestrado los compañeros!

MIRANDA: Y, a estas horas, ya habrán desaparecido algunas onzas...

TERESA: ¡Ay, no hablen ustedes así! Yo no puedo creer que Ventura derroche con sus amigos el dinero que tanta falta hace en esta casa...

ORTEGA (*apareciendo en la ventana*): ¡Buenas noches! ¡Buenas noches! (*Desaparece para entrar en escena por lateral derecha*).

TERESA: ¡Ah...! ¿Han visto?: El corazón no me engañaba...

LOZANO: ¡Hola, hombre...!

MIRANDA: ¡Buenas noches, Ortega...!

ORTEGA: Ya estaba temiendo que no me soltasen en toda la noche.

TERESA: Pero yo sabía que llegarías de un momento a otro.

MIRANDA: Sí, tu mujer tiene una fe ciega en ti, ¡bri-bón!

LOZANO: Por más que hablamos no hemos podido hacerle creer que estabas de francachela corrida con los amigos...

ORTEGA: Bonitos servicios me hacéis, entonces... (*Todos ríen*).

TERESA: ¡Bah, déjalos: están de broma!

LOZANO: Pero, ahora, te felicitamos muy en serio por el éxito...

MIRANDA: Es verdad, ha sido un éxito...

ORTEGA: Gracias, muchachos. Sois dos buenos amigos.

LOZANO: Y tú un gran comediante.

MIRANDA: Ha sido un éxito como te lo mereces...

ORTEGA: ¡Vaya...! ¡Ya estáis otra vez de broma...!

MIRANDA: ¿De broma? En serio y muy en serio hablo...

ORTEGA: La verdad es que el teatro estaba lleno.

LOZANO: Y ¿qué tal? ¿Te habrá producido una buena cantidad, eh?

ORTEGA (*riendo*): Sí, tan buena como me la merezco: ¿No diríais así vosotros?

TERESA: Y, ¿cobraste?

ORTEGA: Todo, mujer.

TERESA: ¿Cuánto?

LOZANO: Desembucha, pues.

ORTEGA: ¡Cuatrocientos ochenta y cinco pesos, mujer!

TERESA: ¡Oh, qué suerte!

LOZANO: ¡Diablo!

MIRANDA: Dices: cuatrocientos ochenta y cinco pesos y te quedas tan fresco.

ORTEGA: Y ¿qué quieres que haga?

MIRANDA: Pues, ponerte a bailar, amigo mío... (*Todos ríen*).

TERESA: Al fin podremos salir de esta estrechez.

MIRANDA: Parece que no llega mal ese dinerito...

ORTEGA: Ya lo creo que no...

TERESA: Al contrario.

LOZANO: El dinero siempre es bienvenido.

MIRANDA: Y ¿en qué vas a emplear tanto dinero, Ventura?

ORTEGA: ¡Toma! ¡Si ya lo tengo empleado!

TERESA: ¿Cómo?

LOZANO: ¿En qué?

MIRANDA: ¿Ya?

ORTEGA: ¡Si ustedes supieran...! Por lo menos creo que no lo adivinarán fácilmente.

TERESA: Pero, hombre, di: ¿que me tienes en ascuas...!

LOZANO: A ver, cuenta.

MIRANDA: Explicate.

ORTEGA: A ver, tú, mujer: ¿en qué te parece que puedo haber empleado tanto dinero?

TERESA (*muy ilusionada*): Déjame que piense... ¡Ah, ya sé...! ¡Has comprado un solar! ¿Verdad que sí?

ORTEGA: No... No...

TERESA: Espera... Espera... No me digas... ¿Qué puede ser? Pues mira, no acierto... Porque ¿no me ha-

brás comprado un aderezo? (*A la señal negativa de Ortega*). ¡Claro...! Hubiera sido un disparate... con lo necesitados que estamos... Bueno... Di... ¡Me doy por vencida!...

LOZANO: ¡Yo no! ¡Yo no! Has hecho alguna fantochada y se te evaporaron las onzas...

MIRANDA: ¡Eso! Pagaste con ellas una francachela a toda la compañía...

ORTEGA: Qué francachela: ¡Mucho mejor, pero, mucho mejor...!

TERESA: ¡Ah, ya sé! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? ¿Lo has puesto todo a rédito?

ORTEGA: Mejor todavía... ¡Muchísimo mejor...!

TERESA: Pues dilo, entonces.

LOZANO: Habla de una vez, hombre.

MIRANDA: Dí.

ORTEGA: Bueno, pues: he dado mi dinero para la Patria. Sí, señores: ¡para la Patria!

TERESA: ¿Para la Patria?

MIRANDA: Y, ¿por qué?

LOZANO: ¿Para qué lo quiere la Patria?

ORTEGA: ¿Cómo para qué lo quiere la Patria? ¿Es posible que me hagáis esa pregunta? ¿O es que no sois argentinos, que no os sentís tan argentinos como yo? ¿No sabéis vosotros cuántos sacrificios tiene que hacer la Patria? ¿No sabéis vosotros que sus gastos son enormes y pequeños sus recursos?

TERESA: Sí, sí, pero...

ORTEGA: ¿No es justo, entonces, que sus hijos le demos lo que nos sobre?

LOZANO: Pues yo no creo que esas onzas te sobren...

TERESA: ¿Pero, en qué piensas tú, Ventura? ¿Es que no te acuerdas de la estrechez en que vivimos? ¿Es que no sabes que yo me mato trabajando?

ORTEGA: Tú no entiendes esto, mujer. En todo he pensado...

TERESA: ¿En todo? ¿Has pensado acaso que la Casa de Comedias se va a cerrar pronto porque amenaza ruina y que entonces te quedarás en la calle?

ORTEGA: Sí, he pensado en ello, pero no creas que si eso sucediera caeríamos en la miseria. Yo encontraré otro trabajo. Aquí, en Buenos Aires, no se muere de hambre quien tiene brazos y voluntad para trabajar...

MIRANDA: La verdad, Ortega, es que tu deber es atender primero a tu familia que a la Patria.

TERESA: En cambio tú te acuerdas del gobierno que no necesita de esa pequeña suma que para nosotros es una fortuna.

ORTEGA: ¡Bah...! ¿No hemos vivido hasta ahora sin pensar en otra ayuda que en mi sueldo? Vamos, Teresa, yo sé que en el fondo apruebas mi acción, ¿verdad?

TERESA: Sí, no quiero ni puedo negarte que me siento orgullosa de tu desprendimiento, pero me aflijo un poco pensando en las cosas que necesitaríamos haber comprado.

LOZANO: Pero, en fin, ¿a quién entregaste el dinero?

ORTEGA: Pues, apenas tuve mis buenas onzas en el bolsillo, me presenté en el Cabildo, que a esa hora se hallaba reunido, y, allí, ante todos los cabildantes, dije sencillamente: « Señores: Vengo a ofrecer esto a la Patria ». Todos quisieron rechazármelo: « Piense primero en su mujer », me dijo Don Francisco Javier de Riglos; ¿lo recuerdas, Teresa?

TERESA: ¿Aquel caballero que me presentaste en tu camarín el domingo?

ORTEGA: Ese. « Piense primero en su mujer » — me dijo. « Mi mujer — respondí — piensa como yo, señor ». Entonces aceptaron mi donación pero siempre que el gobierno la autorice.

LOZANO: ¡Ah, el gobierno la autorizará sobre tablas!

MIRANDA: Real que puede atrapar, no lo desdeña, no...

ORTEGA (*se ha oído el rodar de un carruaje y asomándose, dice*): Aquí tenemos al señor Riglos que, sin duda, ha querido traerme la conformidad del gobierno.

RIGLOS (*desde la ventana*): ¡Hola, muchacho...!

ORTEGA: ¡Oh, señor Riglos...! (*Sale a recibirlo por derecha*). ¡Adelante, adelante!...

RIGLOS (*en lateral derecha*): Buenas noches, señores.

TODOS: Buenas noches. Muy buenas noches.

RIGLOS: ¿Cómo está usted, señora?

TERESA: Tome asiento, señor.

ORTEGA: ¿Qué novedades hay, señor Riglos?

RIGLOS: Inmejorables, hijo. Vengo a anunciarle, amigo Ortega, que el gobierno, reconocido a su generosidad, admite el donativo pero reduciéndolo a una sola onza...

ORTEGA: ¡No puede ser!...

TERESA: ¡Oh...!

RIGLOS: ¿Por qué no?

ORTEGA: Porque yo hice donación del producto íntegro de mi beneficio, señor.

RIGLOS: Pero, el gobierno, amigo mío, entiende como el Cabildo, que, si bien su oferta redunda en beneficio de la Patria, va en perjuicio de su benemérita familia.

LOZANO: ¡Claro!

MIRANDA: ¡Así es!

RIGLOS: Y reduce el donativo a una onza con la cual se adquirirá un fusil que llevará grabado su nombre, el nombre del virtuoso patriota: Ventura Ortega.

ORTEGA: ¡Oh, señor...!

RIGLOS: Es la verdad... Y bien, ya ve usted que se dará un hermoso destino a su dinero...

MIRANDA: ¿Y la cantidad restante?

RIGLOS (*exhibiendo un bolso de seda*): ¡Aquí está! Tengo encargo de devolverlo en nombre de la Patria y del gobierno, que no olvidarán jamás este rasgo de patriotismo. Amigo Ortega: busque mañana en la Gaceta Ministerial el decreto referente a su donación, pues se ha mandado publicar para confusión de los tiranos y para satisfacción suya y de la Patria.

ORTEGA (*con el bolso en la mano*): Y ¿qué hago yo ahora con tanto dinero?

RIGLOS: Ofrézcaselo a su esposa que sabrá emplearlo atendiendo a las necesidades de su familia que son mucho más perentorias que las de la Patria. ¿Verdad, señora?

TERESA: ¡Oh, señor: tengo que comprar tantas cosas...!

ORTEGA (*entregándole el bolso*): Toma, pues, ya que la Patria no ha querido aceptarlo.

RIGLOS: ¿Está usted disgustado?

ORTEGA: ¿Disgustado? No. Pero estoy triste...

RIGLOS: ¿Por qué? No hay motivo. La Patria, amigo Ortega, no acepta ni pide más de lo que sus hijos pueden darle.

TELON

El hijo de la esclava

PERSONAJES

FELIPE NÚÑEZ, *niño de 12 años.*

EL SEÑOR NÚÑEZ, *su padre.*

LA NEGRA RAMONA.

DECORACIÓN: *Despacho del señor Núñez. A la derecha, una mesa cubierta de libros comerciales y papeles; bibliotecas y cómodos sillones. A la izquierda, una estufa. Puertas a derecha e izquierda. Ventana al foro. La acción en 1811.*

FELIPE (*apareciendo por lateral derecha*): ¡Me necesitas, papá?

SR. NÚÑEZ: ¡Ah, sí! Ven aquí.

FELIPE: ¡De qué se trata, papá?

SR. NÚÑEZ: Has de saber, hijo mío, que hoy me han entregado los mil pesos que heredas de tu padrino...

FELIPE (*brincando de alegría*): ¡Qué suerte!

SR. NÚÑEZ: Te he hecho llamar para que resolvamos, entre los dos, en qué vas a emplearlos porque, mil pesos, no son una fortuna pero tampoco son una bicoca. ¿Tienes ya algo resuelto?

FELIPE: Sí, papá.

SR. NÚÑEZ: Muy bien. Dime, pues, en qué vas a emplear ese dinero.

FELIPE: Por lo pronto, tengo en vista una preciosa jaquita alazana, con arreos de plata, que ofrece en venta un señor que ha llegado de Chile; también quiero comprar una lancha a vela para salir a pescar con mis amigos, y pienso regalarle a mamá un aderezo de brillantes, a ti un dije de oro, a mis hermanitas... (*Viendo que el señor Núñez se ríe*): ¿Por qué te ríes?

SR. NÚÑEZ: Porque veo que tu generosidad es mucho mayor que tu capital, querido mío. Dime: ¿te has parado acaso a echar cuentas?

FELIPE: No, papá...

SR. NÚÑEZ: ¡Claro!... Porque, si las hubieras echado, no hablarías como hablas... (*Pausa*). Mira: ¿qué te parece si en vez de gastar todo ese dinero lo pusieras a rédito?

FELIPE: ¿A rédito?... Y, ¿dónde podría ponerlo?

SR. NÚÑEZ: Pues, en mis propios negocios: me entregas tu capital, para que yo lo haga trabajar con el mío, y tú vas cobrando los intereses...

FELIPE (*muy entusiasmado*): ¡Magnífico, papá!... Y, dime, ¿cuándo podré cobrar los intereses?

SR. NÚÑEZ: Cada tres meses...

FELIPE: ¡Ah, qué lindo!... ¿Y cobraré mucho dinero cada vez? ¿Más de doscientos pesos?

SR. NÚÑEZ: Mucho menos, hijo. Cobrarás diez o doce pesos nada más...

FELIPE (*desilusionado*): ¡Qué poquito!...

SR. NÚÑEZ: No te parecerá tan poquito si piensas que, dejando acumular los intereses, en tres o cuatro años, tendrás ya mil trescientos pesos en vez de mil...

FELIPE: ¡Trescientos pesos más en cuatro años?... Eso sí que está bien, ¿ves?

SR. NÚÑEZ: ¿Quedamos, entonces, en que yo administraré tu capital?

FELIPE: Sí, papá... (*Pausa*). Pero... ¿no podré gastar un poco de dinero en algo que me guste?

SR. NÚÑEZ (*sonriendo*): Bien: reservaré cien pesos que, desde ya, están a tu disposición. (*Severamente*). Piensa bien en qué los vas a emplear, porque ten entendido que no te los daré para ninguna tontería... La jaca alazana, por ejemplo, no la necesitas, porque ya tienes caballo; y en cuanto a la lancha, ni tú estás en edad de poseer semejante cosa ni la podrás comprar con cien pesos... (*Un tumulto fuera de escena le interrumpe*). Pero... ¿qué ocurre? (*Pónese de pie al ver entrar a Ramona*).

RAMONA (*entrando por izquierda deshecha en llanto*): ¡Ay, señor! ¡Protéjanos usted!... ¡Ayúdenos patrón!...

SR. NÚÑEZ: ¿Qué te pasa, negra?...

FELIPE: ¿Por qué lloras, Ramona?

RAMONA (*llorando*): ¡Ah, señor! ¡Se lo llevan..., se lo llevan!...

SR. NÚÑEZ: Vamos: cálmate y explícate...

FELIPE: ¿A quién se llevan?... Di...

RAMONA: Se lo llevan a mi hijo, patroncito...

SR. NÚÑEZ: ¿Quién se lo lleva?

FELIPE: ¿Adónde?

RAMONA: Sus amos se lo llevan al Perú, señor... Se lo llevan sin atender a mis ruegos... No tienen compasión de una madre...

SR. NÚÑEZ: ¿Y qué puedo yo hacer?

RAMONA: No sé, señor. Yo sólo sé que no lo veré más, ¡nunca más!

SR. NÚÑEZ: Vaya, no te desesperes así; esos señores volverán algún día a Buenos Aires y...

RAMONA: No, señor. El corazón me dice que no han de volver, y yo tendré que vivir lejos de mi hijo... Sola... ¡Ah! Pídale usted, señor, que me lo devuelvan... Pídale usted mi hijo, porque sino me moriré de pena...

SR. NÚÑEZ: Bueno, mira, no llores más... Yo me entrevistaré con esos señores, y quizá podamos arreglarlo todo... Anda, ya tienes mi promesa... Yo te ayudaré...

RAMONA: ¡Ay, señor!... ¡Que no nos separen!... ¡Que no se lo lleven!...

SR. NÚÑEZ: Vete tranquila... Vaya, vete adentro... Anda...

RAMONA (*intentando besarle las manos*): ¡Ah! Yo creo en usted, señor... Yo sé que usted no permitirá que se lleven a mi hijito...

SR. NÚÑEZ: Basta, basta... Anda...

RAMONA (*desapareciendo por derecha*): Gracias, señor... Dios le pagará lo que haga por mí...

SR. NÚÑEZ (*tornando a sentarse ante su mesa*): ¡Ah! Creí que no iba a convencerla nunca...

FELIPE (*interesado*): Tú comprarás al negrito, ¿verdad?

SR. NÚÑEZ: Yo no, querido; en estos últimos tiempos mis gastos han sido grandes, y, en vez de comprar otros esclavos, vendería algunos, más bien...

FELIPE: Pero... tú se lo prometiste a la pobre negra, papá...

SR. NÚÑEZ: No, querido; lo que yo le prometí, y pienso cumplir, es interesarme porque el negrito no salga de Buenos Aires; pero de eso a comprarlo hay mucho trecho...

FELIPE: ¿Entonces vas a hacer que lo compre alguno de nuestros amigos?...

SR. NÚÑEZ: Eso es lo que he pensado; aunque, a decir verdad, no tengo muchas esperanzas de conseguirlo; pues, quien más, quien menos, están todos en situación parecida a la mía; es decir, deseando vender, porque, según van pintando las cosas en Buenos Aires, no es difícil que, de un momento a otro, el gobierno patriota declare abolida la esclavitud... Y, en tal caso, perderíamos todos el capital que tenemos invertido en negros...

FELIPE: Y, en esa forma, algunos de nuestros amigos quedarían arruinados, ¿verdad?

SR. NÚÑEZ: O, por lo menos, sus fortunas, y la nuestra también, quedarían muy reducidas... (*Pausa*). Yo creo que, antes de la abolición de la esclavitud, tendremos la libertad de vientres en el Río de la Plata...

FELIPE: ¿La libertad de vientres? ¿Qué significa eso, papá?

SR. NÚÑEZ: Pues, que todos los hijos de nuestros esclavos nacerán libres, como los hijos de los blancos...

FELIPE: Y ya no se les podrá comprar ni vender...

SR. NÚÑEZ: Eso.

FELIPE: Vaya una situación rara... El hijo libre y la madre esclava... Yo creo que no estaría bien eso...

SR. NÚÑEZ: Sería rara, sí. Pero, dime: ¿te parece mejor o peor que la actual?

FELIPE: ¡Ah, mucho mejor, papá! Por lo menos, así llegará un tiempo en que no habrá esclavos en nuestro país; porque si se declarara la libertad de vientres, no se les permitiría a los negreros que trajesen más esclavos al Río de la Plata, ¿verdad?

SR. NÚÑEZ: ¡Claro!... La libertad de vientres sería lo ideal, mucho más conveniente que la abolición de la esclavitud; porque así no se perjudicaría a nadie y, de hecho, se terminarían los esclavos.

FELIPE: Sin embargo, a los negros les convendría que se aboliese ahora mismo.

SR. NÚÑEZ: Si se aboliera ya, sucedería, como cuando en los tiempos de Hernandarias los españoles abolieron las encomiendas...

FELIPE: ¿Qué sucedió?

SR. NÚÑEZ: Pues, hubo indios que, al darles la libertad sus amos, creyeron que los abandonaban a su suerte, y se resistieron a salir de su servicio...

FELIPE: ¡Qué tontos!...

SR. NÚÑEZ: ¿Por qué? Debes comprender que, los que tal hacían, tenían amos que los trataban muy bien; tan bien como nosotros a Ramona... y a todos nuestros esclavos... Yo estoy seguro que, si le diéramos libertad a Ramona, tampoco nos abandonaría...

FELIPE (*entristecido*): ¡Pobre Ramona!... (*Pausa*). Dime, papá: ¿queda muy lejos el Perú?

SR. NÚÑEZ: Tan lejos, hijo mío, que hay que andar muchos días para llegar a él...

FELIPE: ¿Se va por tierra?

SR. NÚÑEZ: Sí; se va en carreta, vadeando ríos, cruzando desiertos, escalando montañas...

FELIPE: ¿Y, por mar no se puede ir?...

SR. NÚÑEZ: Sí; pero la travesía es muy peligrosa.

FELIPE: ¿Pero se llegará antes?

SR. NÚÑEZ: Se llega antes cuando el mar lo quiere...

FELIPE: ¡Ah, papá! Yo creo que si el negrito se va al Perú, Ramona no lo verá más...

SR. NÚÑEZ: ¡Cómo! ¿Todavía estás pensando en eso?

FELIPE (*con gran decisión*): Mira, papá: si tú me permites, lo compraré yo al negrito...

SR. NÚÑEZ (*muy sorprendido*): ¿Tú?

FELIPE: Sí, papá: yo lo compraré con los cien pesos, si me das permiso...

SR. NÚÑEZ: ¿Lo has pensado bien, Felipe?

FELIPE: Sí, papá...

SR. NÚÑEZ: ¿No te arrepentirás luego? (*A la señal negativa de Felipe*): Y, ¿para qué quieres tú al negrito?

FELIPE: No lo quiero para mí, papá.

SR. NÚÑEZ: ¿Para quién lo quieres, pues?

FELIPE: ¡Para Ramona, papá!... No podría verla llorar por su hijo...

SR. NÚÑEZ: Bien, Felipe, bien. (*Palmeándolo*): Tienes un gran corazón. Tu propósito es muy noble. Puedes disponer del dinero.

FELIPE: ¡Oh, papá, papá: llamemos a Ramona; que lo sepa cuanto antes!...

SR. NÚÑEZ: Vamos muchacho, calma... No sabemos cuánto pedirá el amo del negrito, ni siquiera sabemos si está dispuesto a venderlo...

FELIPE (*con mucha suficiencia*): Pero, papá, si estará deseando deshacerse de él... ¡antes que llegue la abolición de la esclavitud!...

SR. NÚÑEZ (*riendo*): Es posible, es posible... Pero hay que averiguarlo primero... Yo iré ahora mismo a ver a ese señor...

FELIPE (*algo preocupado*): ¿Y si pide más de cien pesos?

SR. NÚÑEZ: Si pide más de cien pesos..., yo pondré el resto...

FELIPE (*abrazándolo*): ¡Oh, papá, qué bueno eres!...

SR. NÚÑEZ (*abrazándolo muy tiernamente*): Más bueno eres tú que, por ver contenta a Ramona, ya no piensas en la jaquita alazana...

FELIPE: ¿Quieres que llame a Ramona para que le digas lo que vamos a hacer, papá?...

SR. NÚÑEZ: Bueno: llámala...

FELIPE (*asomándose a lateral derecha*): Ramona... Ramona... ¡Ven en seguida!...

SR. NÚÑEZ: Aquí está...

RAMONA (*por lateral derecha*): ¡Señor!...

SR. NÚÑEZ: Ven aquí, mujer... Tu hijito ya no se va al Perú...

RAMONA: ¿Es verdad, señor?

SR. NÚÑEZ: El niño Felipe ha decidido comprar a tu hijo para que ya nunca se separe de ti...

RAMONA (*cayendo de rodillas ante Felipe*): ¡Oh, amito, amito!... ¡Dios lo bendiga!... Yo le enseñaré a mi hijo a servirlo y a obedecerlo como un perro...

SR. NÚÑEZ: No, Ramona, no... Felipe no hará un perro de tu hijo, sino un criado fiel y un hombre útil, así irá preparando el día en que no haya esclavos, y blancos y negros seamos iguales en esta tierra...

TELON

Palabra de honor

PERSONAJES

OLIVERA, *oficial español.*

BURGOS, *oficial español.*

SANTOS, *oficial español.*

CAVERO, *oficial español.*

GENERAL MANUEL BELGRANO.

TENIENTE JOSÉ MARÍA PAZ.

DECORACIÓN: *Un despacho cuyos muebles están algo deteriorados. Puertas a derecha e izquierda.*

BURGOS (*en escena con Santos, Caveró y Olivera, quien pasea nervioso*): Obligarnos a jurar que no volveremos a tomar las armas, es lo mismo que arruinar nuestra carrera.

CAVERO: ¡Qué remedio! Si no juramos, nos internarán y permaneceremos prisioneros quién sabe hasta cuándo...

SANTOS: Pues, ¡hasta que se termine con esta insurrección de gauchos!

CAVERO: ¿Insurrección de gauchos, dice usted?

SANTOS: No es otra cosa, camarada.

CAVERO: ¿Así que, después de tamaño descalabro, aun no ha perdido usted la funesta costumbre de despreciar a los enemigos?

SANTOS: No sermonee, amigo. Ya sé que, a pesar de cuanto podamos pensar o decir, tendremos que humillarnos ante el vencedor... (*Pausa*). Pero, por favor, Teniente Olivera, deténgase usted... Creo que por cincuenta veces ha movido esa silla, al pasar,

OLIVERA (*deteniéndose*): Estaba reflexionando, y creo haber hallado el medio de escapar a la humillación que se desea infligirnos.

CAVERO: ¿Y es?

SANTOS: ¿Cual?

BURGOS: ¡Dilo!

OLIVERA: Pues, ¡negarnos a prestar juramento!

CAVERO: Si tal hiciésemos, nos relegarían a algún punto desierto, y esto equivaldría a enterrarnos en vida.

SANTOS: ¿Ve usted alguna ventaja en eso, Teniente Olivera?

OLIVERA: Sí, veo la probabilidad de fugar.

BURGOS: ¿Fugar? Es muy difícil fugar en un país tan dilatado como éste.

SANTOS: Sin contar que, como todos los habitantes están decididos por la revolución, nos sería imposible intentarlo siquiera.

CAVERO: ¿Y, no le parece mejor que aceptemos la libertad que nos ofrecen y, una vez en el Alto Perú, volver a nuestras filas?

OLIVERA: ¿Y la palabra de honor?

CAVERO: Una promesa dada y exigida bajo semejante presión, no puede ser válida.

SANTOS: Por mi parte, daré mi palabra en la convicción de que a nada me obliga, puesto que las circunstancias en que se me exige anulan mi voluntad.

BURGOS: Pienso lo mismo.

OLIVERA: Pues yo...

TEN. PAZ (*en lateral derecha haciendo el saludo militar*): Señores...

TODOS (*saludando también*): Señor Teniente...

TEN. PAZ: Me es grato informarles que, en este instante, ha sido firmada la capitulación, por la cual, el vencedor de Salta acuerda con el General Tristán que el ejército del Perú saldrá mañana de la plaza con todos los honores de la guerra, debiendo el general, los jefes y demás oficiales, por sí y por sus soldados, prestar juramento de no volver a tomar las armas y pudiendo todos restituirse a sus casas.

CAVERO: ¡Bien está!

BURGOS: ¡Por fin!

SANTOS: ¡Muy bien!

TEN. PAZ: Para su mayor fuerza, se ha dispuesto que firmen el tratado los oficiales de graduación de teniente coronel inclusive arriba y, en consecuencia, ruego a ustedes (*se dirige a Santos y Caveró*) se sirvan acompañarme.

CAVERO: En seguida estaremos listos. (*Desaparece con Santos por izquierda*).

OLIVERA: ¿Me haría usted un favor, señor Teniente?

TEN. PAZ: Todos los que estén en mi mano.

OLIVERA: ¡Gracias!

TEN. PAZ: ¿En qué puedo servirlo?

OLIVERA: Tengo escrita una carta que deseo hacer llegar a manos del señor General Belgrano y, si usted quisiera...

TEN. PAZ: De mil amores: démela usted.

OLIVERA (*entregándole la carta*): Aquí está: tome usted. La entregará usted inmediatamente, ¿verdad?

TEN. PAZ: En cuanto sea posible.

OLIVERA: Confío en usted y cuente con mi gratitud.

TEN. PAZ: Vaya, ¡no faltaba más...!

CAVERO (*por izquierda con Santos; ambos se han compuesto para la ceremonia y cruzan la escena para desaparecer por derecha con el Teniente Paz*): Cuando usted guste, señor Teniente.

TEN. PAZ: Ya mismo. (*Saludando a Olivera y Burgos*): Señores...

CAVERO y SANTOS (*lo mismo*): Hasta luego.

BURGOS y OLIVERA (*retribuyendo el saludo*): Hasta luego. (*Pausa*).

BURGOS: ¿Me perdonas una indiscreción, Olivera?

OLIVERA: Cuantas quieras, Burgos.

BURGOS: ¿Qué clase de relaciones tienes tú con nuestro vencedor?

OLIVERA: Ninguna.

BURGOS: Entonces: ¿qué necesidad tienes de escribirle? ¿Callas? ¿No te arrepentirás algún día de haber trazado esos renglones?

OLIVERA: ¿Por qué habría de arrepentirme? Sólo le digo que no quiero acogerme a la capitulación.

BURGOS: Pero si ella nos beneficia...

OLIVERA: Beneficia a los perjueros, pero yo no quiero ser uno de ellos...

BURGOS: No habrá perjueros, camarada: ¿no comprendes que el juramento será anulado por haber sido dado a gentes rebeldes a nuestro rey, a gentes excomulgadas por el Papa? Tú sabes que León XII los excomulgó, y verás cómo en un santiamén nos libran de este estúpido juramento los Obispos de Charcas y del Cuzco.

OLIVERA: No por eso me consideraré libre de él: mis padres me han enseñado a no invocar en vano el nombre de Dios y el de nuestro Señor Jesucristo, que es como deberemos jurar mañana, según se dice.

BURGOS: Vamos, no hay que ser más papista que el Papa. Tu quisquilloso proceder no está de acuerdo con la triste situación en que nos vemos. (*Pausa*). ¿Has pensado tú, a qué obedece la generosidad sin ejemplo con que nos trata el General Belgrano?

OLIVERA: Tengo entendido que es un hombre idealista, capaz de...

BURGOS: ¡Bah!... Ya sabía yo que no darías en la tecla: No es eso, muchacho, no es eso... El vencedor y el vencido de Salta, Belgrano y Tristán, fueron antaño grandes amigos...

OLIVERA: No lo sabía...

BURGOS: Y Belgrano ha querido cubrir a Tristán con la capitulación, para no verlo sacrificado como Liniers, Nieto y Alzaga.

OLIVERA: ¿Y no obedecerá, más bien, a que quiere que los soldados realistas llevemos al Alto Perú el contagio revolucionario?

BURGOS: Ahora sí que hablas como un libro. Ese es el objetivo que persigue. El General Belgrano sabe que la mayor parte de nuestro ejército, inclusive Tristán y yo mismo, es americana y quiere ganar nuestra voluntad para la causa revolucionaria, pero, le sucederá — ya vas a verlo — lo que a todos los que, por mirar demasiado lejos, no ven donde ponen los pies.

OLIVERA: La perspectiva de la libertad, obtenida tan fácilmente, es demasiado tentadora pero, por mi parte, estimo desdorado el juramento que se hace sin el propósito de cumplirlo. Hacerlo así, es lo mismo que circular moneda falsa.

BURGOS: ¡Vamos! Ya veo que no conseguiremos ponernos de acuerdo...

OLIVERA: Pero, dime: ¿has pensado acaso en el espectáculo que ofreceremos mañana a la ciudad de Salta? (*Pausa*). Entre las filas de los vencedores, silenciosos pero soberbios, nosotros marcharemos sin ánimo con nues-

tro general a la cabeza. Nos faltará el brillo en la mirada, la firmeza en el paso. La vergüenza teñirá todos los rostros y habrá quien no pueda contener las lágrimas. Todos rendiremos las armas y entregaremos nuestros caballos. Tú, que tanto quieres al tuyo, tendrás que conformarte con acariciar su arqueado cuello por última vez...

BURGOS: ¡Basta! ¡Basta! ¡Por Dios!

OLIVERA: Aun no es bastante: ¿no se desgarrarán todos los pechos españoles cuando las banderas reales, de gloria secular, se abatan ante la nueva insignia celeste y blanca que recibió ayer su bautismo de fuego? (*Pausa*). ¡Yo no podría soportarlo! Al menos obtendré que me sea ahorrada la vergüenza de entregar públicamente mi espada.

BURGOS: ¿Y, si en cambio, se te exige alguna humillación de otra naturaleza?

OLIVERA: No lo creo probable, y las consideraciones que hasta aquí nos han sido guardadas no autorizan a pensar así.

GENERAL BELGRANO (*en lateral derecha*): Buenas tardes, señores. (*Saludo militar*).

OLIVERA: Buenas tardes, señor General. (*Saludando*).

BURGOS: ¿El señor General Belgrano aquí? (*lo mismo*).

GRAL. BELGRANO: ¿El Teniente Olivera, autor de esta carta?

OLIVERA: Yo soy, señor General.

GRAL. BELGRANO: ¡Ah, deseo hablar con usted!

OLIVERA: A sus órdenes, señor General.

BURGOS: Pido permiso al señor General para retirarme.

GRAL. BELGRANO: Vaya usted. (*Se saludan militarmente y Burgos desaparece por izquierda; pausa*). Señor Teniente: ¿quiere repetirme las razones en que se funda para no acogerse a la capitulación que han aceptado todos sus compañeros de armas?

OLIVERA: He dicho, señor General, y lo ratifico plenamente ahora, que no puedo, no debo ni quiero, prestar ese juramento que no tendré fuerza de voluntad suficiente para cumplir. (*Con mucha serenidad*): Soy soldado con toda mi alma y el primer toque de clarín que llegara a mis oídos me arrastraría indefectiblemente a las filas.

GRAL. BELGRANO: Lo comprendo y alabo su lealtad. Debo, pues, conservarlo prisionero, pero trataré de aliviar su condición en lo posible. Su palabra de honor me bastará para ahorrarle todo encierro. Prométame usted que no hará tentativa alguna de fuga, y quedará usted libre dentro de la ciudad de Salta.

OLIVERA (*ensimismado*): ¡Libertad absoluta!

GRAL. BELGRANO (*impaciente*): ¿Y? ¿Su palabra de honor, señor Teniente?

OLIVERA: Señor General: ahora no puedo dar mi palabra por la misma razón que no pude darla antes: ¡no estoy dispuesto a cumplirla! Si el señor General desea conservarme en su poder, le ruego tome todas sus precauciones, pues, yo, por mi parte, haré cuanto pueda para restituirme a las tropas del rey. (*Pausa*).

GRAL. BELGRANO: Teniente Olivera: ¡Vaya en libertad sin restricciones!

OLIVERA : ¡ Señor !

GRAL. BELGRANO : Sólo así puedo corresponder a su noble franqueza. Será siempre un honor para los soldados argentinos, encontrarle en los campos de batalla. Estos días han traído para mí muy diversas emociones pero, una de las más gratas, ha sido sin duda ésta. (*Tendiéndole la mano*): ¡ La de estrechar la mano de un perfecto caballero !

OLIVERA (*siempre apretándole la mano lleno de emoción*): ¡ Señor General !

GRAL. BELGRANO : Olvide usted que yo soy un General argentino, como yo olvido que es usted un Teniente español, para ver solamente uno en el otro, un espíritu afín, ¡ un alma amiga !

Cae rápidamente el

TELON

¡Perdón y viva la Patria!

PERSONAJES

JUAN JOSÉ, *niño de 15 años.*

EL DOCTOR MEDRANO.

EL COMANDANTE.

PUEYRREDÓN.

GODOY CRUZ.

EL TENIENTE.

UN SOLDADO.

DECORACIÓN: *Una oficina de cuartel en Tucumán. Puertas a la derecha, izquierda y una más grande al foro. En una percha arreos militares.*

COMANDANTE (*entrando en escena por derecha con Medrano. Un centinela armado aparece y desaparece ante la puerta del foro*): Confieso, señor Presidente, que me ha sorprendido mucho su visita, pues tengo entendido que usted se ha manifestado contrario a la ejecución de los once desertores.

MEDRANO: Precisamente, porque no apruebo esta cruel resolución del Soberano Congreso, es que deseo verla fielmente cumplida. Cuando acepté la Presidencia, sabía bien que no siempre estarían de acuerdo mis deberes y mis convicciones. Y, ya ve usted, no han pasado muchos días, sin que el choque se haya producido...

SOLDADO (*en el foro*): Mi Comandante.

COMANDANTE: ¿Qué ocurre?

SOLDADO: Un muchacho del pueblo que se empeña en hablar con el señor Presidente.

MEDRANO: ¿Un muchacho del pueblo? Que pase.

SOLDADO (*a Juan José que aparece a su lado*): Adelante. (*El soldado vuelve a sus paseos*).

JUAN JOSÉ: Señor...

MEDRANO: Habla. A ver... Dime: ¿Cómo te llamas?

JUAN JOSÉ: Juan José Pacheco, señor.

MEDRANO: ¿Pacheco?

COMANDANTE: ¿Pacheco, dices?

JUAN JOSÉ: Sí, señor.

COMANDANTE: ¿Eres hijo, acaso, del reo Pedro Pacheco?

JUAN JOSÉ: Sí, señor.

MEDRANO: Pobre niño... ¿Y, qué quieres de mí?

JUAN JOSÉ: Señor: yo vengo a ver si me pueden fusilar en lugar de mi padre...

COMANDANTE: ¿Estás loco?

MEDRANO: Repítame eso, criatura...

JUAN JOSÉ: Señor: le ofrezco mi vida, a cambio de la de mi padre... ¡Haga que me fusilen en su lugar, señor.

MEDRANO (*poniéndole las manos en los hombros*): ¿Sabes lo que estás diciendo?

JUAN JOSÉ: Sí, señor: ya que han de matar a uno, que me maten a mí.

MEDRANO: Pero, tú no comprendes, muchacho, ¿que no se mata por matar? La patria castiga, pero no asesina.

JUAN JOSÉ: Pero yo me entrego, señor... No sería un asesinato...

MEDRANO: No. No. Tú no comprendes, noble muchacho, tú no comprendes.

COMANDANTE: Lo que pides es insensato.

MEDRANO: ¡Pobre niño!

COMANDANTE: Es imposible.

JUAN JOSÉ (*llorando*): ¡Im...po...si...ble! ¡Impo...si...ble... En...tonces... ¿no... se... puede?

MEDRANO: Es imposible, en la forma que tú lo imaginas. La patria no puede aceptar semejante sacrificio...

JUAN JOSÉ: Acéptelo, señor, para que mi madre no llore...

MEDRANO: ¿Y, por ti no lloraría? Por un muchacho como tú, ¿no lloraría? (*Pausa*). Vaya, trataré de hacer algo por tu padre...

JUAN JOSÉ: ¡Oh, gracias, señor, gracias!...

MEDRANO: No, no me digas nada, no me agradezcas todavía, ni concibas esperanzas que tal vez no se cumplan... Yo no te prometo nada...

JUAN JOSÉ: ¿Nada? ¿Na...da?

MEDRANO (*al Comandante*): ¿Qué dice, Comandante? ¿Por semejante hijo, no merecerá perdón el padre?

COMANDANTE: Quizás sí, pero, de cualquier modo, la hora del suplicio se aproxima y toda intervención será tardía.

MEDRANO: No: el Soberano Congreso está reunido y creo que obtendré el perdón.

JUAN JOSÉ: Oh, señor: ¡salve a mi padre!

MEDRANO: Espera. Con su permiso, Comandante. (*Se sienta ante el escritorio, traza unos renglones, cierra un sobre*) Tú conoces la casa donde está instalado el Soberano Congreso, ¿verdad?

JUAN JOSÉ: Sí, señor.

MEDRANO: Corre a entregar esta carta al diputado Pueyrredón, pero no, espera. Comandante: hágalo acompañar.

COMANDANTE (*a Juan José*): Ven conmigo.

JUAN JOSÉ (*desapareciendo tras el Comandante por el foro*): ¡Gracias, señor!

MEDRANO: No tienes nada que agradecerme. (*Pausa*).

COMANDANTE (*apareciendo por izquierda*): Me ha conmovido este muchacho.

MEDRANO: Y la generosidad irreflexiva de este niño, ¿no hace nacer en usted nuevas ideas, Comandante?

COMANDANTE: Eso no, doctor: yo sé que la deserción en el ejército constituye el síntoma del desaliento que está haciendo peligrar la libertad de la patria, y deseo que la sentencia permanezca firme, porque se hace necesario un castigo ejemplar. Hay que aleccionar a los cobardes.

MEDRANO: Sin embargo, Comandante, no es la cobardía sino la fatiga la que desmoraliza a los argentinos, créame usted. A mi ver, los once desgraciados que esperan la muerte, a pocos pasos de aquí, son más dignos de lástima que de rigor.

COMANDANTE: Mi espíritu militar no me permite compartir esos sentimientos que son muy nobles pero también muy blandos y, por el contrario, considero, señor Presidente, que los once desertores deben pagar su culpa con la vida. ¿No huyeron los once, llevándose las armas con las que hicieron fuego sobre la partida, que logró al fin vencerlos y tomarlos? Pues caiga sobre ellos todo el peso de la Ley.

MEDRANO: Un militar no podría hablar de otro modo, pero yo confío en que los congresales...

COMANDANTE: Los congresales piensan como yo, porque también piensan así el ejército y el pueblo...

MEDRANO: No. Eso sí, que no, Comandante. Para los militares esos fusilamientos son necesarios, a fin de contribuir a afirmar la disciplina y la autoridad pero, para el pueblo, ¡ah!, para el pueblo, los condenados son víctimas dignas de piedad...

COMANDANTE: Entre tanto, señor Presidente, la hora de la ejecución se acerca. Faltan minutos apenas...

MEDRANO: Sería lástima que perdiéramos esta ocasión de imprimir en el ánimo del pueblo, la idea augusta de la soberanía consciente que castiga y perdona y coloca la humanidad y la justicia por encima de todas las pasiones.

COMANDANTE: Pero es imposible que el Soberano Congreso destruya hoy lo que ayer hizo.

MEDRANO: Enmendar no es destruir. Esos hombres, que dentro de unos minutos deben morir: ¿no podrían ser convertidos, mediante un acto de clemencia, en servidores entusiastas de la misma bandera que abandonaron? Si la sociedad les perdona la vida, ¿no es casi seguro que se convertirían en sus más decididos defensores? ¿No servirá mejor a la patria, en este caso, la misericordia que la severidad? Yo así lo creo.

COMANDANTE (*por un lento y sordo redoble*): ¿Oye usted? Es la hora.

MEDRANO: No. No. Ganemos unos minutos. No hay tiempo material de que se haya obtenido el perdón.

COMANDANTE: Señor Presidente: la ordenanza es inflexible. ¿Viene usted? Yo debo estar al frente de la tropa.

MEDRANO (*se oye un nuevo redoble*): Un minuto, Comandante. Aun puede llegar el perdón.

COMANDANTE: Abandone toda esperanza, señor Presidente.

TENIENTE (*apareciendo en el foro*): Todo está listo según sus órdenes, Comandante.

COMANDANTE: Bien. (*Descuelga sus arreos de la percha*). Cuando guste, señor Presidente.

MEDRANO: Vamos, pues. (*Cuando se mueven hacia el foro, irrumpen en escena Pueyrredón, Godoy Cruz y Juan José*).

PUEYRREDÓN: El perdón, señor Presidente.

GODOY CRUZ: Todos han sido perdonados.

JUAN JOSÉ: ¡El perdón, señor, el perdón...!

MEDRANO: Gracias, señores: yo sabía que ustedes me apoyarían calurosamente... Haga suspender todo, Comandante.

PUEYRREDÓN: No. No. Haga formar aquí a los condenados. (*Indica el foro por donde desaparecen el Comandante y el Teniente*).

GODOY CRUZ: Ni una sola voz se alzó en contra, señor Presidente.

PUEYRREDÓN: Se resolvió conceder la vida a los condenados y reincorporarlos al ejército.

MEDRANO: ¡Ah, eso levantará su moral!

GODOY CRUZ: Se suspendió la sesión, y muchos congresales vienen hacia aquí para presenciar el acto del perdón, para el cual se nos ha comisionado.

JUAN JOSÉ: Ahí llegan...

PUEYRREDÓN (*asomándose al foro*): El pueblo entero los acompaña. (*Todos se agolpan en el foro*).

MEDRANO (*a Juan José*): Mira, ahí están los once condenados. ¿Cuál es tu padre?

JUAN JOSÉ: Aquél de la derecha, señor.

EL COMANDANTE (*apareciendo en el foro, a Pueyrredón*): Todo está listo. (*Se oye un largo redoble*).

PUEYRREDÓN (*hace una señal y el clarín da un toque de atención a los soldados que se suponen o se ven formados*

fuera de escena): Soldados: El Soberano Congreso, festejando su gloriosa instalación en Tucumán, perdona a estos miserables reos: ¡Perdón, perdón y... Viva la Patria!

VOCES (*dentro y fuera de escena*): ¡Viva! ¡Viva la Patria! ¡Viva el Soberano Congreso! ¡Viva! ¡Viva la Patria! ¡Viva!

JUAN JOSÉ: ¡Viva el doctor Medrano!

VOCES (*dentro y fuera de escena*): ¡Viva! ¡Viva el Presidente! ¡Viva el doctor Medrano!... ¡Viva!

MEDRANO (*a Juan José*): Corre a abrazar a tu padre, muchacho, y dile que, gracias a ti, ha oído la palabra del perdón en vez de la sentencia de muerte.

JUAN JOSÉ: ¡Gracias a usted, señor, gracias a usted!... (*Se echa a sus pies y le besa la mano*).

TELON

XIII.

La cadenita de oro

PERSONAJES

CARMEN, *niña de 8 años.*

EL CORONEL SAN MARTÍN.

EL CAPITÁN SOSA.

EL TENIENTE ALVAREZ.

DECORACIÓN: *La escena en una de las oficinas del Comando del Ejército Libertador, en Mendoza.*

CAPITÁN (*que aparece en escena con el Teniente Alvarez*): ¡Así que ya de vuelta?

TENIENTE: Desde esta mañana, mi Capitán. Traje dos pliegos de Chile, éste (*lo muestra*), para el Coronel San Martín, y otro que ya entregué en el Cabildo. Y, a propósito, mi Capitán: en la mesa del gran salón del Cabildo he visto un verdadero tesoro: montones de oro, plata, perlas y piedras preciosas. ¿De dónde provienen?

CAPITÁN: Son las joyas que las damas mendocinas han regalado al Gobernador para que compre caballos, mulas y armamentos.

TENIENTE: ¡Qué hermosa conducta! ¡Y quién dió el ejemplo?

CAPITÁN: La señora doña Remedios Escalada de San Martín.

TENIENTE: ¡Al fin podrá nuestro Coronel pasar la Cordillera y libertar a Chile y al Perú!

CAPITÁN: La provincia de Cuyo ha dado una prueba más de su generosidad y patriotismo. Todo lo proporcionan los mendocinos, sanjuaninos y puntanos. San Martín pide hombres, y Cuyo le da sus hijos; pide armas, y aquí se fabrican armas; pide animales, y llegan las interminables tropas.

TENIENTE: ¿Y los víveres?

CAPITÁN: Igualmente. Vienen carros repletos de carne, harina, verdura, fruta, pastas, vino, aceite. Y ahora, las mujeres también han querido dar su ayuda al Libertador y no hubo una sola que dejara de ofrecer sus joyas a la Patria.

TENIENTE: ¡Admirable! ¡Admirable! La historia recordará el nombre de las Patricias Mendocinas. (*Se oye un timbre adentro*).

CAPITÁN: Pase, Teniente: el Coronel lo espera.

TENIENTE (*desapareciendo con una ligera venia*): Hasta luego, mi Capitán.

CAPITÁN (*poniéndose a escribir*): Hasta luego.

CARMEN (*entrando*): Buen día, señor.

CAPITÁN: Buen día. ¿Qué buscas aquí?

CARMEN: Quiero hablar con el Gobernador.

CAPITÁN: ¿Con el señor Gobernador... con el Coronel San Martín?... ¿Y qué le quieres?

CARMEN: Yo... yo venía a traerle una cadena... una cadenita de oro...

CAPITÁN (*incrédulo*): ¿Y dónde está?

CARMEN (*mostrando un paquetito*): Aquí.

CAPITÁN: A verla.

CARMEN: ¡Ah, no!

CAPITÁN: Pero si yo soy el Secretario del Gobernador y debo ver todo lo que traen antes que él...

CARMEN: Yo quiero que la vea él solito.

CORONEL (*apareciendo con el Teniente Alvarez*): Ya sabe, Teniente: a las dos aquí.

TENIENTE: Muy bien, mi Coronel. (*Saluda militarmente al Coronel y al Capitán que le responden de igual modo, y desaparece. El Coronel se vuelve para retirarse*).

CAPITÁN: Mi Coronel...

CORONEL: ¿Eh?

CAPITÁN: Esta niña que desea hablarle.

CORONEL (*acercándose*): ¡Veamos! ¿Qué quieres, chiquita? No me tengas miedo... ¿Qué deseas?

CARMEN: Yo... yo... (*Mira al Capitán y entonces a un signo del Coronel el oficial se retira*).

CORONEL (*observando el paquete en la mano de Carmen*): ¡Vamos a ver! ¿Me quieres dar algo?

CARMEN: Sí, señor: esto. (*Le entrega el paquetito*).

CORONEL (*abriéndolo*): ¡Qué hermosa cadena! ¿Y qué quieres que haga con ella?

CARMEN: Es para usted, señor. Yo creía que le serviría para comprar... cañones.

CORONEL: ¡Ah, tú has oído que las señoras ofrecen al gobierno sus alhajas y has querido dar algo también! ¿No es así?

CARMEN: ¡Sí, señor! ¿Y podrá comprar cañones con ella?

CORONEL: ¡Cómo no! Es de oro verdadero.

CARMEN: El señor Cura me ha dicho que vale mucho.

CORONEL: Así es. Pero dime: ¿tú tienes permiso para darme esta cadena?

CARMEN: ¡Oh, sí, señor! ¿No ve que es mía?

CORONEL: ¿Y puedes darla? (*Movimiento afirmativo de Carmen*). ¿Quién te la regaló?

CARMEN: Mi mamita.

CORONEL: ¿Y ella te dió permiso para ofrecérmela?

CARMEN: Mi mamita ha muerto.

CORONEL: ¡Pobrecita! No tienes madre, pero, ¿y tu papá?

CARMEN: Lo encontraron helado en la cordillera hace muchos años.

CORONEL: ¡Infeliz criatura! Entonces, ¿cómo se te ocurrió venir a verme? ¿Alguien te aconsejó? Dime. No tengas miedo.

CARMEN: Nadie, señor. Yo solita. Yo he oído decir que muchas personas habían dado sus alhajas para la Patria

y pensé en dar lo único que tengo: mi cadenita de oro. Quizá usted pueda comprar con ella un caballo o una mula, tal vez un cañón entero...

CORONEL: Pero, ¿no se enojaría tu mamita si supiera que te habías separado de la cadena?

CARMEN: ¡Oh, no, porque yo hago una buena acción y ella me recomendó siempre que fuera buena!

CORONEL: ¿Así que no te cuesta desprenderte de tu cadena?

CARMEN: Yo quiero regalársela a la Patria.

CORONEL (*abrazándola*): Hija mía: tu modesta cadenita de oro vale más que todos los brillantes del mundo. Yo te la agradezco en nombre de la Patria. ¿Sabes tú lo que es la Patria? No, porque todavía eres muy pequeña, pero cuando seas más grande lo comprenderás. Has entregado lo único que tienes y eso da a tu regalo más valor que el de un montón de diamantes. (*Pausa*). Dime, ¿con quién vives? ¿Quién te ha recogido?

CARMEN (*entristecida*): Unos ricos señores.

CORONEL: Cómo, ¿no tienes parientes?

CARMEN: Ninguno, señor.

CORONEL: ¿Y te tratan bien esos señores?

CARMEN: ¡Ah, señor! Me mortifican de mil maneras... Los niños sobre todo, son muy malos conmigo. Por eso pensé en dar mi cadenita, para demostrarles a todos que yo no soy mala aunque ellos me llamen mentirosa.

CORONEL (*acariciándola*): No llores, querida. Mira: ¿Quieres quedarte conmigo? Mi señora no te regañará ni te castigará nunca...

CARMEN: Desde que murió mi mamita nadie me ha tratado como usted, señor...

CORONEL: ¿Estás contenta?

CARMEN: ¡Oh, señor...! ¡Con razón mi pobre mamita me dijo al dármela, que esta cadenita me traería buena suerte...!

CORONEL: ¿Te quedas, entonces?

CARMEN (*tímida*): Si usted me quiere...

CORONEL: ¡Mucho, hija, mucho! Tanto como tú quieres a la Patria.

CARMEN (*cayendo en los gloriosos brazos que se le tienden para protegerla*): ¡A la Patria y a usted, señor!

TELON

Amor de madre

PERSONAJES

ENRIQUE GUEVARA.

TENIENTE RÍOS.

CAPITÁN LAGOS, *español*.

SOLDADOS ESPAÑOLES.

DECORACIÓN: *En un agreste rincón de la cordillera donde ha acampado con su tropa el Capitán Lagos. En último término su tienda de campaña y algunos fuegos que se extinguen ya. Es la primera hora de la mañana.*

RÍOS (*con Enrique en primer término; ante la tienda de campaña un centinela y en el fondo de la escena, algunos soldados españoles*): ¡Qué triste suerte la nuestra, compañero!... ¡Pensar que, a estas horas, el país se estremece celebrando el magnífico triunfo, mientras nosotros nos vemos a merced de los godos!

ENRIQUE: Sin embargo, camarada, el júbilo de los nuestros es mi único consuelo en este apurado trance... Mi madre y mi hermano llorarán mi pérdida, pero se consolarán pensando que contribuí a dar un día de gloria a las armas argentinas.

RÍOS: ¡Ah!, la cuesta de Chacabuco ha sido tan fatal para nosotros como para los mismos españoles...

ENRIQUE: Si yo hubiera seguido los consejos que ayer mismo me daba mi hermano antes de entrar en fuego... otra hubiera sido mi suerte...

RÍOS: ¿Qué te aconsejó, pues?

ENRIQUE: Mi hermano, tú lo sabes, hizo con Belgrano la campaña del Paraguay y conoce bien los peligros de la guerra. Por eso me aconsejó que no persiguiera a los fugitivos, pero, yo, en el enardecimiento de la lucha, cuando vi a los godos vacilar, dispersarse, huir, olvidé todo: madre, hermano, consejos, y me lancé en persecución de un oficial que escapaba, precisamente el mismo que manda esta tropa. Ya estaba sobre él, ya le gritaba: «¡Ríndete! ¡Ríndete» cuando, brotando de la tierra, me rodearon estos soldados. Quise resistirme, pero, ¡eran tantos! (*Pausa*). Y tú, ¿cómo caíste?

RÍOS: ¡Ah!, yo no tuve mejor suerte: rodó el caballo que montaba, y no pude ni intentar defenderme.

ENRIQUE: Ahora sólo nos queda confiar en que Dios escuche los ruegos de nuestras madres... ¿Vive la tuya?

RÍOS: No: ¡pero velará por mí desde el cielo!

ENRIQUE: Mi madre estará pensando en Martín y en mí; releiendo, quizá, la carta en que le anunciaba mi llegada a Mendoza.

RÍOS: Mira: aquí viene el que tiene en sus manos nuestras vidas.

ENRIQUE: ¡Dios nos ampare!

CAP. LAGOS (*llegando lentamente con un soldado*):
¿Cuál es?

SOLDADO (*señalando a Enrique*): Este, mi Capitán.

CAP. LAGOS: ¡Ah, muy bien! (*A Enrique*): ¿Con que eres tú el joven que intentó apresarme? Ya ves qué fácilmente se truecan los papeles en la guerra. Vaya... me gusta honrar a quien lo merece: ¡Eres un valiente! ¿Cómo te llamas?

ENRIQUE: Enrique Guevara.

CAP. LAGOS: ¿Eres criollo?

ENRIQUE: Soy argentino.

CAP. LAGOS: ¡Se ve! ¡Se ve! En tu tierra, los gallitos cantan demasiado jóvenes! ¿Cuántos años tienes?

ENRIQUE: Quince años, pero, aunque tuviese menos, usted no tendría el derecho de insultarme como lo está haciendo.

CAP. LAGOS (*riendo*): ¡No hay que tomar las bromas al través, muchacho!... (*A Ríos*): Y tú, ¿cómo te llamas?

RÍOS: Carlos Ríos.

CAP. LAGOS: Criollo también, ¿no es eso?

RÍOS: Eso es.

CAP. LAGOS: Oídme: ¿Os salvaríais si pudierais hacerlo?

ENRIQUE: Siempre que no comprometiéramos nuestro honor.

CAP. LAGOS (*a Ríos*): Y tú, ¿qué dices?

RÍOS: Lo mismo digo.

CAP. LAGOS: Pues bien: quiero daros un medio de salvaros sin manchar vuestro nombre.

ENRIQUE: Dígalo usted.

RÍOS: ¿Cuál es ese medio?

CAP. LAGOS: ¡Este! Abandonad la loca empresa en que os metisteis, en mala hora, e incorporaos desde ya a nuestras filas.

ENRIQUE: ¡Nunca!

CAP. LAGOS: ¿Cómo? ¿No sabéis que puedo condenaros a muerte?

ENRIQUE: Sí, usted puede matarnos, pero no podrá hacernos perjuros.

CAP. LAGOS: ¡Ea! Habla por ti, porque tu compañero puede tener muy distinta opinión. (A RÍOS): ¿Qué dices tú?

RÍOS: ¿Yo? ¡Lo mismo digo! ¡Los argentinos pensamos todos igual!

ENRIQUE: Entre nosotros no hay traidores: ¡somos argentinos!

CAP. LAGOS (*iracundo*): ¡Rebeldes, es lo que sois! ¡Los españoles somos vuestros amos y osáis hacer armas contra nosotros. Merecíais ser fusilados los dos, sobre la marcha. Pero sois tan jóvenes que deseo salvaros. ¡Pasad a nuestro lado, o tendré que fusilaros! ¡Una de dos!

ENRIQUE: ¡Los argentinos no se pasan! Y, por otra parte, recuerdo a usted que las leyes de la guerra amparan las vidas de los prisioneros. Usted no tiene derecho a fusilarnos.

CAP. LAGOS: Puede ser... pero, mientras en el ejército argentino no se respeten esas leyes, nosotros tampoco las respetaremos.

RÍOS: ¡San Martín es un soldado escrupuloso, y no las ha atropellado jamás!

ENRIQUE: Las vidas de los prisioneros son sagradas para los argentinos.

CAP. LAGOS: No siempre.

ENRIQUE: ¿Tiene un caso concreto por ventura?

CAP. LAGOS: Sí, señor: Bien recientemente, un oficial español que cayó prisionero fué fusilado, por orden del General San Martín. ¿Eso es respetar las leyes de la guerra?

RÍOS: Ese oficial a que usted alude, había dado su palabra de honor de no evadirse, pero no la cumplió y el General, entonces, lo condenó a muerte.

ENRIQUE: Fué justicia.

CAP. LAGOS: Era mi hermano, y yo he jurado vengarlo. Pasaos o moriréis. Os doy una hora para resolveros.

ENRIQUE: Se lo agradecemos pero no necesitamos pensarlo.

CAP. LAGOS: ¿Cómo? ¡Reflexionad!

RÍOS: Sería inútil, señor: nuestra opinión no cambiará aunque la meditemos un año entero.

ENRIQUE: Preferimos morir a ser traidores.

CAP. LAGOS: ¡Insensatos! Por última vez: ¡Pasaos!

RÍOS: ¡Nunca!

ENRIQUE: Los argentinos no se pasan, repito.

CAP. LAGOS (*fuera de sí*): ¡Soldados! ¡Cuatro tiradores aquí!

VOCES DE SOLDADOS: ¡A la orden, mi Capitán! ¡Ordene! (*Los soldados aparecen en tropel y se alistan los cuatro tiradores*).

CAP. LAGOS: ¡Arrancadles las casacas! (*Obedecen*).

RÍOS: ¡Veréis como mueren los valientes!

CAP. LAGOS: ¡Basta! Soldados: ¡Preparen! (*Los soldados ejecutan lo ordenado*).

ENRIQUE (*besando el escapulario que lleva*): ¡No me has preservado de la muerte, pero vale más morir que traicionar a la patria!

CAP. LAGOS: ¿Quién te dió ese relicario?

ENRIQUE: ¡Mi madre! Me lo dió al partir para la guerra. Le pido, señor Capitán, que me haga enterrar con esta cadenita: ¡no tiene valor!

CAP. LAGOS: ¿Tu madre te lo dió? Y dime: ¿es anciana tu madre?

ENRIQUE: ¡Oh, la pobre es viejecita, y llorará mi muerte!

CAP. LAGOS: ¡También la mía llorará por mi hermano!

ENRIQUE: Pero llorará más, el día que sepa que es usted un asesino...

CAP. LAGOS (*tapándole la boca*): ¡Oh, no lo digas, no lo digas... por Dios! ¡Calla! ¡Calla, que me parece que mi madre misma me grita esa palabra en los oídos! (*A*

los soldados): ¡Bajad las armas! ¡Retiraos todos! ¡Todos! (*A Enrique y Ríos*): ¡Os perdono la vida! Yo también tengo una madre anciana que, en el momento de la despedida, colgó de mi cuello esta crucecita (*enseña la que lleva al cuello*). Id: estáis en libertad!

ENRIQUE: Espero, señor Capitán, que volveremos a encontrarnos en el campo de batalla.

CAP. LAGOS: Vete, muchacho. (*A Ríos*): Vete tú también.

RÍOS: ¡Gracias!

ENRIQUE: ¡Gracias!

CAP. LAGOS: Agradecedlo a nuestras madres que, amparándonos a través del espacio, os han arrancado de la muerte para que yo no ensangrentara mis manos. (*Se estrechan las manos*).

TELON

El mensajero de San Martín

PERSONAJES

MIGUEL, *niño de 16 años.*

EL CABO TORRES, *chileno.*

EL CORONEL ORDÓÑEZ, *español.*

EL CAPITÁN MOLDES, *español.*

DOS SOLDADOS ESPAÑOLES.

DECORACIÓN: *La escena en un campamento realista. Es de noche. Los fuegos encendidos permiten ver algunas tiendas de campaña levantadas en los últimos términos. Cerca de un fuego se desarrolla el drama.*

CAPITÁN (*en escena con el Coronel Ordóñez*): Es un muchacho delgado, fuerte, de ojos brillantes y de fisonomía franca y alegre.

CORONEL: ¿Viajaba solo, dice usted?

CAPITÁN: Y dió que sospechar, pues parece que, al aproximársele los soldados, pretendió huir... Con todo, fué fácil cortarle el camino.

CORONEL: ¿Qué rumbo llevaba?

CAPITÁN: Se internaba en la cordillera ganando el lado argentino.

CORONEL: Es posible que tengamos entre las manos a uno de los innumerables agentes y espías que San Martín emplea para llevar y traer correspondencia, sembrando también noticias verdaderas y falsas, según le conviene...

CAPITÁN: A este niño será fácil arrancarle la verdad, mi Coronel.

CORONEL: Pero, si realmente cumple un encargo de San Martín, ha de ser inteligente y guapo, créalo.

CAPITÁN: Cuadrado como un pequeño veterano sostuvo tranquilamente mi mirada...

CORONEL: San Martín es un insigne conocedor de hombres, Capitán. (*Pausa*). Lo interrogaré ahora mismo. Hágalo conducir hasta aquí...

CAPITÁN (*dando una voz hacia la parte interior de la escena*): ¡Cabo...! ¡Cabo Torres...!

LA VOZ DEL CABO TORRES: A la orden, mi Capitán.

CAPITÁN: ¡Que comparezca el prisionero! (*Al Coronel Ordóñez*): El muchacho afirma que es natural de Chile, pero parece que es cuyano...

CORONEL (*al ver aparecer a Miguel custodiado por el Cabo Torres*): Acércate. ¿Cómo te llamas?

MIGUEL: Juan Gómez, señor.

CORONEL: Te acusan de ser agente del General San Martín. ¿Qué tienes que contestar?

MIGUEL: Ni siquiera sé de quién me habla, señor.

CORONEL: Oye, muchacho, de nada te servirá negar; más vale que confieses francamente, así quizá pueda perdonarte porque eres tan joven. ¿No tienes nada que decirme? (*Pausa*). ¿Llevas alguna carta?

MIGUEL: ¿Alguna carta, dice usted? ¡No!

CORONEL: Cabo, ¡regístrelo! (*El Cabo obedece*).

MIGUEL (*intentando impedirlo*): ¡Pero, si no...!

CORONEL: ¡Ahí, ahí en el cinturón, en el cinturón...!

CABO (*encontrándola*): Una carta, mi Coronel.

CORONEL: Bien lo decía yo... ¡A ver...! (*La recibe y dispónese a abrirla*).

MIGUEL (*arrebátandose la y arrojándola al fuego próximo*): ¡No ha de ser!

CAPITÁN (*hace un gesto para recoger el papel inflamado*): ¡Ah, maldito...! (*Miguel sonríe en silencio al ver consumada la obra del fuego*). ¡Las pagarás, traidor...! (*Y se abalanza sobre Miguel*).

CORONEL (*conteniéndolo*): ¡No, Capitán...! (*A Miguel*): Eres muy atrevido, muchacho... Quizá no sepas que puedo fusilarte sin más trámite...

MIGUEL: Ahora pueden hacer de mí lo que quieran: la carta ya no existe y jamás sabrán por mi boca a quién iba dirigida, ni quién la enviaba...

CORONEL: Hay que reconocer que eres muy valiente. Aquél que te ha mandado sabe elegir sus hombres. Ahora bien, puesto que eres resuelto, quisiera salvarte y lo haré si me dices qué contenía la carta...

MIGUEL: No sé, señor.

CORONEL: ¿No sabes? Mira que tengo medios de refrescarte la memoria...

MIGUEL: No sé, señor. La persona que me dió la carta no me dijo qué contenía.

CORONEL: Bien, te creo. ¿Podrías decirme al menos quién te la entregó y a quién iba dirigida?

MIGUEL: ¡No lo diré, señor!

CORONEL: ¡Contesta!

MIGUEL: ¡No puedo, señor!

CORONEL: ¿Y, por qué no?

MIGUEL: ¡Porque he jurado!

CORONEL: ¡Oh, si no es más que eso, un sacerdote te desligará del juramento!

MIGUEL: ¡Aunque lo hiciese, no por eso sería menos traidor!

CORONEL (*aparte al Capitán*): ¿Qué niño tan hombre, eh?

CAPITÁN (*aparte también y dando golpecitos con el dedo en una gaveta transportable que tiene a su lado*): En efecto: pero, quizá encierra esta gaveta argumentos de fuerza para un hombre, mi Coronel.

CORONEL: ¡Es verdad! (*Abre la gaveta y tomando un puñado de monedas de oro, se las muestra a Miguel que parece deslumbrado por el metal*). ¿Has tenido alguna vez una moneda de oro?

MIGUEL: No, señor.

CORONEL: Pues oye, Juan... (*Miguel se vuelve creyendo que habla a otro*). ¡Jem...! Tú has mentido: ¡ése no es tu nombre...!

MIGUEL: Sí, señor: es mi nombre.

CORONEL (*hace una señal significativa al Capitán*): Pues oye, Juan, ya que te empeñas en negar tu verdadero nombre; yo te daré diez onzas, ¿entiendes?, diez onzas, si me dices lo que quiero saber. Vamos: ¿Te decides? Piensa: ¡diez onzas de oro! Una fortuna... ¡Cuántas cosas podrías comprar con tanto dinero y cómo te envidiarían en Mendoza...! Y eso con sólo decirme dos nombres...

MIGUEL (*fascinado*): Diez... onzas... de... oro...

CORONEL (*haciendo sonar las monedas y escurriéndolas entre las manos*): ¡Sí, hombre: diez... onzas... de... oro...! ¡Míralas...! Son como otros tantos soles... ¡Dime esos nombres...!

MIGUEL (*venciendo al fin la tentación*): ¡No quiero, señor!

CORONEL: ¿Has oído hablar de San Bruno? (*Miguel se estremece*). ¿Sí, eh? Sabes bien que San Bruno es ese hombre diabólico que se encarga de martirizar a los criollos rebeldes como tú... Pues a él te entregaré si no confiesas... En tus propias manos está tu suerte: Si contestas a mi pregunta, te daré la libertad... ¿La libertad, me oyes bien? Y si no...! (*Miguel vuelve a estremecerse*). ¡Y si no...! ¿Lo dirás, eh?

MIGUEL: ¡Nunca!

CORONEL (*encolerizado*): ¡A ver, Cabo, unos azotes bien dados a este muchacho!

CAPITÁN (*dando una voz*): ¡Dos soldados aquí!

DOS SOLDADOS (*apareciendo*): A la orden, mi Capitán.

CORONEL: ¡Atadle a ese poste! (*El Cabo y los soldados obedecen*). ¿Lo dices?

MIGUEL (*hace una señal negativa*): ¡No!

CORONEL: ¡Apaleadlo sin misericordia!

UN SOLDADO (*golpeándolo*): ¡Uno!

CAPITÁN: ¡Más fuerte!

UN SOLDADO: ¡Dos!

CABO: ¡Habla muchacho...! (*Miguel repite la señal negativa*).

CORONEL: ¡Siga el castigo!

LOS SOLDADOS (*golpeando alternativamente, cuentan*):
¡Tres...! ¡Cuatro...! ¡Cinco...! ¡Seis...! ¡Siete...!
(*Miguel se desmaya*).

CABO (*acudiendo*): Está sin sentido, mi Coronel.

CORONEL: ¡Basta! Mañana confesará y si no tendré que enviarlo a Santiago.

CAPITÁN: Sería lástima que muchacho tan guapo fuese a parar a manos de San Bruno...

CORONEL (*retirándose a su tienda con el Capitán*):
Pues creo que no tendremos otro remedio. (*A una señal suya se retiran los dos soldados*).

CAPITÁN (*al ir a desaparecer dentro de la tienda, se vuelve*): ¿Se repone?

CABO: Todavía no, mi Capitán.

CAPITÁN: ¿Pero, respira?

CABO: Sí, mi Capitán.

CAPITÁN: Bien, queda a su cargo: ¡Vigílelo! (*Desaparece detrás del Coronel llevándose la gaveta*).

CABO (*después de asegurarse que solamente el niño puede oírlo*): ¡Juan...! ¡Juan...!

MIGUEL (*volviendo en sí*): ¡Ay, madre mía!

CABO: ¡Quieto...! ¿Tendrías valor para escapar?

MIGUEL: Si fuese posible, ¿por qué no?

CABO: ¡Para los valientes como tú, no hay imposibles!

MIGUEL: No me fío de ti: desde pequeño me enseñaron a desconfiar de los godos...

CABO: ¡Yo soy chileno...!

MIGUEL: ¿Y cómo puede un chileno llevar ese uniforme?

CABO: Yo sólo esperaba una ocasión como ésta para abandonarlo y reunirme a mis dos hermanos que, como tú, son agentes del General San Martín.

MIGUEL: ¡Júramelo...!

CABO: ¡Lo juro por la libertad de Chile, Juan!...

MIGUEL: Llámame Miguel, que ése es mi nombre. Pero, dime, ¿cómo huiríamos?

CABO: A media noche, cuando el silencio más profundo reine sobre el campamento, te llevaré hasta el corral donde se hallan los caballos de servicio. Yo tomaré el mío y tú encontrarás el tuyo ensillado aún y atado en donde lo dejaste. Y, entonces: ¡a caballo y buena suerte!

MIGUEL: ¿Y los centinelas?

CABO: De mí no sospecharían nunca y en ti no repararán porque te cubrirás con mi capote.

MIGUEL: ¿Y si nos descubren?

CABO: ¡Sabremos morir! ¿Estarás dispuesto dentro de unas horas?

MIGUEL: Si ya no siento dolores, cansancio ni debilidad: estoy fresco, ágil y resuelto a todo, con tal de recuperar la libertad...

CABO: Bien: trata de dormir que yo velaré hasta el instante oportuno.

MIGUEL: ¡Dios y la Patria te paguen lo que haces por mí!... (*Pausa*).

CABO (*haciéndole reclinar la cabeza en su falda*): ¡Duerme, pobre mártir, que la suerte ha de ayudarnos esta noche para que puedas mostrar a San Martín, con las llagas de los azotes que desgarraron tus espaldas, cómo has sabido guardar un secreto y servir a la Patria!

TELON

La despedida

PERSONAJES

EL GENERAL MANUEL BELGRANO.

EL DOCTOR JOSEPH REDHEAD.

EL PADRE FRANCISCANO VILLEGAS.

EL EDECÁN SALVIGNI.

EL EDECÁN ELGUERA.

EL MAESTRO.

ALBERTO, *niño de 12 años.*

MANOLITO, *niño de 6 años.*

VARIOS NIÑOS.

DECORACIÓN: *Un despacho modesto; gran puerta al foro, puertas a derecha e izquierda.*

P. VILLEGAS (*en escena con el Dr. Redhead*): Pero, ¿no me había dicho usted mismo, que emprenderíamos viaje mañana?

DR. REDHEAD: Sí, padre, pero el General ha dado orden de anticiparlo, de modo que partiremos dentro de una hora a lo sumo. (*Pausa*).

P. VILLEGAS: ¿Con que ha consentido en que yo me agregue a ustedes para acompañarlo hasta Buenos Aires?

DR. REDHEAD: Aceptó complacidísimo, padre... ¿Está usted dispuesto para la marcha?

P. VILLEGAS: Los religiosos estamos siempre dispuestos, doctor. Ningún viaje puede tomarnos desprevenidos, a los que siempre estamos preparados para el viaje eterno...

DR. REDHEAD: Es que para ése, padre, no se necesitan maletas o, por lo menos, nadie las lleva...

P. VILLEGAS: Los franciscanos no necesitamos maletas ni para ése ni para ningún otro. ¿No sabe usted que somos de una pobreza clásica?

DR. REDHEAD (*riendo*): ¿Entonces, es cierto lo de la pobreza franciscana? (*Muy serio*): Franciscana es también la pobreza de nuestro General, ya ve usted: él, que nació rico; que renunció a la mitad de su sueldo; que fundó escuelas con la cuantiosa donación que, a raíz de la victoria de Salta, le hizo el Gobierno, se ve, ahora, en la necesidad de aceptar un préstamo, que le hace un amigo, para poder trasladarse a Buenos Aires, enfermo como está. Asómbrese usted, padre, en la caja de esta Tucumán que tanto le debe, no hay un mal real para el General Belgrano.

P. VILLEGAS: ¡Ingratos! ¡Ingratos! ¡Ah! Vanagloríese usted de no ser argentino, doctor. Los pueblos que, como el nuestro, manchan con tan negro borrón su hermosa historia, no se arrepentirán nunca bastante, y serán vanos todos los esfuerzos que las nuevas generaciones hagan para borrarlo... ¡Dios perdone a mi pueblo...!

DR. REDHEAD: Callemos: aquí viene el General. Apenas si puede arrastrarse hoy. (*Con el Padre Villegas acude a sostener al General Belgrano, que aparece en la puerta de la derecha*).

GRAL. BELGRANO: ¡Oh! ¿Usted aquí, padre?

P. VILLEGAS: ¿Cómo está, General? ¿Esa maldita enfermedad no quiere cejar?

GRAL. BELGRANO (*ya sentado, y ofreciendo asiento a sus lados*): ¡Ya ve, padre, pese a los esfuerzos de nuestro buen doctor! (*Pausa*). Así, es, padre, ¿que se empeña usted en acompañarme?

P. VILLEGAS: Si usted me lo permite, General, tendré la satisfacción de seguir sirviéndole.

GRAL. BELGRANO: Gracias, gracias...

P. VILLEGAS: No tiene usted por qué dárme las. ¿No soy su capellán? ¿No estoy a su servicio? Luego no hago sino cumplir con mi deber.

GRAL. BELGRANO: Aunque sea el cumplimiento de un deber, que no lo es, padre, yo le agradezco, le agradezco mucho, que quiera soportar tan largo viaje... Es un gesto que le honra, y yo sé apreciarlo en cuanto vale... ¡Son tan contados los amigos que, como usted y el doctor Redhead, permanecen fieles en la desgracia y en la pobreza...!

P. VILLEGAS: No se desaliente usted: todos reconocerán tarde o temprano, el patriotismo y el desinterés con que usted procede siempre, General.

GRAL. BELGRANO: La verdad es que jamás he pensado en mí mismo, pero, ahora quiero alejarme de Tucumán, no quiero permanecer aquí ni un minuto más, porque todo me es hostil en esta ciudad... (*Pausa*). Esta Tucumán que me conoce, que me ha aclamado, que sólo me debe beneficios, que se echó a mis pies, rogándome que no la

abandonara cuando Tristán estaba a sus puertas, quiere ser mi enemiga. No puedo olvidar la humillación que Aráoz acaba de infligirme: ¡tener la inclemencia de ponerme preso en la cárcel...!

P. VILLEGAS: Vamos, amigo mío, ánimo...

DR. REDHEAD: Le ruego como amigo, General, y le ordeno como médico, amigo mío, que deseche esos pensamientos.

GRAL. BELGRANO (*tendiéndole la mano*): Tiene usted razón, pero, ni como médico ni como amigo, podrá usted hacer que olvide que es a usted a quien debo que se me haya devuelto la libertad.

DR. REDHEAD: ¡Oh, eso no tiene importancia! (*Pausa*).

GRAL. BELGRANO: ¿Cómo quieren ustedes que no me sienta abatido si estoy contemplando la esterilidad de la semilla de fe y abnegación que sembré, a manos llenas, desde que ejercí el primer cargo público? He sido y me empeño en seguir siéndolo, paciente, fiel, inflexible en el cumplimiento del deber, severo conmigo mismo y con los demás... y, ¡ya ven ustedes el resultado...!

P. VILLEGAS: Yo no creo que estemos asistiendo a la comprobación de la esterilidad de su obra, General. Pienso que esa cosecha está reservada para la posteridad, aunque usted vea brotar, solamente, una que otra hoja de ese árbol sublime.

ELGUERA (*entrando por el foro seguido de Salvigni*): Buenas tardes, señores. (*Al Gral. Belgrano*): Señor: el coche está en la puerta.

SALVIGNI: Muy buenas tardes, General: Partiremos cuando usted guste.

TODOS: ¡Buenas!

GRAL. BELGRANO: Nada tengo que esperar aquí: ¡vamos ya! (*Pónese de pie*).

P. VILLEGAS (*por un gran rumor que se oye cada vez más cercano*): Un momento, General: parece que se acerca gente.

ELGUERA (*asomándose al foro*): Es un grupo de niños que se dirige hacia aquí.

P. VILLEGAS (*asomándose también*): ¡Ah...! ¡Vaya una hermosa sorpresa! General: los niños de la escuela que usted fundó, vienen a despedirlo.

GRAL. BELGRANO: ¡Los niños! ¡Los niños! ¡Mis niños! ¡Que entren! Háganlos pasar hasta aquí. (*El Padre Villegas y los edecanes salen a recibir a los niños*).

VOCES: ¡Adelante! ¡Por aquí! ¡Pase, señor Maestro! ¡Pasen, niños! ¡Eh, cuidadito! ¡Orden! ¡Adelante...! ¡Pasen!

P. VILLEGAS (*apareciendo por donde se fué, seguido por el Maestro, los edecanes, Alberto, Manolito y varios niños que deben situarse de modo que parezca que hay muchos más en el patio*): Señor Maestro, pase... Y vosotros también, hijos...

EL MAESTRO: Perdone usted, señor General, si le importunamos en esta hora.

GRAL. BELGRANO: ¡Oh, no! Esta visita es para mí un gran placer, y un placer siempre es oportuno.

EL MAESTRO: Estos niños, que reciben instrucción en la Escuela de Tucumán por usted fundada con las de Santiago, Jujuy y Tarija, vienen a traerle su último saludo, General.

GRAL. BELGRANO (*emocionado*): ¡Gracias! ¡Gracias, hijos míos...!

EL MAESTRO: Alberto: ven aquí.

ALBERTO (*adelantándose*): Señor General (*le ofrece unas flores*): Acepte usted estas flores: una por cada uno de nosotros; son humildes y puras como la veneración y el cariño que usted nos inspira. Todos rogamos a Dios que lo acompañe en el viaje que va a emprender y hacemos votos porque se mejore. Señor General, que... (*rompe a llorar y el General no menos conmovido, lo estrecha en sus brazos*).

P. VILLEGAS: ¡Qué hermoso es esto! El pequeñín se sabía muy bien su discursito, pero ese llanto que nadie le enseñó, ese llanto que no ensayó nunca: ¡vale más, mucho más que la más elocuente oración!

EL MAESTRO: Niños, decid conmigo: como dirán, después de nosotros, todos los buenos argentinos de todos los tiempos: ¡Viva el General Belgrano!

TODOS: ¡Viva! ¡Viva...a...a! (*Y los niños quieren abrazar al General*). ¡A mí! ¡A mí, señor! ¡Señor General: a mí!

GRAL. BELGRANO: ¡A todos! ¡A todos! ¡Oh, hijos míos! (*Viendo a Manolito que no se atreve a acercarse*): Y tú, chiquillo, ¿cómo te llamas? ¡Ven! (*El niño se acerca pero no se atreve a contestar*). ¿Cómo te llamas? ¡Di!

EL MAESTRO: Como usted, General.

GRAL. BELGRANO: ¡Ah!, ¿con que te llamas Manuel, como yo?

MANOLITO: No, señor: ¡me llamo Manolito! (*Risas*).

GRAL. BELGRANO (*lo abraza; dirigiéndose a Alberto*): Y, tú, ¿cómo te llamas?

ALBERTO: Alberto Gauna, señor General.

GRAL. BELGRANO: Albertito, ¿no es eso? (*Entregándole una moneda de oro*): Toma esto, Alberto; no lo consideres dinero; guárdalo como un recuerdo mío; como un recuerdo del grato momento que acabas de darme... Que cuando yo quiera pensar en algo muy hermoso, pero muy hermoso, pensaré en el ramo de flores que me ofreciste en nombre de los niños de la Escuela de Tucumán.

EL MAESTRO: Y tú, Alberto: cuando quieras pensar en el hombre más bueno del mundo: ¡mira esa moneda!

GRAL. BELGRANO: Vaya: ¡no exagere usted, señor Maestro! (*Entregándole un lápiz de oro*): Y usted, amigo mío, acepte este lápiz que he usado muchos años; no tengo nada mejor que ofrecerle para significarle cuánto le agradezco la atención de que me ha hecho objeto.

EL MAESTRO: ¡Oh, señor General! Y ya que hemos cumplido con nuestro deber, pídale licencia para retirarnos...

GRAL. BELGRANO: Vaya usted. Id, hijos míos, y que la patria sea vuestro más grande amor. Dadle cuanto lleguéis a poseer: fortuna, salud, inteligencia, ¡la vida entera! Adiós, queridos niños! ¡Adiós, señor Maestro!

EL MAESTRO Y LOS NIÑOS (*desapareciendo por el foro hasta donde los acompañan el P. Villegas y los edecanes*): ¡Adiós! ¡Adiós, señor General! ¡Buen viaje!... ¡Viva el General Belgrano!... ¡Viva...a...a...! (*Pausa*).

GRAL. BELGRANO: Así, pues, amigos míos, ¿he creado algo más duradero que los laureles de la victoria, que el favor de las multitudes y que la gratitud de los gobiernos?

P. VILLEGAS: ¿No se lo decía yo, hace poco? Ya ve que no toda la semilla, por usted arrojada, se la llevó el viento; alguna ha caído en tierra virgen y fecunda. La escuela, cuna de las civilizaciones, foco perenne de luz, subsistirá, perpetuará su nombre, y dará testimonio de su inmenso amor a la patria...

GRAL. BELGRANO (*irguiéndose para dirigirse al foro*): Partamos ahora, quiero llevar, como último recuerdo de Tucumán, esta grata y dulce impresión.

P. VILLEGAS: Dios bendiga a los niños que, con un acto tan hermoso, han demostrado al General Belgrano que sus trabajos darán fruto.

TELON

XVII.

La partida

PERSONAJES

EL PADRE CURA.

DÍAZ.

EL ALCALDE.

EL TENIENTE BREÑAS.

INDIO 1º.

INDIO 2º.

INDIA 1ª.

INDIA 2ª.

DECORACIÓN: *Una pobre habitación que sirve de comedor y sala de recibo en la casa del Padre Cura. Puertas a derecha e izquierda y foro.*

DÍAZ (*que aparece sentado, tiene una pierna vendada; el Padre Cura se asoma a la puerta del foro*): Buen día, padre, buen día.

CURA: Buen día, mi querido huésped. ¿Cómo está usted? ¿Y, esa pierna? ¿Qué tal? ¿Qué tal?

DÍAZ: Pues, ya ve usted... ¡siempre rebelde!

CURA: Y, ¿si cambiásemos las vendas? ¿Qué le parece a usted?

DÍAZ: Como usted guste, padre.

CURA: Las cambiaremos ahora mismo, entonces, señor Díaz. ¿Dónde tiene usted las gasas y el algodón?

DÍAZ: Sobre una silla en mi alcoba, padre.

CURA: Un momentito, pues. (*Desaparece por lateral derecha*).

DÍAZ (*alzando la voz*): ¿Está todo?

CURA (*apareciendo por donde salió y trayendo lo indicado*): Sí, todo.

DÍAZ: Usted siempre molestándose, padre...

CURA (*observando que ya se ha desceñido la pierna*): Y usted desobedeciéndome siempre, ¿eh? ¿No le tengo dicho que no haga esfuerzos inútiles? Permítame... (*Descubriendo la herida*): ¡Ah, pero si ya está casi cicatrizada! En diez días más, usted va a poder correr y bailar, amigo mío...

DÍAZ (*dando un respingo*): ¿Todavía otros diez días? ¿Diez días más de inmovilidad?

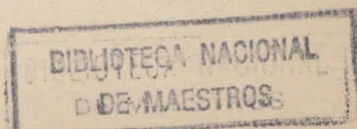
CURA: No se mueva usted así, criatura! ¿No ve que se descompone el vendaje? (*Pausa durante la cual trabaja con las vendas*): ¡Ea! ¡Ya está! ¿Lo siente usted? ¿Aprieta?

DÍAZ: No, gracias. Es usted todo un cirujano.

CURA: ¿Nada menos? (*Ríen*).

DÍAZ: ¿Acaso, no entiende usted algo de medicina y algo de cirugía?

CURA: Muy poco, señor Díaz.



DÍAZ: ¡Bah...! Convengo en que no es usted una lumbrera de la ciencia...

CURA: ¡Claro que no!

DÍAZ: Pero convenga usted conmigo en que es usted el más modesto y el más abnegado de los hombres.

CURA: Alto, señor mío: yo no soy sino un humilde siervo del Señor...

DÍAZ: Cállese usted, padre: ¿no me ha hospedado usted en su casa por caridad, sin conocerme y sin estar siquiera afiliado a mi partido, exponiéndose a sufrir las más graves consecuencias?

CURA: ¿Y no ha hecho lo mismo, con sus tres compañeros, el Alcalde?

DÍAZ: Sí, pero el Alcalde es unitario como nosotros, y usted no; usted ni siquiera sabe cuáles son mis convicciones religiosas y, sin embargo, me ha socorrido.

ALCALDE (*apareciendo en el foro*): Buenos días.

CURA: ¡Hola! ¿Ya está usted aquí?

DÍAZ: ¡Oh!, ¿qué tal, señor Alcalde?

ALCALDE: Tan bueno como siempre. ¿Y, nuestro herido? ¿Progresá?

CURA: Sí, señor. Ya puede usted ir preparando un baile, para que se luzca este joven. Pero, oiga usted: ¿qué novedades le traen tan temprano por aquí?

ALCALDE: ¿Temprano, le parece a usted? Pues ya llevo cinco horas de pie. Como que no he querido venir antes, para no alarmar a ustedes.

CURA: Pues, ¿qué pasa?

DÍAZ: Diga usted hombre...

ALCALDE: Pues, ¿qué ha de pasar, sino que se nos vienen encima los federales?

DÍAZ: ¡Diablo!

CURA: ¡Dios nos valga! (*Pausa*). Pero, ¿usted ya habrá dispuesto las cosas, eh?

ALCALDE (*riendo*): Sí, padre: he dado la voz a todos los vecinos y ya se inició la función. Además, a la entrada del pueblo, he puesto muchachos que avisarán en cuanto estén a la vista.

CURA: Pero, ¿cómo sabe usted que vienen hacia aquí?

ALCALDE: Anoche, mejor dicho, poco antes de amanecer, se me presentó Braulio, el arriero, ya sabe usted, ¿no? Y me advirtió que, a ocho leguas de aquí, ha hecho noche una partida al mando de un tal teniente Breñas.

DÍAZ: ¿Y mis compañeros?

ALCALDE: Salieron inmediatamente; Braulio los conduce a estas horas rumbo a Chile...

CURA: ¡Oh, Braulio los pondrá en salvo, no se preocupe usted! La cordillera no tiene secretos para él.

DÍAZ: ¿Han salido, dice usted? ¡Yo me niego a creer que hayan consentido en abandonarme, inválido como estoy, a merced de nuestros enemigos!

ALCALDE: Señor Díaz: sus compañeros confían en que, el señor Cura y yo, sabremos velar por usted.

DÍAZ: ¡Oh, gracias, gracias! Pero, ¿cómo podrían ustedes ocultarme? Los federales no dejarán rincón sin registrar. Puedo considerarme perdido; irremisiblemente perdido: mi cabeza será clavada en una pica en medio de la plaza, como lo fueron las de Cubas y sus tres ministros, en la capital de la provincia.

ALCALDE: No hable usted así, hombre. Nosotros sabremos burlar a la enfurecida soldadesca de Maza. ¿Verdad, señor Cura?

CURA: Así lo espero con la ayuda de Dios.

DÍAZ: ¿Cómo?

CURA: Usted comprenderá, que todos esperábamos esta visita de un momento a otro y, en consecuencia, hemos aleccionado al vecindario. Por eso decía el señor Alcalde, hace poco, que ya ha empezado la función.

DÍAZ: ¿Qué función?

CURA: Cumpliendo con nuestras instrucciones todos los indios y sus criaturas están ahora en cama, muy bien arropados, como va a estar usted, en seguida, si desea salvarse.

DÍAZ: Y, ¿para qué he de acostarme?

CURA: Pues, porque vamos a simular que el pueblo entero está bajo el flagelo de la peste.

ALCALDE: De la viruela negra, nada menos.

CURA: A estas horas se queman yuyos y azufre en todas las casas para desinfectar el ambiente.

DÍAZ: Y, ¿qué conseguiremos con todo eso?

CURA: ¿No comprende usted, hombre de Dios, que la partida huirá ante la amenaza del terrible contagio?

ALCALDE: Figúrese usted. Los federales no temerán a los unitarios, pero, unos y otros, tememos a la peste que, cuando no mata, desfigura... Bien. Yo los dejo, porque debo cuidar que el simulacro sea tan espantoso como la misma realidad.

CURA: Vaya, vaya usted que yo prepararé aquí todo lo necesario. Ya sabe usted. En cuanto entre en el pueblo la partida, que me lo echen para acá al tenientillo ese, diciéndole, por ejemplo, que lo tengo a usted de visita, y, luego, me envía unos cuantos indios con noticias espeluznantes... ¡Ah!, y hay que sahumar el pueblo entero hasta que la atmósfera esté espesa, irrespirable...

ALCALDE: De acuerdo... Hasta luego, señores. (*Desaparece por el foro*).

CURA: Hasta luego, amigo.

DÍAZ: Hasta luego.

CURA: Y, ahora, a disponerlo todo.

DÍAZ: Temo mucho que este simulacro, tan bien tramado, no resulte, padre, y que, por salvarme, se vean usted y el señor Alcalde en un grave aprieto...

CURA: Déjeme hacer a mí, señor Díaz. La astucia podrá más que la fuerza esta vez. Esos soldadotes federales, suelen ser de una ignorancia sin nombre y huirán desatentados ante tamaño peligro... Ellos pelean contra los hombres, pero no contra las pestes... Póngase usted en mis manos y yo haré lo demás...

DÍAZ: ¡Sea!

CURA: Quemaremos en su alcoba este manojo de hierbas secas. (*Las saca del cajón de un mueble*). Ya ve usted que todo lo teníamos previsto.

DÍAZ: En efecto.

CURA: Pronto estará llena de humo. Y, cuando sepamos que llegan esos señores, usted se pone en cama, lo arropo yo hasta los ojos, y se queda usted muy tranquilo, esperando que yo me las entienda con las visitas. Le aseguro a usted que, en un santiamén, despacho yo al tenientillo ese... (*Se introduce en la alcoba que está a la derecha y sale casi en seguida*).

DÍAZ: Lo despacha usted o nos despacha él para el otro mundo, como dice el Coronel Maza.

CURA (*por una columna de humo, que sale por la puerta de la derecha*): Vea usted. Ya está preparada la función, como dice nuestro amigo el señor Alcalde. Pues, volviendo a lo que decíamos, yo creo que usted está aquí en completa seguridad... Primero, que no se le ocurrirá nunca al Teniente que yo pueda tenerlo a usted aquí... y, segundo, que el miedo no le permitirá entrar en averiguaciones.

DÍAZ: ¡Ojalá! ¡Ojalá!

CURA: A estas horas, por el pueblo entero, se está esparciendo este olorcillo que...

INDIO 1º (*apareciendo en el foro*): ¡Señor Cura! ¡Padre! ¡Vienen! ¡Vienen!

CURA: Listo, señor Díaz... ¡Métase usted en cama, que ya voy yo a arroparlo hasta las orejas! (*Díaz des-*

aparece por la derecha; al indio): Y tú corre, y recuérdale a todos que estamos jugándonos la vida, porque si los que vienen descubren que hemos ayudado a los unitarios, degollarán a hombres, mujeres y niños sin compasión... Y se llevarán todo lo que encuentren a mano... (*El indio desaparece*). ¿Está usted, señor Díaz?

LA VOZ DE DÍAZ: Sí, padre.

CURA (*entrando a la alcoba para reaparecer casi inmediatamente*): No se mueva usted, ¿eh? Quédese así, bien envuelto, aunque le molesten las cobijas y el humo...

LA VOZ DE DÍAZ: Muy bien, padre.

CURA: Ahora, yo me siento aquí, repasando un libro. (*Pausa*).

LA VOZ DEL TENIENTE: ¡Eh! ¿No hay nadie aquí?

CURA (*adelantándose a recibirlo por el foro*): ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Oh, señor Teniente, buen día! Pase usted. ¡Hágame el favor!

TENIENTE (*apareciendo en la puerta del foro*): Buen día. Dígame: ¿no está aquí el Alcalde de este pueblo?

CURA: ¿El Alcalde, señor Teniente? Precisamente, lo estoy esperando... De un momento a otro llegará...

TENIENTE: Me dicen que aquí hay algunos salvajes unitarios...

CURA: ¿Aquí? ¡Oh, no!, señor Teniente: aquí somos todos buenos federales, yo puedo asegurárselo.

TENIENTE: No me ha entendido usted: digo que aquí hay algunos escondidos.

CURA: Pero, ¿qué va a haber, señor Teniente?... Los habríamos denunciado en seguida. Además, todos estamos como para pensar en eso.

TENIENTE: Y, ¿por qué no?

CURA: Porque tenemos muchísimo trabajo...

TENIENTE: ¿Trabajo, aquí? Todavía no he visto a nadie matarse trabajando en estas condenadas covachas de indios...

CURA: Sin embargo...

TENIENTE: Dejémonos de charlas: Mientras llega el señor Alcalde vamos a revisar esta casa... No es que yo desconfíe, pero es bueno asegurarse...

CURA: Muy justo, señor Teniente... Empecemos por aquí, si gusta. (*Le indica la derecha*). Es mi alcoba, y comunica con la sacristía. ¿Quiere pasar? (*Abre la puerta y sale una gran humareda*). Sólo que le ruego que no moleste al enfermo...

TENIENTE: ¡Ajá! ¿Con que tiene usted un enfermo en casa?

CURA: Sí, señor Teniente: es un pobrecito que ayer se quedó viudo, y he tenido que cederle mi cama para quemar la que él tenía.

TENIENTE: Y, ¿por qué?

INDIA 1ª (*en el foro*): Señor Cura...

CURA: Con permiso, señor Teniente... (*a la india*): ¿Qué hay? ¿Qué te sucede?

INDIA 1ª: ¡Ay, padre, ya se acabó el pobrecito...!

CURA: ¡Dios lo acoja!... Pero, dime: ¿le hiciste los remedios que te aconsejé?

INDIA 1ª: Todos, padre, todos... ¡Ha sido inútil!... (*Llora desconsoladamente*).

CURA: ¡Vamos!... ¡Hay que conformarse, hijita!... ¡Dios lo tendrá en su gloria al pobrecito...! (*A India 2ª que aparece llorosa*): ¿Y, tú? ¿Qué novedades traes?

INDIA 2ª: ¡Ah!, padre: que ahora se enfermó mi hermana...

CURA (*alarmado*): ¡Santo Dios...! Y, ahora, ¿tienes tres en cama?

INDIO 1º (*en el foro*): Señor Cura: ¡venga en seguida a mi casa!... Mi padre está peor. Ya ni hablar puede... y mi chico también cayó...

CURA: ¡Dios misericordioso...! Volveos todos, en seguida, a vuestras casas, que yo iré en cuanto haya atendido al señor Teniente. Entre tanto, sigan con los jaraques y los sahumeros... Ya veré, después, lo que convenga en cada caso... Id. Id con Dios... y tened mucho cuidado vosotros...

LAS VOCES DE LOS INDIOS (*que se retiran*): ¡Ay!... ¡Dios se lo pague!... Dios se lo tenga en cuenta, padre!... ¡Muchas gracias!... ¡Hasta luego!... ¡No tarde, padre!...

CURA: ¡Id con Dios, hijos...! (*Yendo hacia el Teniente*): Discúlpeme usted, señor Teniente... En estas regiones tan apartadas, se recurre al Cura, en todos los casos, en fin...

TENIENTE: ¡Hum...! Y, dígame usted, padre: ¿siempre hay tantos enfermos aquí?

CURA: ¡Ah, no, señor, por temporadas!...

TENIENTE: Y, ¿qué enfermedad hay ahora?

CURA: De todo... De todo... ¿Quiere pasar, entonces? Por aquí, señor Teniente. (*Vuelve a abrir la puerta y otra espesa nube de humo entra en escena*).

TENIENTE (*tosiendo lo mismo que el Cura*): ¿Qué es esto? ¿Qué queman, aquí?

CURA: Son yuyos: yuyos para purificar el aire... Toda precaución es poca cuando la peste cunde...

TENIENTE (*asomándose a la derecha*): Pero, ¿qué tiene ese hombre?

CURA: Entre, señor Teniente, véalo usted mismo...

TENIENTE: No, no... Dígame qué tiene. ¿Acaso es una enfermedad contagiosa?

CURA: Sí, señor Teniente: Viruela negra. Lo atacó anoche recién.

TENIENTE (*que da un salto atrás*): ¡Eh! ¿Qué dice usted?

CURA: Viruela; viruela negra... No parece muy maligna, sin embargo... El hombre es fuerte... Pase... Vea... Entre... Acérquese... Hágame el favor, señor Teniente...

TENIENTE: ¡Cierre! ¡Cierre de una vez hombre!

CURA (*obedeciendo*): ¡Como usted guste, señor Teniente, como usted guste!...

TENIENTE: Y, ¿los demás tienen lo mismo?

CURA: Es decir, yo creo que este pobrecito salvará: ya le digo, es hombre robusto. Hay otros que están peor, mucho peor... Claro... gente pobre, mal alimentada, mal atendida... La epidemia cunde que es un horror: ya verá usted. Con el Alcalde, visitaremos la población, y usted podrá hacerse una idea... Con decirle a usted que ayer enterramos a seis... Ahora, hay más de treinta en cama... Y cada día habrá más atacados...

TENIENTE: ¡Ah, pero esto no tiene nombre! ¿Por qué no me lo dijo usted antes, so bárbaro?

CURA: Por no alarmarlo, señor. Por no alarmarlo inútilmente.

TENIENTE: ¿Cómo inútilmente? ¿Acaso no sabe usted que nos expone a un contagio? Vea qué riesgo nos ha hecho correr...

CURA: Disculpe: señor Teniente. Como yo los cuido a todos, y estoy siempre en contacto con los enfermos, y todavía no me he contagiado, pensé que, una permanencia tan corta como la de ustedes, no podía ser peligrosa...

TENIENTE: Por lo pronto, no se me acerque. Yo me largo de aquí en seguida con toda mi gente... *(Se dirige al foro en donde aparece el Alcalde).*

ALCALDE: Señor Cura: ¡Han muerto dos más! El... ¡Ah, perdone usted, señor Teniente!

TENIENTE: ¡Atrás!... ¡Atrás!... ¡No se me acerque usted!...

CURA: Es el señor Alcalde...

ALCALDE: Soy el Alcalde, y vengo a ponerme a sus órdenes, señor Teniente...

TENIENTE: No tengo órdenes para usted... ¡No se me acerque, le digo!...

ALCALDE: ¡Bien!

TENIENTE (*desapareciendo por el foro*): Esto no es un pueblo: ¡esto es un infierno!... ¡Adiós!

CURA: Hasta la vista, señor Teniente.

ALCALDE: Hasta otra vez, señor Teniente.

LA VOZ DEL TENIENTE: Reuna a los hombres, sargento... A caballo... ¡Síguenme!

CURA (*riendo*): ¡Véalo cómo corre!

ALCALDE: ¡Huye de la viruela negra!

CURA: Señor Díaz: venga usted que todavía alcanza a verlo...

DÍAZ (*asomándose también al foro*): ¡Buen viaje!... (*Todos ríen*).

ALCALDE: Ya se pierde la nube de polvo que levantan.

DÍAZ (*palmeando al Cura*): ¡Es usted un verdadero diablo, padre!

CURA (*escandalizado*): ¿Qué dice usted?

DÍAZ: He querido decir que es usted un verdadero ángel, padre. (*Grandes risas*).

TELON

La visita del muerto

PERSONAJES

GENERAL JUAN LAVALLE.

CAPITÁN MONTES.

ROBERTO MONTES, *su hermano.*

CAPITÁN PEDRO ECHAGÜE.

UN PEÓN.

CUADRO PRIMERO (año 1830)

DECORACIÓN: *Sala en la estancia que posee el Capitán Montes en la Provincia de Buenos Aires. Muebles antiguos de lujosa apariencia. Panoplias; grandes cuadros; candelabros, etc. Puertas a izquierda y derecha. Es de noche.*

CAPITÁN MONTES (*en escena con Roberto*): ¿Dispusiste alojamiento para todos?

ROBERTO: Les destiné a los oficiales las habitaciones del frente.

CAP. MONTES: ¿Cuántos oficiales son?

ROBERTO: Dos capitanes y un teniente.

CAP. MONTES: Y el jefe, ¿de qué graduación es?

ROBERTO: General, nada menos, aunque apenas aparenta treinta años. En seguida vendrá a saludarte.

CAP. MONTES: Muy bien. (*Pausa*). Pero, oye: ¿no has averiguado sus nombres?

ROBERTO: Me han hecho entender que desean reservarlos.

CAP. MONTES: Son unitarios, ¿no?

ROBERTO: Huyen, luego son unitarios. (*Ríen*).

CAP. MONTES: ¿Pusiste la casa a su disposición?

ROBERTO: Enteramente. (*Asomándose a lateral derecha*): ¡Ah, el jefe! Adelante, general.

GRAL. LAVALLE: Muy buenas noches.

CAP. MONTES: Muy buenas noches, general. (*Pausa*).

GRAL. LAVALLE (*riendo*): Tan cambiado estoy, ¿que no me reconocen ya mis viejos amigos?

CAP. MONTES: ¡Oh, Lavalle!, ¿eres tú?

GRAL. LAVALLE: ¡Mi querido Montes! (*Se abrazan*).

CAP. MONTES: ¡Qué sorpresa tan grande!...

GRAL. LAVALLE: Cuando me dijeron el nombre del dueño de la estancia, volvieron a mi memoria los grandes momentos de nuestra imperecedera amistad... pero, no quise descubrirme ni aun ante el señor, para gozar más de tu sorpresa. (*Ha señalado a Roberto*).

CAP. MONTES: Te presento a mi hermano Roberto, que te quiere tanto como yo.

ROBERTO (*estrechando la mano que le ofrece Lavalle*): Mi hermano me ha enseñado a ver en usted, general, al más querido y al más glorioso de sus antiguos compañeros de armas...

CAP. MONTES: Es decir, nada más que lo que eres...

GRAL. LAVALLE: ¡Vamos!... Veo que eres el mismo noble y apasionado espíritu de siempre, querido Montes... (*Pausa*). En mi eterno vagar a través de la América toda, vadeando ríos inmensos, escalando gigantescas montañas, cuántas veces he deseado tenerte cerca de mí, como en los grandes tiempos de la revolución, ¿te acuerdas?

CAP. MONTES: Sí, juntos estuvimos con San Martín en Chacabuco, con Arenales en el Cerro de Pasco...

GRAL. LAVALLE: Y con Alvear en Ituzaingó...

ROBERTO: Yo los dejo, entregados al recuerdo, para ir a atender a los señores oficiales. Con su permiso, general.

GRAL. LAVALLE: Es suyo, señor.

CAP. MONTES: Ve, Roberto, cumple por mí con esos señores. Ya nos reuniremos con ustedes en el comedor.

ROBERTO: Hasta luego, pues. (*Desaparece por derecha*).

GRAL. LAVALLE: Hasta luego, amigo.

CAP. MONTES: Siéntate aquí, Lavalle. (*Pausa*). ¿Quién había de pensar, hace una hora, que íbamos a encontrarnos después de tan larga separación... ¡Qué lejanas están ya, para mí, las batallas, las cargas impetuosas, la embriaguez de los triunfos!...

GRAL. LAVALLE: Para ti, ¿dices? ¿Y por qué no, para mí también?

CAP. MONTES: Porque yo, me he oscurecido para siempre, lejos de toda lucha, y tú, en cambio, has seguido la suerte inquieta de las armas... Tu nombre llena aún el país entero...

GRAL. LAVALLE: Sí, unos me ensalzan y otros me denigran: ¡ya no soy el mismo que luchó en Río Bamba...!

CAP. MONTES: No hables así. Tú serás siempre el primero, entre los diecinueve generales y los doscientos oficiales que salimos de las filas de los granaderos a caballo.

GRAL. LAVALLE: Calla. Sé bien que no lo soy, desde la muerte de Dorrego... ¡y tú también lo sabes!

CAP. MONTES: ¡Vaya! ¡No hablemos de eso!

GRAL. LAVALLE: Es que yo quiero que sepas que aun tengo sobre mi corazón la vida de Dorrego. Al fusilarlo, creí hacer un bien al pueblo de Buenos Aires y fué ése el mayor sacrificio que pude hacer en su obsequio, pero, ahora, comprendo que fué un crimen... (*Queda abatido*).

CAP. MONTES: ¡Serénate!: pues, como dijiste en tu célebre parte, la historia juzgará imparcialmente si Dorrego debió o no morir y, en todo caso, amigo mío, alguna responsabilidad caerá sobre los que entonces te aconsejaron.

GRAL. LAVALLE: No, porque yo jamás revelaré sus nombres.

CAP. MONTES: Por mi parte, querido Lavalle, conozco no sólo las firmas sino también el texto de las cartas que recibiste aquel día...

GRAL. LAVALLE: ¿Es posible?

CAP. MONTES: No decía así, la frase final de una de ellas ¿« Cartas como ésta se queman »?

GRAL. LAVALLE: Sí, y no comprendo por qué conducto puedes...

CAP. MONTES: Juan Cruz Varela y el Doctor del Carril no tienen secretos para mí. Pero, en fin, si cometiste un pecado, ya lo purgas sacrificándote por la justicia. (*El Gral. Lavalle ha escondido la cara entre las manos*). Vamos: ¿No sabes que yo creo en el arrepentimiento de los mártires y en el llanto de los bravos? (*Le ha puesto una mano en el hombro y le tiende la derecha*).

GRAL. LAVALLE (*estrechándola conmovido*): ¡Gracias, Montes! (*Pausa*).

CAP. MONTES: ¿Te acuerdas de Río Bamba? (*Lavalle suspira*). ¿Cómo arrollamos a las mejores tropas españolas, metiéndolas, a sablazos, bajo los fuegos de la infantería? ¡Eramos uno contra cinco! ¡Ah, en aquella jornada, hasta los mismos godos, reconocieron que eras el « león de las batallas »!

GRAL. LAVALLE: ¡Qué vida aquella! ¡Qué jóvenes éramos! ¡Cuán llenos de ilusiones! ¡Cómo se sucedían tristezas y alegrías! ¡Triunfos y contrastes!

CAP. MONTES: ¡Pero, para ti, los contrastes eran como el viento sobre la llama! ¿Recuerdas cuando Alvear te suspendió en el mando, después de Ituzaingó, para darte el generalato horas después?

GRAL. LAVALLE: Y, aunque, desde entonces, han pasado sólo cuatro años, ¡yo juraría que ha transcurrido medio

siglo! Mírame: con poco más de treinta años ya soy viejo, no en años sino en experiencia, fatigas, dolores y desengaños. Desde aquellos días, llenos de ilusiones, he ido perdiendo todo, menos la fe en la libertad y el valor para seguir luchando. Y, aun así, hay momentos en que, cansado, me detengo a preguntarme: «¿Para qué? ¿Para qué tanta sangre, sinsabores, tristezas y miserias? ¿Para qué?» Felizmente, rara vez tengo tiempo para detenerme a pensar, y no me desaliento con frecuencia (*Pausa*). ¡Bah...! Creo que no he de morir sin ver a mi patria libre, unida y grande.

CAP. MONTES: Por lo menos no morirás sin haber hecho cuanto está en tu mano para conseguir ese fin grandioso. Y, a propósito, Lavalle, ¿recuerdas que, una vez, nos comprometimos, si la vida llegara a separarnos, a que aquel de nosotros que muriera primero, avisase al sobreviviente?

GRAL. LAVALLE: ¡Oh, siempre lo recuerdo: y, por mi parte, pienso cumplir!

CAP. MONTES: Pues yo, en el retiro de la estancia, he terminado por no creer en aparecidos, pero, de todos modos, te ruego que no te me aparezcas en ninguna forma espantosa, ¿eh? (*Ríen*).

GRAL. LAVALLE: No tengas cuidado, pero vive seguro de que te visitaré, ¡después de muerto! (*Montes se ríe*). ¿Qué?, ¿te ríes? ¿No te parecía imposible este encuentro, hace una hora? Pues, aunque te parezca imposible ese otro encuentro (*solemnemente*): ¡Yo te prometo que he de visitarte después de muerto!

CAP. MONTES (*entristecido*): Puede también que yo muera primero y yo, con más razón, debo avisarte.

GRAL. LAVALLE: ¿Por qué con más razón?

CAP. MONTES: Porque, si murieras tú, que llenas el país con tu fama, yo lo sabría inmediatamente, mientras que la muerte de un modesto desconocido, como yo, bien puede pasar unos años sin que llegue nunca a tus oídos. Pero... basta ya de conversaciones tristes. En medio de mi vida retirada, he seguido atentamente las mil peripecias de la tuya y verte, una vez más, ha sido siempre mi mayor deseo. Hoy, que ese deseo se cumple, no quiero amargarme el placer con tonterías... Vamos al comedor, que ya es tiempo de que haga los honores de la casa a tus compañeros. (*Se dirigen hacia la derecha*). Dime, ¿conozco yo a alguno?

TELON

CUADRO SEGUNDO (año 1841)

DECORACIÓN: *Patio de una casa de campo cuya galería ocupa la parte derecha de la escena. Al foro e izquierda algunos árboles. A lo lejos perspectiva de nevadas montañas. Va oscureciendo.*

ROBERTO (*apoyado en la baranda de la galería aparece con Mauro que está en medio de la escena trenzando un lazo. Se oyen algunas detonaciones aisladas y lejanas*): ¿Oyes? Parece que mi hermano levanta hoy toda la caza de Humahuaca...

MAURO: Sí, porque el patrón no falla tiro.

ROBERTO: No cabe duda: es un buen tirador.

MAURO: Y... de algo tenía que servirle haber hecho tantas campañas...

ROBERTO: Sin embargo, las charreteras de Capitán las ganó peleando a sablazos y no a tiros. (*Pausa*). ¿Qué estás trenzando?

MAURO: Un lazo que me ha pedido el patrón... (*Estalla más cercano que antes un recio fuego de fusilería*). ¡Diablo! (*Deja el trenzado*).

ROBERTO (*corriendo hacia el centro de la escena*): Pero... ¿qué significa esto?

MAURO: Es un verdadero combate, Don Roberto.

ROBERTO: Con tal que mi hermano no corra peligro...

MAURO (*que se ha encaramado a la baranda de la galería*): Señor, señor: por la huella bajan cuatro jinetes... ¡Vea...! ¡Vea...!

ROBERTO (*encaramándose también*): Vienen hacia aquí.

MAURO: Traen un caballo de tiro...

ROBERTO: Sí, lo veo: es...

MAURO: ¡Ah, es un carguero!

ROBERTO: Los estampidos parecen más lejanos ahora... Sin duda éstos huyen y ganan distancia, mientras otros compañeros les guardan las espaldas conteniendo al enemigo.

MAURO: Sí, porque ya casi no se oyen los tiros.

ROBERTO: Sin embargo, no estoy tranquilo.

MAURO: Vea, señor: uno de los jinetes se ha adelantado a los otros, y viene hacia las «casas» al galope... ¡No correremos peligro?

ROBERTO: Se me ocurre que no, porque éstos han de ser unitarios perseguidos por las tropas de Oribe, pero, como no está demás precaverse, tráete los fusiles. (*Mauro desaparece en el interior de la casa*). ¡Oye!

LA VOZ DE MAURO: ¡Señor?

ROBERTO: ¡Trae también varias cargas!

MAURO (*apareciendo segundos después, alcanza un fusil a Roberto y mientras carga el suyo*): ¡Sírvase, Don Roberto!

ROBERTO: Bien. Aquí llega ya nuestro hombre. Agazápate en la galería y, ya sabes, a la primera violencia: ¡Fuego!

MAURO (*escondiéndose*): Sí, señor.

ROBERTO: Si hay que resistir nos ganaremos en la casa, ¿eh?

MAURO: Pierda cuidado, señor, que yo me encargo de abrasarle los sesos del primer tiro si es necesario.

ROBERTO: Atención: ha hecho alto.

MAURO: Mire, señor: traen un herido atravesado sobre el lomo del caballo.

ROBERTO: ¡Cierto!

LA VOZ DEL CAP. ECHAGÜE: ¡Eh, de la casa!

ROBERTO: ¡Quién va?

LA VOZ DEL CAP. ECHAGÜE: Amigos del Capitán Montes.

ROBERTO: Bájese, pues. (*Pausa; a Mauro*): Ya sabes: no te descuides con éste.

MAURO: No, señor.

CAP. ECHAGÜE (*por izquierda*): Buenas tardes, señor.

ROBERTO: Muy buenas.

CAP. ECHAGÜE: ¿Tengo el honor de hablar con el Capitán Montes, no es eso?

ROBERTO: No, señor. El Capitán Montes no está en las casas.

CAP. ECHAGÜE: ¿Con quién tengo el gusto de hablar, pues?

ROBERTO: Con Roberto Montes, señor. Mi hermano está cazando en la sierra.

CAP. ECHAGÜE: ¡Ah, muy bien! Yo soy el Capitán Pedro Echagüe, señor.

ROBERTO: ¿Cómo? ¿El fiel amigo de Lavalle? (*Dejando el arma*): ¡Oh, disculpe usted!

CAP. ECHAGÜE: No faltaba más, señor.

ROBERTO (*a Mauro*): Oye, Mauro.

MAURO (*saliendo de su escondite*): ¿Señor?

ROBERTO: Corre en busca del patrón: dile que esta noche tenemos huéspedes unitarios. ¡Vuela! (*Mauro desaparece precipitadamente por el foro*).

CAP. ECHAGÜE (*señalando hacia la izquierda por donde se supone que se aproxima la caravana*): ¿Cree usted que el Capitán Montes tendrá inconveniente en dar asilo

en su casa a este grupo de soldados que, « fieles hasta más allá de la muerte », conducen a Bolivia el cadáver de su infortunado jefe?

ROBERTO: ¿Qué dice usted?

CAP. ECHAGÜE: ¿Cómo? ¿No ha llegado a este rincón de la quebrada, la noticia de la muerte del General Lavalle?

ROBERTO (*sorprendido*): ¿Ha muerto Lavalle?

CAP. ECHAGÜE: Cayó en Jujuy, hace una semana. Vea usted su cadáver envuelto aun en el poncho de Pederneira... A toda costa hemos de evitar que caigan en poder de la soldadesca de Rosas esos sagrados despojos.

ROBERTO: Pero, dígame usted: ¿Cómo ha podido ocurrir?

CAP. ECHAGÜE: Como ocurren todas las obras de la fatalidad, amigo mío. Para él, que desde su juventud se dedicó al arma de los entreveros y alguna vez rodó entre las bayonetas enemigas, saliendo ileso; para él que vivía entre el estampido del cañón, el bote de las lanzas y el choque de los sables, guardaba el acaso una bala perdida, que le hirió mortalmente en la garganta...

ROBERTO (*muy emocionado*): ¿Qué inmensa desgracia!

CAP. ECHAGÜE: Nos hospedábamos hace siete días en casa de Zenavilla. A la madrugada oímos un tropel en la calle. El centinela cerró la puerta y los montoneros, pasando al galope, descargaron las armas sobre ella, en el preciso instante en que el General se dirigía al zaguán para averiguar lo que ocurría. ¡Y cayó muerto!

ROBERTO: ¡Muerto! ¡Muerto!

CAP. ECHAGÜE: Nosotros lo sacamos de allí para evitar que lo profanase el enemigo.

ROBERTO: ¡Qué muerte más tonta, amigo mío!

CAP. ECHAGÜE: Había jurado derrocar al tirano o morir en la demanda, y cumplió.

ROBERTO: Murió sin ver el triunfo de su idea, Capitán.

CAP. ECHAGÜE: Pero su idea sobrevivirá y triunfará al fin.

ROBERTO: ¡Oh!, mire usted. Aquí llega mi hermano.

CAP. MONTES (*por el foro seguido de Mauro; con gran animación*): Buenas tardes, Capitán Echagüe. (*Le tiende la mano*).

CAP. ECHAGÜE: Muy buenas, Capitán Montes.

CAP. MONTES: ¿Con que es cierto que tengo la honra y la alegría de alojar unitarios en mi casa? (*Viendo la caravana que se adelanta por la izquierda*): Pero, cómo: ¿traen ustedes un herido?

CAP. ECHAGÜE: ¡Es, un muerto, señor!

CAP. MONTES: ¿Quién es el muerto?

CAP. ECHAGÜE: ¡El General Lavalle!

CAP. MONTES: ¿Lavalle? ¿Lavalle ha muerto? (*Señal afirmativa del Cap. Echagüe y Roberto*). ¡Desgraciado amigo!

CAP. ECHAGÜE: Para que su cadáver no sea profanado, vamos en peregrinación hacia Bolivia..

CAP. MONTES (*dirigiéndose hacia la izquierda*): ¡Oh, Lavalle: cumpliste tu promesa de visitarme muerto!

TELON

El patrón de la ballenera

PERSONAJES

AMALIA.

MR. JAMES ANDREWS.

RÍOS.

VALDÉS.

UN MARINERO.

DECORACIÓN: *En la playa. En último término un bote encallado en la arena. Alcanza a divisarse una ballenera anclada a alguna distancia, río adentro.*

RÍOS (*entrando en escena con Valdés por izquierda*): Esperémoslo aquí. No tardará en presentarse... Es hombre muy atento y se merece todo el prestigio que goza entre nosotros.

VALDÉS: Sí, pero, ¿crees que los federales no lo han señalado ya como sospechoso?

RÍOS: ¡Bah...! No lo pescarán nunca... Pasa ante la policía de las costas con la misma tranquilidad con que capea los temporales su « Lucy ».

VALDÉS: ¿Y, es muy velera la « Lucy »?

RÍOS: ¡La «Lucy»? ¡Si es la más velera de cuantas navegan en el Río de la Plata, amigo! Por eso todos los argentinos que huyen de la «Mazorca» acuden a Mr. Andrews, que es un hombre de honor a carta cabal, incapaz de traicionar a nadie, sea cual sea el peligro que lo amenace.

VALDÉS: ¡Así serán también sus ganancias, eh?

RÍOS: ¡Ah, claro!: las libras esterlinas y las onzas de oro no caen en su bolsillo de una en una, sino en cantidades respetables. Yo, por mi parte, le pago cinco onzas cada vez que lo utilizo para pasar a Montevideo. Con que, ya ves...

VALDÉS: Pues, ¡no es poco productivo el negocio!

RÍOS: Tampoco son despreciables los riesgos, Valdés. Pero, míralo: allí viene. Siempre con su pipa.

VALDÉS: ¡Es todo un lobo marino tu Mr. Andrews!

RÍOS: Pero no un lobo marino de las estampas, sino un verdadero pescador de Escocia.

VALDÉS: ¡Ah!, ¿es escocés?

RÍOS: De pura cepa. Esa ancha cara colorada, donde lucen con claridad constante los ojos grises, esa espesa y revuelta cabellera rubia, y esas manos enormes y velludas, te lo dicen, ¿verdad?

MR. ANDREWS (*por derecha*): Buenas tardes, señores.

RÍOS: Buenas tardes.

VALDÉS: Muy buenas.

MR. ANDREWS: Acabo de recibir su aviso, señor Ríos. ¿En qué puedo servirlo?

RÍOS: El señor Valdés, mi amigo, desea utilizar su ballenera, Don Santiago.

MR. ANDREWS: ¿Cuándo?

VALDÉS: Hoy mismo, Capitán.

MR. ANDREWS: Ha elegido mal día, entonces, señor. Hoy no salgo porque se casa mi hija.

VALDÉS: ¿Precisamente hoy?

RÍOS: ¡Bah!, por eso no dejará usted de hacer el viaje, ¿eh?

MR. ANDREWS: No puedo complacerlos, señores. Si ustedes me hubiesen prevenido con tiempo...

VALDÉS: Ha sido resolución de última hora. Necesito cerrar un negocio en el Uruguay...

RÍOS: Supongo que se podrá aplazar ese casamiento, Don Santiago...

MR. ANDREWS: ¡Qué esperanza!... No es posible. El sacerdote ha sido prevenido y hay muchos invitados que se han costeadado de puntos muy distantes. No puedo plantarlos.

VALDÉS: Yo no hago cuestión de precio, Capitán. El precio de costumbre son cinco onzas, ¿verdad? Pues bien, ¿si dijéramos diez, esta vez?

MR. ANDREWS: No aceptaría tampoco, señor.

VALDÉS: Quince, entonces.

MR. ANDREWS: Es inútil, señor: hoy no iré.

RÍOS: Pero, hombre, ¿acaso son nada quince onzas?

MR. ANDREWS: Hacen una linda suma, pero hoy no voy... ¡O corre usted peligro?

VALDÉS: ¡Peligro? No. O, por lo menos, no más que de costumbre.

MR. ANDREWS: Entonces, no hablemos más y ya tendré el gusto de servirlo cualquier noche de éstas.

VALDÉS: ¡Vaya! ¡Vaya!...

RÍOS: Nos ha fastidiado usted, Don Santiago.

VALDÉS: ¡Si dijéramos veinte onzas, Capitán?

MR. ANDREWS (*muy expresivo*): ¡Tampoco, señor!

RÍOS: Asunto terminado. Adiós.

VALDÉS: Hasta otro momento, entonces.

MR. ANDREWS: Adiós, señores. (*Se queda mirándolos desaparecer por la izquierda*).

RÍOS: Lo que es esta vez... (*Desaparece*).

MARINERO (*que viene por izquierda un segundo después, trayendo una red*): Aquí está, patrón.

MR. ANDREWS: Echala en el bote.

MARINERO (*obedece y señalando a los señores Ríos y Valdés*): ¡Sabe que esos caballeros no se van muy contentos, patrón?

MR. ANDREWS: ¡Bah...! Las aflicciones de unos suelen ser satisfacciones de otros.

MARINERO: El señor Ríos, que tanto lo estima a usted, va echando pestes...

MR. ANDREWS: Déjalo, hombre: El señor Ríos, es como todos vosotros los argentinos.

MARINERO: Y, ¿cómo somos los argentinos?

MR. ANDREWS: Todos sois lo mismo: os ponéis siempre en los extremos. Ahí tienes tú a los dos partidos políticos que están destrozando al país. Cada cual es para su adversario: salvaje, asesino, cobarde...

MARINERO (*apasionadamente*): ¡Y, me va a negar usted que son cobardes, viles, ruines, criminales y traidores todos los federales sin excepción?

MR. ANDREWS (*riendo*): ¡Vaya!... No puedes negar que eres argentino...

MARINERO: ¡Y unitario, patrón! Porque si no lo fuese no me hubiera enrolado con usted.

MR. ANDREWS: Pero, en fin, ¿qué me importa a mí de todo eso?

MARINERO: Le importa mucho, patrón...

MR. ANDREWS: Di más bien, que le importa a mi bolsillo...

AMALIA (*apareciendo por derecha*): Buenas tardes.

MR. ANDREWS: Buenas.

MARINERO: Muy buenas tardes, señorita.

AMALIA: ¿Usted es el patrón de la ballenera « Lucy »?

MR. ANDREWS: Sí, señorita. ¿Qué desea de mí?

AMALIA (*señalando al Marinero*): No sé si debo...

MR. ANDREWS (*al Marinero*): ¡Lárgate...! (*El Marinero desaparece por derecha volviendo la cabeza varias veces*). Estoy a sus órdenes, señorita.

AMALIA: Usted lleva pasajeros a Montevideo, ¿verdad?

MR. ANDREWS: A Montevideo y a otras partes...

AMALIA: Quiero decir que los más irán a Montevideo, ¿no?

MR. ANDREWS: Así es.

AMALIA: Señor: una persona está en peligro, en un gran peligro. Si no huye esta noche, no verá el sol mañana. Es pobre y no puede pagar el pasaje. Me hablaron de usted, me dijeron que era muy bueno y yo pensé que... que...

MR. ANDREWS: ¿Que lo llevaría de balde, eh?...

AMALIA: ¡Oh, no, señor! Yo soy bordadora y trabajo mucho. Le daré cuanto gane; le iré pagando poco a poco el pasaje, todo; aunque me cobre mucho, sí, aunque me cobre una onza de oro. ¿No acepta, señor?

MR. ANDREWS: Hoy, no, señorita.

AMALIA: Pero si mañana será tarde, señor. Yo sé que la « Mazorca » lo buscará esta noche.

MR. ANDREWS: Hable, entonces, con otros marinos... Hay muchos por ahí...

AMALIA: Todos quieren el dinero adelantado, señor... Dicen que, una vez en salvo los fugitivos, sus deudos no se acuerdan de pagar.

MR. ANDREWS: No dejan de tener razón.

AMALIA: Pero yo le pagaré, aunque tenga que trabajar un año entero... ¡Llévelo, señor, llévelo!...

MR. ANDREWS: Siento mucho, señorita, pero hoy no puedo hacer el viaje...

AMALIA: Y, ¿por qué no puede?

MR. ANDREWS: Pues, porque estoy de fiesta, ea.

AMALIA: Y, ¿para asistir a una fiesta se niega usted a salvar una vida?

MR. ANDREWS: Es que... no es una fiesta cualquiera: ¡es que hoy se casa mi hija!

AMALIA: ¡Ah!, ¿usted tiene una hija? Entonces, piense, señor, si su hija pidiera a alguno que lo salvara a usted, y se lo pidiera por lo que más quisiera, como yo ahora, ¿no bendeciría usted a esa persona si accediese a su pedido? (*Pausa*). ¡Salve a mi padre, señor! No diga que no... ¡Usted es mi última esperanza, mi única esperanza!... (*Juntando las manos*): ¡Tenga piedad, señor! ¡Rezaré por usted, por su hija, por todos los que le son queridos! ¡No diga que no! Imploraré sobre usted y los suyos, la bendición del cielo. Trabajaré día y noche para pagarle. . Vea: este anillo de oro es el único recuerdo de mi madre, tómelo, no en pago, sino en prueba de que le he de pagar... ¡Tómelo...! ¡Tómelo!

MR. ANDREWS (*enérgico*): ¡Basta! ¡Basta! ¡No iré!...

AMALIA: ¿Qué? ¿No quiere ir? ¿No puede ir porque se casa su hija? ¡Mentira! ¿Quiere que yo le diga por qué no quiere? No quiere, porque no tengo bastante dinero; porque no pago anticipadamente, porque no oye el tin tin del oro, ni ve el brillo de las monedas... ¡Por eso no quiere...! Pero, si yo le ofreciese ahora un puñado de onzas, así se le casaran a usted veinte hijas, iría, ¡vaya si iría!... Yo le traeré el dinero: ¡lo conseguiré! ¿Cuánto quiere? ¿Una onza? ¿Dos onzas? ¿Tres onzas? Se las traeré aunque tenga que vender mi alma por ellas; pero,

quiera Dios que, un día, no le falten también a usted unos cuantos miserables pesos para comprar la vida de una persona querida... (*Va a huir por la derecha*).

MR. ANDREWS (*reteniéndola de un brazo*): Venga aquí, señorita: No me ofenda usted. Hacer o no ese viaje, no es cuestión de dinero para mí. Sepa usted que, no hace diez minutos, me ofrecieron veinte onzas por ese mismo viaje y me negué. Ya ve usted que no necesito dinero...

AMALIA: ¡Veinte onzas...! ¿Rechazó usted veinte onzas?

MR. ANDREWS: Sí, las rechacé: pero, no se preocupe usted por las onzas... ¡Vaya, y diga usted a su padre que esta noche lo llevaré a Montevideo!

AMALIA: ¡Oh, señor!...

MR. ANDREWS: Merece ser salvado el que tiene una hija como usted. Pero, no maldiga más, señorita. Es muy feo, sobre todo, cuando se hace injustamente.

AMALIA: ¡Ah, señor: qué bueno es usted!... ¡Perdóneme! Cuando se ama, y se tiene miedo, uno no sabe lo que dice. ¡Dios y la Virgen le bendigan como yo lo bendigo ahora!... (*Intenta besarle la mano*).

MR. ANDREWS (*impidiéndoselo*): ¡No! ¡Eso no! ¡Qué criollos éstos! ¡Hace poco me maldecía y, ahora, quiere reverenciarme como a un santo!...

AMALIA: Sí, lo es, señor: ¡Usted es un santo!...

MR. ANDREWS: ¡Cállese, criatura! (*Dominando su emoción*). ¡Qué criollos éstos! ¡Siempre de un extremo a otro...!

TELON

El documento perdido

PERSONAJES

SRA. DE CASTRO.

CELIA, *niña de 14 años.*

ELENA, *niña de 10 años.*

COMANDANTE CASTRO.

SR. MENDOZA.

LOLITA, *niña de 9 años.*

LA LAVANDERA.

LA CRIADA.

DECORACIÓN: *Despacho amueblado elegantemente. Puertas a derecha e izquierda.*

ELENA (*en escena con Celia*): ¿Sigo leyendo? ¿Te interesa?

CELIA: Mucho.

ELENA: Escucha, pues. (*Leyendo*): « Como su mamá estaba tan enferma, la niñita desesperada, pidió consejo a una anciana que vivía en el medio del bosque. (*En lateral izquierda Lolita aparece con un atado de ropa*). La anciana que no era sino la más poderosa de las hadas »... (*Reparando en Lolita*): ¿Desde cuándo estás ahí, criatura?

LOLITA: Buenos días, niñas.

ELENA y CELIA: Buen día, Lolita.

LOLITA: Siento haberlas interrumpido: ¡Qué lindos son los cuentos!

ELENA: ¡Traes toda la ropa, Lolita?

LOLITA: Sí, niña.

ELENA: Llévala adentro y ven en seguida si quieres oír.

LOLITA (*desapareciendo por derecha*): Permiso, entonces.

ELENA: Ve.

CELIA: Sigue.

ELENA: ¡No la esperamos a Lolita?

CELIA: No, luego yo le contaré todo el cuento, ¿quieres?

ELENA: ¡En qué íbamos?

CELIA: Donde la niña le pide consejo al hada.

ELENA: ¡Ah, sí! (*Lee*): «La anciana que no era sino la más poderosa de las hadas le dijo: Toma el objeto que sea para ti más apreciado y regálalo a la persona que más lo desee o que más lo necesite. Después arrodíllate, y reza mucho. Si Dios te considera digna de esa merced, devolverá la salud a tu madre». (*Pausa*) «Para realizar tamaño sacrificio, la niñita necesitaba ser muy buena... muy buena...».

CELIA: ¡Claro!

ELENA (*leyendo*): «...y, como lo era, siguió el consejo y, al otro día, su madre estaba sana». (*Pausa*).

CELIA: ¿Se terminó?

ELENA: Sí. ¿Te gusta?

CELIA: ¡Ah, mucho! ¡Mucho! ¡Es precioso!

ELENA: Y, entonces, ¿por qué te has quedado así?
¿En qué piensas?

CELIA: Pienso que, si yo fuese tan buena como esa niña, quizá Dios se apiadaría de nosotros y nos haría conocer el paradero de papá.

ELENA: ¡Pobre papá! Muerto en Humaitá, prisionero o perdido, en cualquier caso, ¡qué triste suerte la suya y qué desamparo el nuestro, hermanita!

CELIA: Si yo estuviera segura de haber sido siempre obediente, aplicada, amable...

ELENA: ¿Qué harías?

CELIA: Seguiría el consejo del hada.

ELENA: Y, ¿de qué te desprenderías tú?

CELIA (*sacándolo de una biblioteca*): De este libro: es el objeto que más aprecio. Mira, ¡qué hermosa encuadernación y qué láminas tan finas tiene!

ELENA: ¿Y, a quién se lo regalarías?

CELIA: A Lolita.

ELENA: ¿A Lolita? ¡Si no sabe leer...!

CELIA: Pero lo desea ardientemente: ¡cuántas veces se lo he mostrado nada más que para gozar de su admiración!

ELENA: Pues, mira: ¡dáselo! ¡Puede ser que Dios quiera ayudarnos y obre un milagro devolviéndonos a papá!

CELIA: Para aumentar el mérito de mi acto, voy a poner entre las páginas este señalador tan bonito...

LOLITA (*asomándose por izquierda*): Adiós, niñas.

ELENA: Oye, Lolita, entra un momento.

LOLITA (*obedeciendo*): ¿Qué desea, niña?

ELENA: Celia quiere darte una cosa.

CELIA: Mira, Lolita, como sé que a ti te gusta mucho este libro, he decidido regalártelo, en prueba de lo que te quiero.

LOLITA: Y, ¿puedo llevármelo a mi casa?

ELENA: ¡Claro! Celia te lo da para ti.

LOLITA (*recibiéndolo*): ¡Oh, niña: gracias!... ¡Gracias!...

CELIA: ¡Anda! ¡Ve! ¡Llévatelo!

LOLITA (*desapareciendo por izquierda*): ¡Gracias!...
(Pausa).

ELENA: ¡Ahora, recemos!

CELIA: Sí, yo creo que esta vez Dios querrá oírnos.
(*Rezan en silencio arrodilladas ante una imagen. Pausa*).

SRA. DE CASTRO (*por derecha, las contempla un segundo*): ¡Hijas mías!

ELENA (*corriendo a abrazarla*): ¡Oh, mamá!

CELIA (*lo mismo*): ¡Mamita!

SRA. DE CASTRO: La religión, queridas, es nuestro único amparo. Refugiémonos en ella, ahora que nos falta vuestro padre!

CELIA: Yo tengo la seguridad de que Dios nos lo va a devolver pronto, mamá.

SRA. DE CASTRO: ¡Ay, yo tampoco he perdido esa esperanza!

ELENA: ¡Ni yo, mamita!

LA CRIADA (*por izquierda*): El señor Mendoza pide permiso para saludar a la señora.

SRA. DE CASTRO: Que pase.

ELENA: ¿Nos retiramos, mamá?

SRA. DE CASTRO: No: el señor Mendoza es de la casa. (*Pausa*).

SR. MENDOZA (*por izquierda*): Mi pobre amiga: ¡qué día tan triste es éste para usted!

SRA. DE CASTRO: Es verdad: ¡hoy que todos son felices, porque vuelven a ver a los suyos, sentimos doblemente nuestra desgracia!

SR. MENDOZA: Lo sé y, como amigo leal, he venido a acompañarla. (*Pausa*). Las calles están llenas de gente que aclama a los guerreros. Las banderas destrozadas por las balas del tirano López, son paseadas en triunfo y nadie piensa, señora, en las familias que lloran a los que ahora duermen para siempre a la sombra de los naranjos paraguayos...

SRA. DE CASTRO: Agradezco de todo corazón su visita, amigo mío, necesitamos consuelos porque ya nos va faltando la esperanza.

CELIA: A mí no, mamá: yo estoy más segura que nunca de que papá volverá...

SRA. DE CASTRO (*abrazándola*): ¡Ángel mío!

SR. MENDOZA: ¡Pobrecilla!

CELIA: ¡El corazón me dice que papá va a llegar!
(*Pausa*).

SR. MENDOZA: Yo no quisiera alarmar a usted, pero debo darle sin embargo una cruel noticia...

SRA. DE CASTRO (*poniéndose de pie*): ¡Oh, diga usted! Acaso Castro...

SR. MENDOZA: No se trata de él, precisamente...

SRA. DE CASTRO: Ruego a usted que me explique...

SR. MENDOZA: A eso voy, señora. Usted no ha de saber, sin duda, que, un año antes de marchar el ejército al Paraguay, su esposo jugó y perdió una gruesa suma de dinero...

SRA. DE CASTRO: ¿Qué dice usted! ¡Pero si Castro jamás tuvo ese vicio!... No puede ser...

SR. MENDOZA: No tenía ese vicio, pero la tentación pudo más que su voluntad y el Comandante Castro tuvo que recurrir a mí. Le presté cuanto me pidió...

SRA. DE CASTRO: ¿Cuánto? ¿Cuánto le pidió?

SR. MENDOZA: Un millón quinientos mil pesos moneda corriente, señora.

SRA. DE CASTRO: ¡Qué enormidad! Pero le pagó a usted, ¿verdad?

SR. MENDOZA: Si me hubiera reembolsado, ¿con qué objeto le descubriría a usted este desliz de mi desgraciado amigo?

SRA. DE CASTRO: ¡Ah, comprendo! ¿Le debemos a usted una pequeña parte?

SR. MENDOZA: ¿Una pequeña parte? ¡El total, señora, el total! Su esposo no pudo cumplir su compromiso...

SRA. DE CASTRO: ¡Dios mío!... ¡Eso es imposible!

SR. MENDOZA: Aquí tiene usted el documento que me firmó Castro (*lo muestra*). Y, en este papel, he calculado los intereses para que usted pueda revisarlos. (*Se lo entrega*).

SRA. DE CASTRO: Señor Mendoza: ¡Usted ha debido avisarme antes!

SR. MENDOZA: Señora: ¡No creo que mi actitud merezca ningún reproche! He callado, porque siempre tuve la esperanza de tratar este asunto con el mismo Comandante y si ahora hablo no es porque la haya perdido definitivamente sino porque me veo en serios aprietos financieros... (*Pausa*). En fin, amiga mía, yo no quiero aparecer ante usted como un hombre cruel, pues obro obligado por las circunstancias. Estaría dispuesto a esperar diez o quince días y si, hasta entonces, no ha reunido esa suma me veré en la imperiosa necesidad de proceder al remate de sus bienes, señora.

SRA. DE CASTRO: Sería inútil, señor Mendoza, completamente inútil. ¿A quién podría recurrir?

SR. MENDOZA: A algún amigo...

SRA. DE CASTRO: Y luego: ¿no nos hallaríamos en el mismo trance en que estamos?

SR. MENDOZA: ¡Es verdad! (*Pausa*). Yo no veo otra salida, señora: Habrá que iniciar los trámites para proceder al remate.

SRA. DE CASTRO: El cielo no tiene piedad de nosotros.

ELENA: ¡Oh, no hable así, mamá!

SR. MENDOZA: Yo me permitiría ofrecerle un consejo de amigo verdadero...

SRA. DE CASTRO: Diga usted.

SR. MENDOZA: Un remate es siempre motivo de escándalo y repugna a las naturalezas delicadas como la suya y la mía.

SRA. DE CASTRO: Y, ¿cómo evitarlo?

SR. MENDOZA: Pues bastará con que usted haga una sencilla transferencia de bienes hasta cubrir la cantidad que me adeuda.

SRA. DE CASTRO: Eso para nosotros significa la ruina, la miseria...

SR. MENDOZA: ¡Oh, no! Yo jamás negaré mi auxilio y mi consejo, a la familia de Castro... Acepte usted mi indicación; créame que consulta el más sagrado de los intereses humanos: ¡el honor!

SRA. DE CASTRO: ¿Dice usted que debo firmar una transferencia?

SR. MENDOZA: ¡En efecto! (*Mostrándolo*). Aquí tiene usted el documento preparado. No tiene usted más que

firmarlo y luego yo lo haré validar por los testigos necesarios ante mi notario...

SRA. DE CASTRO (*lo lee atentamente*): ¡No, no quiero firmar!

SR. MENDOZA: ¡Vamos, Sofía, mi pobre amiga! Abrevemos este momento doloroso. Vea usted que, aquí, no se incluyen esta casa ni los campos de Santa Fe... Léalo usted otra vez y verá...

ELENA: Firme, mamita, ya que Dios lo quiere así!

CELIA: ¡Papá volverá, mamita! Y, teniéndolo a él, ¿qué nos importa perder todo eso?

SRA. DE CASTRO: ¡Pobres hijas mías!

SR. MENDOZA: Vaya, firme usted.

ELENA: Resígnese, mamá: ¡si papá vuelve, aprobará su proceder!

SR. MENDOZA: El Comandante Castro se despojaría de todo para pagar una deuda de honor. ¡Firme usted!

SRA. DE CASTRO: Sí, tiene usted razón. (*Va a firmar*). ¡Dios nos ampare!

COM. CASTRO (*por izquierda*): ¡Sofía! ¡Hijas mías!

SRA. DE CASTRO (*corriendo a abrazarlo, lo mismo que sus hijas*): ¡Esposo mío!

ELENA: ¡Oh, papá!... ¡Papá!

CELIA: ¡Papito de mi alma!

COM. CASTRO: ¡Otro abrazo! ¡Ven! ¡Otro! ¡Querida! ¡Otro beso!

SRA. DE CASTRO: ¡Bendito sea Dios, que ha escuchado nuestros ruegos!

CELIA: ¡Yo siempre lo esperaba papito! ¡Papito querido!

ELENA: ¡Bueno!... ¡Basta!... ¡No aturdas, chiquita!

SR. MENDOZA: ¡Mi enhorabuena, amigo Castro!

COM. CASTRO: ¡Gracias! ¡Gracias! Ya veo que es usted un amigo fiel. ¡No ha abandonado a los míos!

SR. MENDOZA: Con su permiso, voy a retirarme. Ustedes tienen mil asuntos de qué hablar...

COM. CASTRO: Es cierto, pero no se vaya usted.

SRA. DE CASTRO: Quédese usted a almorzar con nosotros, y luego podrán terminar con mi esposo ese negocio.

SR. MENDOZA: ¡Oh, no vale la pena!... ¡No sería oportuno...!

COM. CASTRO: ¿De qué se trata?

SRA. DE CASTRO: Explíquele usted, señor Mendoza.

SR. MENDOZA: ¡Nada! ¡Nada! ¡No se preocupe usted! ¡En otro momento!...

COM. CASTRO: Hable usted, hombre de Dios... ¡Todo me interesa hoy!

SR. MENDOZA: Ya que lo exige usted (*le entrega el documento*): Entérese usted.

COM. CASTRO (*lo lee*): Pero, ¡si yo le he devuelto esa cantidad...!

SR. MENDOZA: Sufre usted una pequeña equivocación: ¡yo nada he recibido!

COM. CASTRO: ¡Es usted un miserable! (*Va a echarse sobre él*).

SRA. DE CASTRO (*conteniéndolo*): Castro: ¡por favor!

SR. MENDOZA: ¡No le admito! ¡Aquí tiene el compromiso firmado por usted!

COM. CASTRO: ¿Cómo? Usted ha falsificado mi firma: es una impostura... ¡Yo le he pagado a usted!

SR. MENDOZA (*riendo*): Entonces, tendrá usted mi recibo por ahí, ¿no es eso?

COM. CASTRO: ¡Claro está! Lo tengo aquí entre mis papeles (*busca en los cajones*). En este cajón secreto debo haberlo guardado. ¿Qué significa esto?... ¿Dónde puedo haberlo metido? ¡Estoy perdido!... ¡Sin embargo, debo tenerlo...!

SRA. DE CASTRO: ¡Te advierto que este hombre, valido de su calidad de amigo, ha revisado todos tus papeles...!

COM. CASTRO: ¡Usted se ha apoderado del recibo, canalla!

SR. MENDOZA: No se violente usted... ¡que ya se arrepentirá de tratarme en esa forma!...

COM. CASTRO: Salga de mi casa, antes que... Pero, ¿qué ocurre ahí?

LA VOZ DE LA CRIADA: Le digo a usted que la señora está ocupada!

LA VOZ DE LA LAVANDERA: ¡Yo solamente quiero entregarle esto!

SRA. DE CASTRO (*asomándose a la izquierda*): ¿Qué pasa? ¿Qué me quiere usted, buena mujer?

LA LAVANDERA (*por izquierda*): Señora: disculpe usted. La niña Celia le ha regalado hoy un libro a mi niña y entre las hojas he hallado este papel. Se lo traigo, porque tal vez tenga importancia para usted.

SRA. DE CASTRO (*lo desdobla*): Recibí... ¡Oh, Castro, mira! ¡Mira! ¡El documento perdido!

ELENA: ¡Hoy nos tiene Dios de su mano!

COM. CASTRO: ¡Aquí tiene su recibo, canalla! (*Se lanza sobre el señor Mendoza pero éste desaparece por izquierda*).

SRA. DE CASTRO (*reteniendo a su esposo*): ¡Déjalo!

COM. CASTRO: ¡Qué grande es la miseria humana!

SRA. DE CASTRO: Pero, más grande aún, es le misericordia de Dios!

TELON



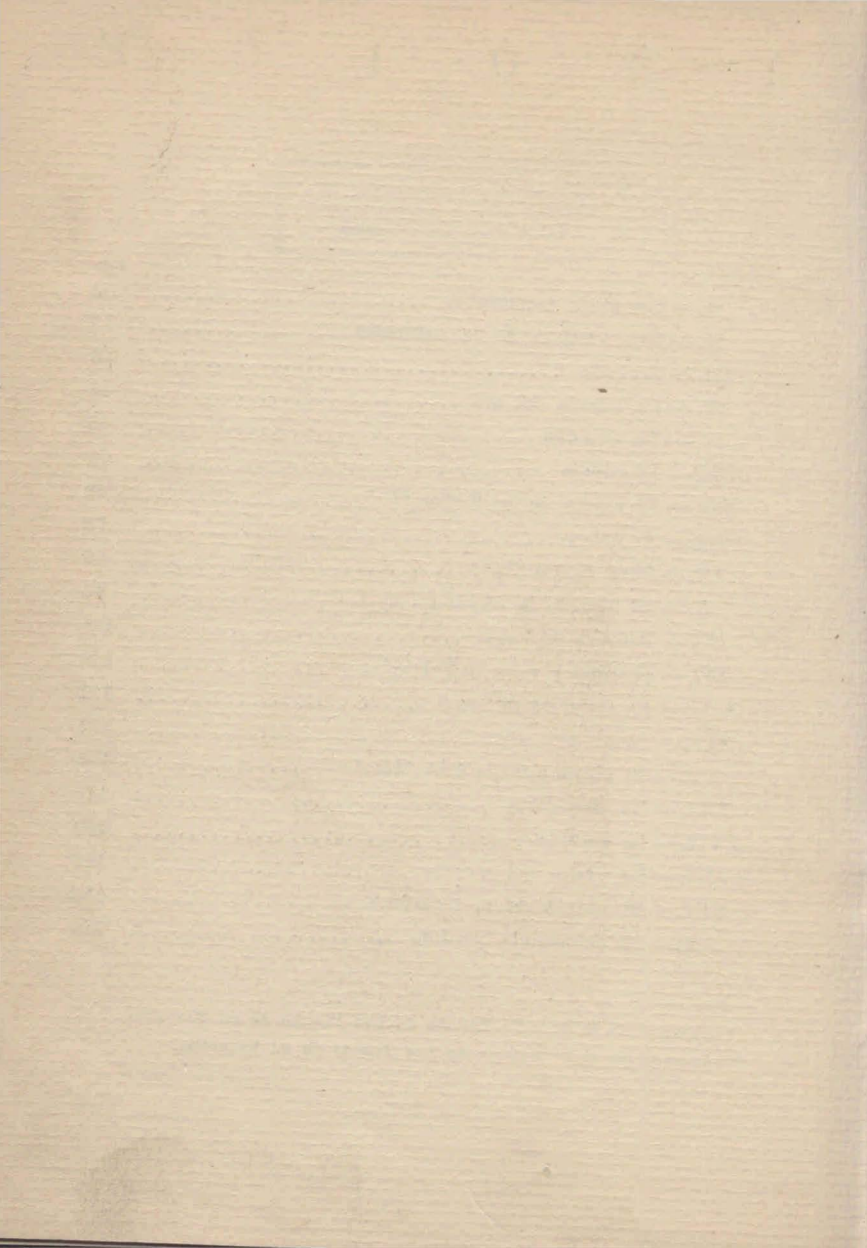
I N D I C E



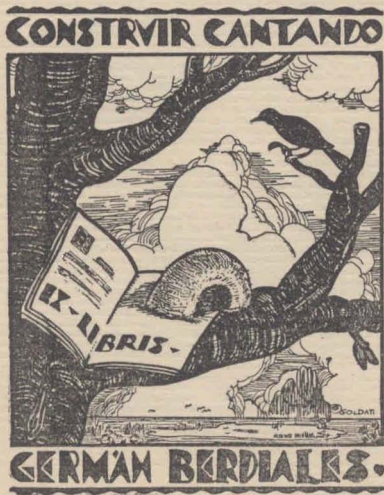
	Pág.
I.—Un viaje memorable	9
II.—Una víctima de la calumnia	19
III.—Traición	28
IV.—La laguna del oro	40
V.—La evasión	48
✓ VI.—El espejo	59
VII.—El regalo de la Virgen **	68
VIII.—El deber	78
IX.—Para la Patria **	86
X.—El hijo de la esclava	95
XI.—Palabra de honor	104
XII.—¡Perdón y viva la Patria!	113
XIII.—La cadenita de oro *	121
XIV.—Amor de madre	127
XV.—El mensajero de San Martín *	134
XVI.—La despedida	142
XVII.—La partida	150
XVIII.—La visita del muerto	163
XIX.—El patrón de la ballenera	175
XX.—El documento perdido	183

* Apareció en la 1ª y 2ª Edición de Las Fiestas de mi Escuelita.

** Apareció en la 2ª Edición de Las Fiestas de mi Escuelita.



SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL DÍA DIEZ DE
ABRIL DE MIL NOVECIENTOS TREINTA Y
UNO, EN EL ATELIER DE ARTES GRÁFICAS
«FUTURA» QUE DIRIGE CHINO FOGLI.
ILUSTRÓ LA CARÁTULA OSCAR SOLDATI.



Dibujo de Oscar Soldati.

